3 0081 013 326 156

]

VANDERI

MÉTIV

PROF.

60212

Central Library
JOINT UNIVERSITY LIBRARIES
NASHVILLE TENNESSEE
Métvier Collection

Gift of
Prof. James Métivier
1919

PQ 60212
6323
.A1
1911a
v.8

JUL-0257

MIGUEL DE

CERVANTES

SAAVEDRA

CLASICOS CASTELLANOS

CERVANTES

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

VIII

EDICIÓN Y NOTAS DE FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
de la Real Academia Española.

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1913

60212
PQ
6323
.A1
1911a
v.8

SEGUNDA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO LV

DE COSAS SUCEDIDAS Á SANCHO EN EL CAMINO, Y OTRAS, QUE NO HAY MÁS QUE VER.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel día llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo escura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre,

---

1 Dispuestas las pruebas del presente tomo para empezar la tirada, ha salido á luz el sexto y último del *Quijote* de Cortejón, preparado su texto y redactadas sus notas por los Sres. D. Juan Givanel Mas y D. Juan Suñé Benajes, amigos y discípulos de aquel fervoroso cervantista. En sus manos ha ganado la obra: este postrer volumen es, á mi juicio, el mejor de los seis. Lo mencionaré parcamente, adicionando algunas de mis notas é intercalando otras nuevas.

y así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer, se encomendó á Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos. Y no fué así; porque á poco más de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima dél, sin haber recebido lisión ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estaba sano, ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le había hecho; porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio; que, á la verdad,

10 "*Estado*—dice Covarrubias—es cierta medida, de la estatura de vn hombre... La profundidad de poços, ó otra cosa honda, se mide por estados."

14 Sobre las acepciones figuradas de *católico* hay notas en otros lugares (IV, 212, 12 y V, 244, 1).

no estaba muy bien parado. "—¡Ay—dijo entonces Sancho Panza—, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso. Á lo menos, no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor don Quijote de la Mancha cuando decendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo menos, de los que tuvieren noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo: ¡miserables de nosotros,

que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dello se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos! ¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados."

Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayuda-

5 *Pasamiento,* y no *pensamiento,* como leyeron algunos. *Cuando pase desta presente vida* es locución muy común en los testamentos de antaño.

16 No es ésta la primera vez que Cervantes advierte que el rucio *no respondió palabra alguna* á las ternezas de Sancho: lo propio había manifestado en el cap. XXX de la primera parte (III, 126, 20). Pero lo mismo nuestro autor en ambos pasajes que el falso Avellaneda en otro parecido, imitaron á Boyardo en uno de su *Orlando innamorato,* que copió Bowle.

do, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo, que le puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas, que también habían corrido la mesma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera:

—Todos los duelos con pan son buenos.

En esto, descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose, se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo; y púdolo ver porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubría todo.

10 Pues ¿no había dado todo su pan y su queso á los peregrinos franchotes...? Si Cervantes, como algunos críticos pretenden, hubiese escrito despacio y cuidadosamente el *Quijote*, ¿se hallarían en él contradicciones como ésta?

13 En el cap. XIII de esta segunda parte (V, 232, 6) ocurrió la otra variante del refrán: "Los duelos, con pan son *menos*."

18 Clemencín y otros enmiendan *por dentro*, siendo así que *por de dentro* se decía y dice la edición original, no sólo aquí (I, 60, 19). *El Mundo por de dentro* intituló don Francisco de Quevedo una de sus obras satírico-morales.

Vió también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo, que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte. Á veces iba á escuras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo. "¡Válame Dios todopoderoso! —decía entre sí—. Ésta que para mí es desventura mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote. Él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima más

7 *Como lo hizo,* es decir, *como, en efecto, entró.*

10 Esto de que *á veces iba á escuras, y á veces sin luz* está dicho por donaire, y no es errata, contra lo que sospechó Clemencín.

16 De los *palacios de Galiana* dice Covarrubias: "Este es vn edificio muy antiguo que está a la orilla del río Tajo, junto a Toledo, en el pago que llaman la huerta del Rey. Esta Galiana fué vna princesa mora... De aqui quedó vn prouerbio de los que no se contentan con el aposento que les dan: *querer los Palacios de Galiana.*"

profunda que la otra, que acabe de tragarme. Bien vengas, mal, si vienes solo." Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habría caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de día, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían fecho. Sucedió, pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura; y estándola mirando, oyó grandes voces dentro; y escuchando atentamente, pudo percebir y entender que el que las daba decía: "—¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche, ó algún caballero caritativo que se duela de un pecador en-

terrado en vida, de un desdichado desgobernado gobernador?"

Parecióle á don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dijo:

—¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar—respondieron—, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero don Quijote de la Mancha?

Oyendo lo cual don Quijote, se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo:

—Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti; que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo será para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

---

24 En la edición príncipe, *lo seré;* pero, como á otros, paréceme errata, por *lo será.*

—Desa manera—respondieron—, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha; y aun en el órgano de la voz no es otro, sin duda.

—Don Quijote soy—replicó don Quijote—: el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos. Por eso dime quién eres, que me tienes atónito; porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y, por la misericordia de Dios, estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia Católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella, por mi parte, con cuanto mi hacienda alcanzare; por eso acaba de declararte y dime quién eres.

—Voto á tal—respondieron—, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas,

6 Hoy diríamos *el que profesa;* mas antaño se solía decir como aquí lo dice D. Quijote. Recuérdense los pasajes parecidos que ocurrieron: "Yo soy el que *me hallé*..." (III, 79, 21); "Yo soy el que *me voy*..." (V, 36, 23); "...que yo fuí el que *te saqué* de tus casillas..." (V, 55, 8); "Yo soy Merlín, aquel que... dicen que *tuve* por *mi* padre al diablo..." (VI, 326, 2).

anoche caí en esta sima donde yago, el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues, por más señas, está aquí conmigo.

Y hay más: que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar, tan recio, que toda la cueva retumbaba.

—¡Famoso testigo!—dijo don Quijote—. El rebuzno conozco, como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mío. Espérame; iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto.

—Vaya vuesa merced—dijo Sancho—, y vuelva presto, por un solo Dios; que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.

Dejóle don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener

9 Famoso testigo; pero más famosa la comparación. *Conocer* uno á otro *como si lo hubiera parido* es encarecimiento vulgar, que, por cierto, falta en el léxico de la Academia, y que de ordinario se aplica á persona; decirlo del rebuzno de un jumento es peregrina ocurrencia. De una albarda se dijo en la primera parte (IV, 164, 3).

ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo, sacaron al rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo:

—Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores; como sale este pecador del profundo del abismo: muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, á lo que yo creo.

Oyólo Sancho, y dijo:

—Ocho días ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me die-

---

2 Este *como dicen*, referente á *sogas y maromas*, alude probablemente á una cancioncilla vulgar jocosa del siglo XVII, que Calderón insertó en su comedia *El alcaide de sí mismo*, jorn. I:

Subiera Morales
En el su caballo,
La espuela de melcocha
Y el freno de esparto.
Luneta,
Atala allá de la sonsoneta.

En la calle nueva
Está enamorado;
Por mirar arriba,
Cayera en un charco.
Luneta,
Atala allá de la sonsoneta.

Sogas y maromas
Tiran á sacarlo...

Por el estribillo, parece una canción popular de los muchachos para cantada á la luz de la luna.

ron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los güesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga "desta agua no beberé"; que adonde se piensa que hay tocinos, no hay estacas; y Dios me entiende, y basta, y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres; que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un parapoco y un mentecato.

—Á buen seguro—respondió Sancho—que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la

Duquesa esperando á don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones, el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al

través, y ayer de mañana dejé la ínsula, como la hallé: con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerías; y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar; que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida, pero no tan fácil; que á no depararme el cielo á mi señor don Quijote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen "Salta tú, y dámela tú", doy un salto del go-

6 Cervantes, al escribir esto, no se acordaba de lo dicho al fin del cap. LI (VII, 289, 15-19).

22 Alonso de Ledesma, en sus *Juegos de Nochesbuenas á lo divino,* obra impresa en Barcelona (Sebastián de Cormellas, 1605), adaptó el de *Salta tú, y dámela tú;* mas por su texto no se viene en conocimiento de cómo se jugaba. Si Correas se enteró bien, estas palabras son una fórmula de eliminación, preliminar de otros juegos (*Vocabulario de refranes...,* pág. 243): "*Salta tú y dámela tú.* (Es juego

bierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote; que, en fin, en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome, á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.

Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho. y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de

---

de muchachos pidiendo una china.)" Pero tal explicación no conviene con cierto pasaje del *Entremés famoso de las Habladoras,* de Quiñones de Benavente:

FRANCISCA. No es acertado:
Si una mujer se sienta en lo regado
Con favor del caldero y de la soga,
Granjea un mal de madre que la ahoga,
Y, á bien librar, una legión de pulgas,
Que, saliendo del centro,
Se entran á más andar la tierra adentro;
Después de echar en nuestras carnes sisa,
Juegan á salta tú por la camisa.

Tampoco satisface enteramente la explicación del léxico de la Academia: "Juego de muchachos, el cual ejecutan formando dos partidos, y poniéndose en dos bandas ó filas, uno de ellos esconde entre los de su partido una prenda, y otro del partido contrario viene á acertar quién la tiene." Ó mucho me engaño, ó el juego de *salta tú y dámela tú* es el mismo llamado en nuestro tiempo *de las cuatro esquinas,* ó *de los cuatro cantillos,* que describí en mi colección de *Cantos populares españoles,* tomo I, página 172.

suerte, que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

2 Clemencín quería que Cervantes hubiese dicho *molido y mal parado*. Y agrega: "*Molido* se toma siempre en mala parte, y sobra el *mal*." En mala parte se toma *herido*, y suele decirse *mal herido*. Ya dicho *mal molido*, vínose de la mano lo de *peor parado*, como en el cap. V de esta segunda parte (V, 110, 6) *el maldecir y el peor perseverar*.

CAPITULO LVI

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALLA QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL LACAYO TOSILOS, EN LA DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA DOÑA RODRÍGUEZ.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto, todas casi, las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días, y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Después desto. cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada, y habiendo el Duque una y muy muchas ve-

10 Muchas ediciones enmendaron *casi todas,* teniendo por errata el *todas casi* de la príncipe. No lo es: en Andalucía se oye así con frecuencia. Por ejemplo: "—¿Todos los habares se han perdido?— Todos casi."

ces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con don Quijote para vencerle sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á don Quijote que no permitía la cristiandad de que él se preciaba que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido; que él le obedecería en todo. Llegado, pues, el temeroso día, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija, de

9 Alude el Duque al Concilio de Trento, que por el canon XIX de la sesión XXV estatuyó: "...*Imperatores, Reges, Duces, Principes... et Domini temporales, qui locum ad monomachiam in terris suis inter Christianos concesserint, eo ipsi sint excommunicati...*"

15 Acerca de la voz *temeroso* recuérdese lo dicho en nota del cap. XIV de la primera parte (I, 308, 8).

17 El lector culto sabe de sobra que aunque la palabra *cadahalso*, hoy dicha *cadalso*, se usa de ordinario, como advierte Clemencín, "para designar el tablado que se destina al suplicio de los criminales", originaria y genéricamente significó "tablado que se levanta en cualquier sitio para un acto solemne". Los continuadores de Cortejón leen *cadalso*, y ni entre las variantes sacan la forma del texto original.

mandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente, á ver la novedad de aquella batalla; que nunca otra tal no habían visto, ni oído decir, en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto.

El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado, con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo; de cada

4 En la práctica de hoy, para conservar el *no*, habría que construir la frase de esta manera: *que no habían visto nunca... otra tal...*

12 *Y aun hasta los pechos,* es decir, que los mantos no sólo les caían hasta los ojos, sino que bajaban más, cubriéndoles enteramente las caras.

17 ¡Ultraandaluz es el encarecimiento! *¡Hundiéndola toda!*

20 "Los *frisones*—dice Covarrubias—son vnos cauallos fuertes, de pies muy anchos, y con muchas cernejas; algunos son para silla, y se huellan fuertemente; otros, para

mano y pie le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedía. Llamó el maese de campo á don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance, nunca visto. Fué condición de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de doña Rodríguez; y si él

---

los coches y carroças; y por traerlos de Frisia se llamaron *frisones.*" A las *muchas cernejas* de que habla Covarrubias alude Cervantes al decir que *de cada mano y pie le pendía una arroba de lana.*

fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfación alguna.

Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra; estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, don Quijote, encomendándose de todo su corazón á Dios nuestro señor y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo á quien suelen llamar de ordinario Amor por

1 *Contendor,* por *contendedor,* caso de haplología que ocurrió en el cap. XIV de esta segunda parte, en donde quedó nota (V, 259, 20).

4 Sobre *partir el sol* á los combatientes hay nota en otro lugar (V, 115, 22). "El *Doctrinal de caballeros*—recuerda Clemencín—, en las leyes sobre los retos, prescribe que los *fieles* enteren bien á los combatientes de los mojones del campo en que han de lidiar, "e despues que esto hobieren fecho, han los de meter en medio del campo *e* "*partirles el sol.*"

esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad, y así, no atendió al son de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oído, cuando arremetió, y á todo el correr que permitía Rocinante, partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces:

—¡Dios te guíe, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razón de tu parte!

---

7 *De parte á parte*, tal como á Diomedes en el mamotreto III de *La Lozana Andaluza*:

"Diomedes. ¡Ay, ay! ¡Qué herida que de vuestra parte qualque vuestro servidor me ha dado en el corazon con una saeta dorada de amor!

Lozana. No se maraville vuestra merced; que cuando me llamó que viniese abaxo, me parece que vi un mochacho, atado un paño por la frente, y me tiró no sé con qué: en la teta izquierda me tocó."

Y aunque Tosilos vió venir contra sí á don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes, con grandes voces, llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo:

—Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case, ó no me case, con aquella señora?

—Así es—le fué respondido.

—Pues yo—dijo el lacayo—soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así, digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora.

Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía. El Duque no sabía la ocasión por que no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se

9 Repara Clemencín: "*Temeroso de conciencia* es como se dice ordinariamente; pero no me atrevo á condenar del todo lo que dice el texto." Bien hizo en no atreverse; porque Tosilos no quiso decir que era *temeroso de conciencia*, sino que *temía á su conciencia*. Ser ésta la buena interpretación patentízanlo las palabras siguientes: *y pondríala en gran cargo si pasase adelante...*

llegó adonde doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces:

—Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte.

Oyó esto el valeroso don Quijote, y dijo:

—Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga.

El Duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos, le dijo:

—¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que, instigado de vuestra temerosa conciencia, os queréis casar con esta doncella?

—Sí, señor—respondió Tosilos.

—Él hace muy bien—dijo á esta sazón Sancho Panza—; porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado.

Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó

19 *Mur*, del latín *mus, muris*, nombre anticuado del ratón, que sólo se usa hoy en algún refrán, como el que aquí dice Sancho.

descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron:

—¡Éste es engaño; engaño es éste! ¡Á Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo! ¡Justicia de Dios y del Rey de tanta malicia, por no decir bellaquería!

—No vos acuitéis, señoras—dijo don Quijote—; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si lo es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del Duque. Tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él; que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo.

El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo:

—Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste

7 Sobre este modo de apellidar ó llamar pidiendo auxilio quedó nota en el cap. XLIV de la primera parte (IV, 162, 22).

11 En la edición príncipe, *y si la es*, sin duda por errata.

ardid y maña: dilatemos el casamiento quince días, si quieren, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su prístina figura; que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

—¡Oh, señor!—dijo Sancho—que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas, de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida.

Á lo que dijo la hija de Rodríguez:

---

5 *Rancor*, en vez de *rencor*, ya ha ocurrido en otras ocasiones (I, 222, 9 y IV, 190, 7).

12 Advierte Clemencín que, "en rigor, debiera decirse: *Á un caballero..* " Sí, para la gramática de los eruditos; mas no para la popular y común, como queda expresado en muchos lugares en que se usa *el* por *al* (III, 210, 12; V, 40, 8 y 301, 6; VI, 128, 7; 174, 26 y 282, 5), ó *los*, por *á los* (VII, 161, 14) y *quien* por *á quien* (VII, 23, 5).

20 Así, *la hija de Rodríguez*, en la edición príncipe; mas la cuarta de la Academia (1819), que en el cap. XL de esta segunda parte había leído como aquélla, y sin reparo alguno

—Séase quien fuere este que me pide por esposa (que yo se lo agradezco); que más quiero ser mujer legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero; puesto que el que á mí me burló no lo es.

En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese, hasta ver en qué paraba su transformación; aclamaron todos la vitoria por don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos, de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ó la parte, ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y don

dijo *Rodríguez*, ahora, en este lugar, leyó "la hija de *la Rodríguez*", advirtiendo en la nota: "La Academia ha creído conveniente añadir el artículo *la*, que falta en la primera edición, porque así queda más determinado el sentido." No hacía falta ese aditamento, á que también recurrió Clemencín, ni el *doña* que había echado menos Pellicer, y que empleó Hartzenbusch. Este es caso idéntico al que ocurrió en el dicho cap. XL, en donde queda nota (VII, 64, 12).

13 *Ahorcado* no es sólo la "persona ajusticiada en la horca", como dice el léxico de la Academia, sino también el condenado á morir en ella, desde que entra en capilla para ser ejecutado, y así reza el refrán, aludiendo al eclesiástico que le prepara á bien morir: "No suda *el ahorcado*, y suda el teatino." Lo mismo se dice de *el azotado*, como nota Clemencín. Había de decirse *el ahorcando, el azotando*, como decimos *el ordenando* y *el graduando*.

Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que, por una vía ó por otra, aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAPITULO LVII

QUE TRATA DE COMO DON QUIJOTE SE DESPIDIÓ DEL DUQUE Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON LA DISCRETA Y DESENVUELTA ALTISIDORA, DONCELLA DE LA DUQUESA.

Ya le pareció á don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como á caballero andante aquellos señores le hacían, y parecíale que había de dar cuenta

12 Repara Clemencín: "*Hacer regalos* ya se dice, aunque no significa lo que aquí; pero *hacer deleites* es expresión absolutamente inadmisible." Recordara el pelilloso anotador que en el cap. IV de la primera parte (I, 119, 15) había dicho Juan Haldudo al muchacho Andrés: "...y *hacedme placer* de veniros conmigo...", y que en el cap. XI de la misma (I, 256, 3) dijo uno de los pastores al llamado Antonio: "De esa manera..., bien *podrás hacernos placer* de cantar un poco...", y no estimara por tan del todo inadmisible lo de *hacer deleites* á uno. Y si acaso por ser plural le pareció más extraño, á mano tenía Clemencín el *Rinconete y Cortadillo*, en donde dice Monipodio (pág. 285 de

estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia á los Duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:

—¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa; que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno

mi edición crítica): "No hay levas conmigo; la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y *nos hace mil placeres al año.*" Pues si *hacer* á uno *placer,* ó *placeres,* pudo decirse, ¿por qué no *hacerle deleite,* ó *deleites?*

17 Pellicer, la Academia y Clemencín, entre otros, enmendaron *que á esta dádiva,* añadiendo una preposición que no hay en la edición original. Es caso que ocurrió otras veces, mencionadas en nota del capítulo anterior (32, 12).

y salgo desnudo dél; y así, podré decir con segura conciencia, que no es poco: "Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano."

Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio, con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le había dado un bolsico con docientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa, que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

—Escucha, mal caballero;
Detén un poco las riendas;
No fatigues las ijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,

3 Es la tercera vez que Sancho dice este refrán desde que salió de la ínsula (VII, 316, 14 y VIII, 19, 11).

16 *A deshora,* en la acepción de *súbita* ó *improvisamente,* como en otros lugares (II, 127, 9 y 181, 13; IV, 281, 2; VI, 280, 14; VII, 15, 5).

Sino de una corderilla
Que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
La más hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada, tierna.
Llévaste tres tocadores,
Y unas ligas, de unas piernas
Que al mármol puro se igualan
En lisas, blancas y negras.

---

2 *Que está muy lejos de oveja,* es decir, la cual aún tiene que vivir mucho para llegar á ser oveja.

7 De Vireno, que abandonó á su amante Olimpia en una isla desierta, trata con mucho pormenor Ariosto; mas aunque Altisidora no conociese el *Orlando furioso,* para saber esta historia bastábale con haber leído el *Romancero general,* en cuya segunda parte hay un romance en que se lamenta Olimpia, ya abandonada por su desleal amador. Empieza así:

Svbida en vn alta roca
donde bate el mar insano,
del engañoso Bireno
Olimpia se quexa en vano,
Traidor tirano.

10 *Cerras* es voz de la germanía, que significa *manos,* y su uso aquí, una prueba más del buen humor de Altisidora.

16 No dice Altisidora, como entendió malamente Clemencín, que las piernas eran *lisas, blancas y negras,* sino que las piernas se igualaban en *lisas* al mármol, y que

Llévaste dos mil suspiros,
Que, á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
Lleve la triste la pena;
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus más finas aventuras
En desventuras se vuelvan,
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.

---

las ligas eran *blancas y negras*. Bástanle á la desenvuelta doncellita los disparates que adrede siembra en sus canciones, sin que acrecentemos su número los que las anotamos. Hartzenbusch entendió bien este pasaje y lo hizo estampar así:

Llévaste tres tocadores,
Y unas ligas (de unas piernas
Que al mármol puro se igualan
En lisas) blancas y negras.

Y añadió en *Las 1633 notas...*: "Así parece que se deben imprimir estos versos, para que se entienda que las ligas, y no las piernas, eran negras y blancas." Con todo esto, los continuadores de Cortejón, sin tomarlo en cuenta, leen,

Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres á Ingalaterra.
Si jugares al reinado,
Los cientos, ó la primera,
Los reyes huyan de ti;
Ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raigones
Si te sacares las muelas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas.

---

entendiendo que por las piernas se dicen los tres adjetivos:

En lisas, blancas y *netas* (!).

4 En la edición de Cortejón falta una sílaba á este verso, por haber leído sus continuadores, con la edición príncipe:

De Londres á *Inglaterra.*

Y no se atribuya á errata: aposta lo leyeron así, pues sacan entre las variantes el *Ingalaterra* de casi todas las ediciones. Para estampar *Inglaterra,* debieron conjeturar que era otra la errata que había en tal verso, *De* por *Desde,* y leerlo así:

Desde Londres á Inglaterra;

pero no

De Londres á Inglaterra.

Cervantes nunca hubiera dado estas palabras por un verso octosílabo.

8 Los juegos de naipes llamados *el reinado, los cientos y la primera* fueron muy comunes en los siglos XVI y XVII. Las mejores cartas para *los cientos* eran los reyes, y para *la primera,* los sietes y los ases. Larga nota requiere la explicación de estos juegos, y déjola para otro lugar, ya que aquí no es enteramente necesaria.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote y, sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo:

—Por el siglo de tus pasados, Sancho mío, te conjuro que me digas una verdad. Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?

Á lo que Sancho respondió:

—Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.

Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora; que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado, que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiración. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo:

—No me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo más las ligas de mi doncella; indicios son de mal pecho, y muestras que no correspon-

5 Acerca de esta acepción de *siglo* quedó nota en el cap. XXXV de la primera parte (III, 267, 11).

14 Sobrentendido *tal*, como en otros lugares (II, 122, 16; III, 177, 11 y 322, 5; IV, 18, 19; V, 125, 9 y 294, 23; VI, 112, 11).

den á vuestra fama. Volvedle las ligas; si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios—respondió don Quijote—que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así, no tengo de qué pedirle perdón, ni á ella, ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinión, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

---

19 *De lo que yo no tengo culpa*, diríamos hoy; mas antaño agregaban el pronombre. Moreto, en la jornada II de *La fuerza de la ley*:

> Músicos. Corazón, pues tú quisiste
> Amar á quien te perdió,
> Que mueras y vivas triste,
> *¿Qué culpa te tengo yo?*

—Déosle Dios tan bueno—dijo la Duquesa—, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías. Y andad con Dios; que mientras más os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y á la mía yo la castigaré de modo, que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una no más quiero que me escuches ¡oh valeroso don Quijote!—dijo entonces Altisidora—; y es que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba.

—¿No lo dije yo?—dijo Sancho—. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues, á quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasión en mi gobierno.

3 *Fechurías,* dicho burlescamente por *hazañas.*

11 No *del latrocinio,* sino *de lo del latrocinio,* es decir, de la imputación de tal hurto.

14 Alude aquí Altisidora al popular cuentecillo de aquel harriero que contando una vez los burros de su recua, temeroso de que alguno de ellos se hubiese ido arrimado á otra, con la cual se encontró en el camino, echaba menos uno de sus asnos, aun después de recontarlos seis ú ocho veces. Alarmadísimo por la falta, dijo á un transeúnte lo que le sucedía, y éste cayó en la cuenta, viéndole contar sus burros una vez más, de que no metía en ella el que llevaba debajo. Ya alegre el pobre trajinero, díjole el otro viandante: "—¿Ves como no te faltaba ningún jumento? Y aun llevas uno más: el que va encima del que se había perdido."

Abajó la cabeza don Quijote y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPITULO LVIII

QUE TRATA DE COMO MENUDEARON SOBRE DON QUIJOTE AVENTURAS TANTAS, QUE NO SE DABAN VAGAR UNAS Á OTRAS.

Cuando don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asumpto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dijo:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos;

---

12 Por esto se dijo:

Non bene pro toto libertas venditur auro,

verso citado en el prólogo de la primera parte del *Quijote* (I, 16, 15), y recordado frecuentemente por los poetas del siglo de oro de nuestra literatura, verbigracia, por Lope de Vega, en una de sus canciones:

¡Oh libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra;
Más rica y más gozosa
Que el precioso tesoro
Que el Mar del Sur entre su nácar cierra!

con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en metad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo!

—Con todo eso—dijo Sancho — que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el

---

3 Bien demostró Cervantes, en sus arriesgados intentos de fuga, estando cautivo en Argel, en cuánto estimaba este divino don de la libertad.

8 *Metad*, que hoy decimos *mitad*.

18 Nota Clemencín: "¡Bello concepto y bello período, y qué propio de la estrecha y desgraciada situación de Cervantes!"

mayordomo del Duque, que como píctima y confortativo la llevo puesta sobre el corazón, para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen: que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los andantes, caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba; estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó don Quijote á los que comían, y

1 *Píctima, pítima,* ó *epíctima* es—dice Covarrubias—"el emplasto ó socrocio que se pone sobre el coraçon para desahogarlo y alegrarlo". Así uno de los interlocutores de *El Passagero,* del doctor Suárez de Figueroa (alivio III): "O quién pudiera hallar el original o traslado de lo que contenian los libros! Cien escudos diera por ambos: tuvieralos por *pitimas* saludables contra tristezas y melancolias."

15 "*Empinado* y *tendido*—objeta Clemencín—son contradictorios. A no ser que indique—añade—que unas estaban de un modo y otras de otro; mas en este caso debió decir *unas empinadas y otras tendidas.*" ¿Por qué? ¿Por ventura *tender* significa sólo "echar por el suelo una cosa", y no, en otra acepción, *extender* ó *desplegar,* lo mismo horizontal que vertical ú oblicuamente? En este punto respondió bien D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado...,* al vano reparo de Clemencín.

saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió:

—Señor, debajo destos lienzos están unas imágines de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea; llevámoslas cubiertas, porque no se desfloren, y en hombros, porque no se quiebren.

—Si sois servidos—respondió don Quijote—, holgaría de verlas; pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

—Y ¡cómo si lo son!—dijo otro—. Si no, dígalo lo que cuestan: que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos.

---

2 A repasar Cervantes lo que escribía, de seguro habría retocado esta frase, para omitir alguno de los cuatro *ques* que hay en solas seis palabras: "*que qué* era lo *que* aquellos lienzos...", caso que trae á la memoria otro del cap. XIII de la primera parte (I, 284, 16).

5 *Imágines*, como en otros lugares (IV, 98, 9 y 206, 6; VI, 213, 15, etc.), en donde quedó nota.

5 *Y entabladura* estampa la edición original; mas téngolo por errata. *Y en tabla dura* quiso decir Cervantes, á juicio de los continuadores de Cortejón (!).

8 Esta era, ordinariamente, la manera de llevar de un paraje á otro las imágenes de bulto. Así fué traído á Madrid, desde Granada, el Santo Cristo del Desamparo, de Recoletos, hoy en la iglesia del Carmen, y así fué llevado en 1616, desde Sevilla á La Campana, un Santo Cristo obra de Juan Gómez, clérigo y entallador.

Y levantándose, dejó de comer y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo:

—Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse don San Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra.

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martín puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo:

—Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces

11 "El llamar *don* á los santos—dice Bastús en sus *Nuevas anotaciones al Ingenioso Hidalgo*...—no es nuevo en D. Quijote", y recuerda que en el siglo XIII lo dió á Jesucristo Gonzalo de Berceo:

En el nombre de Dios que fizo toda cosa
E de *don Iesuchristo*, fijo de la gloriosa..."

Y es natural decirlo así, pues *don* significa lo que *dominus*, de donde proviene. *Don San Jorge* equivale, pues, á *el señor San Jorge*.

19 Quiere decir *aún más liberal que valiente*.

invierno; que si no, él se la diera toda, según era de caritativo.

—No debió de ser eso—dijo Sancho—, sino que se debió de atener al refrán que dicen: que para dar y tener seso es menester.

Rióse don Quijote y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo don Quijote:

—Éste sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo: éste se llama don San Diego Matamoros; uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.

Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse. Cuando

5 Anda comúnmente mal entendido, y aun mal escrito, este refrán, pues dicen: *El dar y el tener seso han menester*, debiendo decirlo como aquí lo dice Sancho, ó bien *El dar y tener seso ha menester*, para indicar que es bueno ser generoso el hombre; pero no que lo sea tanto, que dé cuanto tenga.

13 *San Diego* y *Santiago* son un santo mismo, y aun estos nombres un mismo nombre, si bien se repara: *Diaguito* (*Tiaguito*) llaman en Andalucía á los niños bautizados como *Diegos*. *Y San Jaime* y *San Jacobo* no son otros santos que *Santiago* mismo.

16 *Pareció*, es decir, *se vió*, como en otros lugares (VI, 158, 11 y 162, 8; VII, 326, 11).

le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba y Pablo respondía,

—Éste — dijo don Quijote — fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás; caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.

No había más imágines, y así, mandó don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban:

—Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dul-

9 Alude, como dice Clemencín, á "cuando fué arrebatado al tercer cielo, y vió cosas que el hombre no puede explicar" (*Epistola ad Corinthios*, IV, 2-4).

23 Es frase del Evangelio: *Regnum coelorum vim patitur* (San Mateo, XI, 12).

cinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga y el pecado sea sordo—dijo Sancho á esta ocasión.

Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese

5 *Dios lo oiga y el pecado sea sordo* es, como dice el *Diccionario* que llaman *de autoridades,* "modo de hablar vulgar con que se expresa el deseo de que suceda bien alguna cosa que se intenta". Asimismo suele decirse *el diablo sea sordo,* bien que en la locución á que se refiere la presente nota está dicho eufemísticamente *el pecado,* por no decir *el diablo.* La misma frase de Sancho, mudando el oir por el ver, y, consiguientemente, la sordera por la ceguera, es fórmula tradicional, aún usada hoy, de una oracioncita del pueblo. Al apagar la luz para dormir, dicen:

El señor nos vea,
Y el pecado ciego sea;

que es, con leve variante, la misma formulilla que recitan en Portugal (*Revista Lusitana,* t. XII, 1904, pág. 288):

Deus nos veia
E o pecado cego seja,
Que nunca nos veia.

cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole:

—En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos. Bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos.

—Tú dices bien, Sancho—dijo don Quijote—; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las es-

3 *Nostramo* dicen aún hoy los rústicos en algunas comarcas de Andalucía y de otras regiones de España, y no sólo á los amos á cuyo servicio están, sino también á todas las personas de respeto.

23 *Encontrar con* ha ocurrido en algunos lugares, en el primero de los cuales quedó nota (I, 283, 11; IV, 59, 14; VI, 7, 9 y VII, 98, 6).

paldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazón; como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos

3 ¿De qué provino estimarse por mal agüero el hecho de derramarse la sal? Véase cómo lo explica Philothimo, uno de los interlocutores de la curiosísima *Agricultura Christiana* de Fr. Juan de Pineda, diálogo I, § II: "Dize Ciceron ser condicion necessaria para el amistad la perpetuidad, y esa causa la sal en los mantenimientos salados, y por esta razon se significa por ella el amor de los verdaderos amigos: y tambien porque como de muchas gotas de agua se congela el grano de la sal, ansi el amor ó amistad se causa concurriendo diuersas voluntades en vn sentimiento de amor: *de lo qual se arguye por mal agüero derramarse la sal en la mesa,* como por bueno verterse el vino, y más lo puro." A principios del siglo XVII había cundido tanto esta creencia supersticiosa sobre el derramarse la sal, "que los maestresalas — escribe Covarrubias en su *Tesoro* —, como oficiales del gusto, suelen echarla en una parte del plato, de donde podrá el que come tomar poco, ó mucho, ó nada, porque no alargue la mano al salero, y se descomponga, y si está lexos, nunca él deuiera ser combidado, si acaso se le derramó en el camino estando á la mesa de algún señor agorero." Este agüero de la sal y el del martes, aunque harto extendidos en mitad del siglo XVI, atribuíanse muy especialmente á los Mendozas, tanto, que llegó á decirse *mendocino* en equivalencia de *supersticioso,* como se echa de ver por este pasaje de Alemán, en su *Guzmán de Alfarache* (parte II, libro III, cap. IV): "Preguntóme qué tenía; no supe responderle más de que, sin duda, el corazón se recelaba de algun gravísimo daño venidero... *Díjome que no fuese mendocino,* ni diese la imaginación á tales disparates..." Y aun de algún Mendoza corrieron muy validas entre el vulgo consejas como la siguiente, que relata

con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipión á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dijo: "No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos." Así que, Sancho, el haber encontrado

---

Monzón en la jornada I de *La hermosura y la desdicha,* comedia de Rojas Zorrilla:

¿Eres tú *Mendoza* acaso,
Que *si la sal se derrama,*
Se está aquel día en la cama,
Sin salir de casa un paso?
De un señor destos oí
Que estando un día á la mesa
(Aun de decirlo me pesa,
Que nunca agüeros creí),
Y un paje con poco asiento
El salero derramó,
Una daga le tiró,
Pagando su poco tiento
Con la vida. ¿Hay tal crueldad?
Yo al paje más bien matara
Si el vino me derramara;
Que es de mayor calidad.

Quevedo, en cambio, no era nada *mendocino,* y se burlaba de tal superstición y de los que la tenían, diciendo en su donoso *Libro de todas las cosas y otras muchas más*: "Si se te derrama el salero y no eres *Mendoza,* véngate del agüero y cómetele en los manjares. Y si lo eres, levántate sin comer y ayuna el agüero, como si fuera santo; que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, pues siempre sucede desgracia, pues lo es no comer."

6 Muchos tienen por apócrifo este lance; pero pueden citarse otros parecidos que, en realidad de verdad, acaecieron, verbigracia, en la conquista del Nuevo Mundo, en la cual hubo muchos soldados que si algo tuvieron que envidiar á Scipión, fué ventura tan sólo. Cuenta Juan de Castellanos, en sus *Elegías de varones ilustres de Indias,*

con estas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo—respondió Sancho—, y querría que vuesa merced me dijese qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: "¡Santiago, y cierra España!" ¿Está por ventura España abierta, y de modo, que es menester cerrarla, ó qué ceremonia es ésta?

parte II, canto II del *Elogio de D. Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta,* que explorando Juan de Rojas con su gente nuevos terrenos, una ramosa y alta ceiba vino al suelo de repente; túvose esto por mal agüero;

> Mas Juan de Rojas dijo: "No temamos
> Una señal tan leve como ésta,
> Porque si por agüeros nos guiamos,
> Que tengo por locura manifiesta,
> Aquésta nos declara que bastamos
> Para que no les quede casa enhiesta:
> Que pues se bajan plantas con raíces,
> También bajarán indios sus cervices."

10 Pues D. Quijote no responde de un modo categórico á estas preguntas, y en nota del cap. IV de esta segunda parte (V, 92, 4) prometí que aquí trataría de la invocación y grito de guerra *¡Santiago, y cierra, España!,* harélo, á reserva de dejar para otro lugar algunas particularidades que no puedan caber en una nota de mediana extensión. La costumbre, hoy perdida, de invocar á Santiago en las batallas, si no nació de la de Clavijo, en que es fama que el Apóstol, en un caballo blanco, asistió por su persona, matando infinidad de moros, viene, al menos, de tiempo muy remoto, como se echa de ver por estos dos pasajes del *Cantar de Mio Cid* (edición crítica de D. Ramón Menéndez Pidal, versos 731 y 1137-39):

—Simplicísimo eres, Sancho—respondió don Quijote—; y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patrón y amparo suyo, especialmente en los

---

Los moros llaman Mafómat e los cristianos santi Yague.
.....
Con los alvores mio Cid ferirlos va:
"¡En el nombre del Criador e d'apostol santi Yague,
feridlos, cavalleros, d'amor e de voluntad."

Al grito ó apellido de *¡Santiago!* añadióse más tarde el de *¡Cierra, España!*, que muchos han entendido mal, y escrito *¡Cierra España!*, cual si se dijese á Santiago que *cerrase á España*, acaso acaso, como pregunta Sancho, por creer que estuviese abierta y fuese menester cerrarla. Aún no ha dos años, en 24 de Noviembre de 1911, un diario madrileño decía: "...y cree posible [el Sr. Canalejas] *cerrar España como el apóstol Santiago*, aunque ya le parezca más difícil cerrar el salón de conferencias." No: este *cierra* es imperativo, está usado en la acepción de *acometer* ó *embestir*, y se refiere á España, es decir, á los españoles que pelean, y no á Santiago, todo lo cual verá patentemente el lector en los ejemplos que siguen: López de Gómara, relatando la prisión de Pánfilo de Narváez por Hernán Cortés (*Conquista de Méjico*, apud *Biblioteca* de Rivadeneyra, t. XXII, pág. 362 *b*): "Entró tan sin ruído, que primero dijo "*Cierra y á ellos*" que fuese visto, aunque tocaban al arma." Ercilla, canto XXIV de *La Araucana*:

...A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia extraña,
Gritando: "*¡Cierra, cierra, España, España!*"

Y Ruiz de Alarcón en *La verdad sospechosa*, acto I:

D. García. Oro traigo.
Tristán. *¡Cierra, España,*
Que á César llevas contigo!

De las ediciones modernas del *Quijote*, las más, como la príncipe, no pusieron coma entre *cierra* y *España*. Hartzenbusch, en el texto de la pequeña de Argamasilla, puso

rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así, le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visible-

unos puntos suspensivos antes de las palabras *y mira que este gran caballero,* advirtiendo en la nota "que allí falta algo de la respuesta de D. Quijote", pues éste respondería á Sancho: "*Cerrar,* en esa locución y en otras, quiere decir *acometer. Cierra, España,* es como si dijéramos: "Españoles, *acometed* á los enemigos."

"Pero si es así todo esto—preguntará el lector—, ¿qué oficio es el de esa *y* que une el grito de *Santiago* con el de *Cierra, España?*" Todo se andará—respondo—: cabalmente esta *y* ya ha rato que empezó á sernos familiar en las locuciones siguientes: *¿Cómo* Y *no sabe que cuando algún caballero...* (V, 237, 1); *¡Santa María,* Y *valme!* (V, 267, 5); *¿Cómo* Y *es posible que hay hoy caballeros andantes...* (V, 286, 8); *¿Cómo* Y *no consideráis que está electo gobernador?* (VI, 281, 5); *¡Maldito seas de Dios...* Y *cuándo será el día... donde yo te vea hablar sin refranes...!* (VI, 312, 14). Esta *y,* que no hace oficio de conjunción, es la misma de las exclamaciones vulgares *¡Caramba,* Y *qué voz! ¡Jesús,* Y *qué hombre!;* la misma que ha ocurrido en otros muchos lugares del *Quijote,* amén de los que acabo de indicar, y, en fin, la misma *y* que, al decir de Bello (*Gramática,* § 1286) "pierde el oficio de conjunción y toma el de simple adverbio en interrogaciones y exclamaciones directas", como al principio de una de las odas de Fr. Luis de León:

Y ¿dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro...?

4 "Pues ¿cómo le habían de ver?", preguntó Clemencín. No se hizo cargo de que este dicho, *ver visiblemente* una cosa, es un encarecimiento vulgar, tal como *ver á vista de ojos, ó por vista de ojos,* que ha usado Cervantes en otras ocasiones (II, 73, 14; VII, 19, 21 y VIII, 48, 16), en la última de las cuales, Clemencín, lejos de reprochar la frase, como ahora, dice: "Pleonasmo autorizado por el uso para esforzar la expresión."

mente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

Mudó Sancho plática, y dijo á su amo:

—Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo que, con estar lagañoso, ó, por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oído decir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

—Advierte, Sancho—dijo don Quijote—, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte: que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella

18 Quiere decir que *más parece que se aguzan que no que se despuntan.*

declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima.

—¡Crueldad notoria!—dijo Sancho—. ¡Desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razón amorosa suya. ¡Hi de puta, y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que así la rindiese y avasallase: qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí déstas, ó todas juntas, la enamoraron; que en verdad en verdad que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho—respondió don Quijote—, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea

6 Nota Clemencín que "no es verosímil que Sancho tratase así á su amo", y presume "que esta exclamación debiera ser como los apartes de las comedias, diciéndolo Sancho de modo que no lo oyese su amo, y continuando después en tono regular lo que sigue." A mi ver, no hay tal cosa, sino que á veces la dicha exclamación no tenía más valor que el meramente interjectivo.

y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso; pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.

En estas razones y pláticas, se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho:

—Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido. Pues mándoles yo que aunque estas re-

6 En la edición príncipe, y en todas las demás hasta el año de 1863, *suelen hacer el amor,* pasaje que no hace buen sentido. Paréceme atinada la enmienda propuesta por Hartzenbusch, tanto, que la he llevado al texto.

des, si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes, ó más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, así las rompiera como si fueran de juncos marinos, ó de hilachas de algodón.

Y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras; á lo menos, vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado, digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol; los cuales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas. La edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho.

Vista fué ésta que admiró á Sancho, suspendió á don Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silen-

13 Quiere decir que los pellicos eran de brocado y las sayas de *tabí de oro,* tela aún mejor que el mero *tabí* ó *espolín,* cada vara del cual se vendía á cuarenta y tres reales, según la *Tasa general de Sevilla,* de 1627.

21 Es encarecimiento vulgar. Una copla de mi colección de *Cantos populares españoles,* núm. 1.573:

La luna se ha parado
En su carrera,
Admirada de verte
Tan hechicera.

cio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á don Quijote:

—Detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas; y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta agora no hemos representado. Ayer fué el primero día que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza;

23 *Primero,* como en otros lugares (I, 192, 3 y IV, 31, 2), donde hoy, apocopando, diríamos *primer.*

tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que, oxeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente; porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.

Calló, y no dijo más; á lo que respondió don Quijote:

—Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vió al improviso bañarse en las

12 Casi todos los editores, los modernos especialmente, enmiendan *Acteón* y hacen notar que por errata dijo *Anteón* la edición príncipe. En efecto, hay que distinguir entre *Acteón*, el hijo de Aristeo y nieto de Cadmo, convertido por Diana en ciervo, á quien mataron sus propios canes, en castigo de haberla visto desnuda en el baño, y *Anteo* ó *Anteón*, gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra: el que peleó con Hércules. Pero así y todo, no toco al texto en este punto ni corrijo lo que no fué errata de la imprenta, sino yerro de Cervantes, disculpabilísimo, sin duda, pues es tal la frecuencia con que los libros del tiempo de su tiempo llaman *Anteón* á *Acteón*, que más habría parecido errata nombrarle por su propio nombre. Véanse algunos ejemplos, y cuenta que, como citaré cuatro ó cinco, podría citar más de una veintena. En la *Fábula de Adonis*, apud *Las obras del famoso poeta Gregorio Silvestre*, fol. 166 de la edición de Lisboa, 1592:

No te aflijas ni te afanes,
desaltera el coraçon;
que este sentimiento, Dafnes,
no es la caça de *Anteon*,
que lo comieron sus canes.

En el *Romancero general*, libro leidísimo por Cervantes, fol. 158 de la edición de 1604:

aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asumpto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con

---

Ay, madre, aquel *Anteon*,
quando allá en la fuente clara
os echó el agua á la cara
Diana sin dilación...

Y al fol. 199:

Compónganse aquestas tales
con un honesto vestido,
y pásense con lo bueno,
no quieran que sus maridos
padezcan como *Anteon*,
por andar poco advertidos,
cuando las tres ninfas vió
bañarse en un claro río.

Y otra vez al fol. 337 vto.:

En tu amarga historia
hallo, si la leo,
que son tus favores
los perros de *Anteo*.

Quien quisiere saborear la interesante *fábula de Acteón*, hermosamente escrita en versos castellanos, lea la versión de Mira de Amescua, en hermosas octavas reales (*Biblioteca* de Rivadeneyra, t. XLII, pág. 426), ó la de Luis Barahona de Soto, en elegantísimas quintillas dobles, reimpresa y anotada en mi libro acerca de este poeta, páginas 637-677.

1 *Que no debió de quedar más suspenso... como yo he quedado atónito...* El *más* debiera ser *tan*. Habiendo dicho *más* había de decir *que*. Ya noté un caso igual en el cap. XII de esta segunda parte (V, 216, 22).

2 Observa Clemencín que "conforme al uso actual, se diría: *atónito al ver, ó de ver*". *En ver*, como Cervantes, dicen los *andaluces*. Recuérdese cierta nota del cap. XXVIII de la primera parte (III, 69, 10). Este *en* ante infinitivo, equivaliendo á gerundio, ha ocurrido en muchos otros lugares (I, 15, 5; III, 252, 1 y 285, 12; IV, 22, 5 y 160, 16; VI, 295, 12 y 316, 22).

seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar; porque no es otra la profesión mía sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque deis algún crédito á esta mi exageración, ved que os lo promete, por lo menos, don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oídos este nombre.

—¡Ay, amiga de mi alma—dijo entonces la otra zagala—, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente, y el más enamorado, y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. Yo apostaré que este

9 Hartzenbusch, en *Las 1633 notas...*, quería que se leyera así este pasaje: *y si estas redes,* COMO *deben ocupar* UN *pequeño espacio* (ó *y* SI *estas redes,* QUE *deben ocupar* UN *pequeño espacio*) *ocuparan toda la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar.* No era menester tanto para que el período hiciese buen sentido; bastaría con suprimir una de dos palabras: ó el *como,* ó el *que* y la coma que le antecede.

19 La Academia, desde su edición de 1780, y los editores modernos, excepto Máinez y algún otro, han enmendado, no sé por qué, *que nos mienta y nos engañe.*

buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza, su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen.

—Así es la verdad—dijo Sancho—: que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha historiado y referido.

—¡Ay!—dijo la otra—. Supliquémosle, amiga, que se quede; que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y, sobre todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura.

—Con razón se la dan—dijo don Quijote—, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza. No os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo.

---

1 "El *viene consigo* no está bien—repara Clemencín—. Debió decir *trae consigo*, ó *viene con él*." Comunicara su reparo á los judíos oriundos de España; que ellos le darían en rostro con el texto del siguiente refrán (Foulché-Delbosc, *Proverbes judéo-espagnols*, Paris, 1895, núm. 281): "Dezidme, mi dama, quien mantiene al vivo? El vino, la rosa y el grano de trigo, y una linda dama que durma *consigo*."

3 Otro caso de *le* por *les*, como los que atrás quedan notados (I, 196, 1; II, 217, 6; III, 106, 1; VII, 329, 11).

18 Quiere decir: *si ya no hace ponerlo en duda...*

Llegó, en esto, adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondía; contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenía él ya noticia, por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor; pidióle que se viniese con él á sus tiendas; húbolo de conceder don Quijote, y así lo hizo. Llegó, en esto, el oxeo; llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que, engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á don Quijote dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz, y dijo:

—Entre los pecados mayores que los hombres

11 Sobre *oxear*, ú *ojear*, recuérdese una breve nota del cap. XXXIII de la primera parte (III, 193, 4).

cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico; porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras, si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan, y así, es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos días naturales en metad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están son las más hermosas doncellas, y más corteses, que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par

Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.

Oyendo lo cual, Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz, dijo:

—¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?

Volvióse don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo:

—¿Es posible ¡oh Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razón que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla.

Y con gran furia y muestras de enojo, se

levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco, ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían, con todo esto, salió don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, don Quijote en mitad del camino (como os he dicho), hirió el aire con semejantes palabras:

—¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo que por este camino pasáis, ó habéis de pasar en estos dos días siguientes! Sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está

18 Así, *como os he dicho,* en la edición príncipe, hablando el autor á los lectores. La Academia (1819), Clemencín y otros leyeron arbitrariamente *como se ha dicho,* si bien la nota de Clemencín sólo conviene en este punto al texto original.

aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda; que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podía suceder algún peligro; sólo don Quijote, con intrépido corazón, se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venía más delante, á grandes voces comenzó á decir á don Quijote:

11 Expresión irónica, tal como la que ocurrió en el capítulo XV de la primera parte, en donde puse nota (II, 27, 1). Pero allí dijo Cervantes *de bien en mejor,* y no *de mejor en mejor,* como ahora.

23 Para Clemencín fuera acertado haber suprimido el *más.* No sobra nada; más bien falta algo, pues quiere

—¡Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedazos estos toros!

—¡Ea, canalla — respondió don Quijote—, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas! Confesad, malandrines, así, á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre don Quijote, y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándoles á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante; pero, en fin, se levantaron todos, y don Quijote, á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces:

—¡Deteneos y esperad, canalla malandrina;

---

decir: "*Llegó el tropel de lanceros* que venían delante, *y uno dellos, que venía más delante* que los otros..."

19 De la acepción figurada del adjetivo *católico* traté en notas del cap. XLVII de la primera parte y del XIII de la segunda (IV, 212, 12 y V, 244, 1).

que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata!

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á don Quijote, y, más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPITULO LIX

DONDE SE CUENTA DEL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE.

Al polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solía llamar condumio; enjuagóse la boca, lavóse don Quijote el rostro, con cuyo refri-

2 La Academia, Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez y otros dicen *Donde se cuenta el extraordinario suceso...*, pareciéndoles *del* errata. No lo es: ya leímos en el epígrafe del cap. XXXIV (VI, 305, 2): *Que cuenta de la noticia...*, y allí quedó nota.

13 "*Condumio*, vocablo antiguo rústico—dice Covarrubias—, vale el manjar que se come con el pan, como esqualquier cosa guisada, del verbo *condio*..."

gerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comía don Quijote, de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenía, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecía.

—Come, Sancho amigo—dijo don Quijote—: sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir

3 *Ni... no...*, como en algún otro lugar (V, 294, 3), en donde hay nota. Hartzenbusch enmendó *y Sancho no osaba...*

5 "*Hacer la salva*—dice Clemencín—es empezar la comida ó bebida. Se tomó esta expresión de la antigua etiqueta usada en los palacios de los príncipes y magnates de que el maestresala ó *pregustator* probase los manjares y bebidas antes que sus señores; y se llamaba *hacer la salva* porque daba á entender que aquella ceremonia los ponía á salvo de alguna traición."

7 *No abrió la suya* para hablar; pues para comer ó embaular su pan y queso bien que la abrió. Pellicer omitió aposta el *no*, sin parar mientes en que á no hablar suele llamarse *no abrir la boca.*

9 Sobre *embaular* quedó nota en otro paraje (I, 248, 2).

14 La Academia y Clemencín, entre otros, enmiendan *á fuerza*, que es como ordinariamente se dice. Con todo, no me parece errata la lección original: el plural *á manos*, que antecede, pidió á Cervantes el otro plural *á fuerzas.*

comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, y acoceado, y molido, de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera, que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

—Desa manera—dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa—, no aprobará vuesa merced aquel refrán que dicen "muera Marta, y muera harta". Yo, á lo menos, no pienso matarme á mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo, y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced, y créame, y después de comido, échese á dormir un poco sobre los

11 *Entomece,* dicho á la antigua, por *entumece.*
20 *Tirar,* en su antigua acepción de *estirar* ó *extender.*

colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo más aliviado.

Hízolo así don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole:

—Si tú ¡oh Sancho! quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que decir en eso—dijo Sancho—. Durmamos, por ahora, entrambos, y después, Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea; que cuando menos se cate, me verá hecho una criba, de azotes;

25 Nota Clemencín que, según el texto, no parece sino que *azotes* era la materia de que estaba hecha la criba. Pusiera la coma que yo pongo después de *criba*, aunque no la hay en la edición príncipe, y holgaría su advertencia.

y hasta la muerte, todo es vida: quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin orden alguna pacer del abundosa yerba de que aquel prado estaba lleno á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir, y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de allí se descubría. Digo que era venta porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos.

Llegaron, pues á ella; preguntaron al huésped si había posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave; llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar; recogiéronse á su estancia; preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar. Á lo que el hués-

ped respondió que su boca sería medida; y así, que pidiese lo que quisiese: que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta.

—No es menester tanto—respondió Sancho—; que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía.

Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

—Pues mande el señor huésped—dijo Sancho—asar una polla que sea tierna.

—¿Polla? ¡Mi padre!—respondió el hués-

3 Clemencín indicó que nombradas por el ventero *las pajaricas del aire* y habiendo de nombrar en seguida *los pescados del mar*, "puede creerse que *las aves* está equivocado por *los animales*, y así luego habla de *ternera, cabrito, tocino* y, finalmente, de *uñas de vaca*". A lo cual objetó D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado...*: "El tono bufón con que se explica [el ventero] en todo este gracioso diálogo con Sancho nos autoriza para creer que por jocosidad llama al tocino, ternera, cabrito, etc. *aves de la tierra*, usando en esto la misma especie de chiste de aquellos glotones que dicen que *de las legumbres, la que prefieren es el jamón*." En apoyo de lo dicho por Calderón, recuérdese que festivamente se suele llamar al cerdo *el pajarraco de San Martín*, y ponderando por buena la carne de carnero, dicen: *Ave por ave, el carnero si volase*. Bien que asimismo pudo decir *aves de la tierra* por las que no levantan el vuelo, tales como *gallinas, pavos, gansos*, etc.

14 Exclamación idéntica á la que ocurrió en el capítulo XLVII de la primera parte (IV, 212, 13), en donde quedó nota.

ped—. En verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

—Desa manera—dijo Sancho—, no faltará ternera, ó cabrito.

—En casa, por ahora—respondió el huésped—, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Medrados estamos con eso!—respondió Sancho—. Yo pondré que vienen á resumirse todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

—¡Por Dios—respondió el huésped—que es gentil relente el que mi huésped tiene! Pues héle dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¿quiere que tenga huevos? Discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gullurías.

—Resolvámonos, cuerpo de mí—dijo Sancho—, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos, señor huésped.

Dijo el ventero:

---

10 *Poner,* en su acepción de *apostar,* como en mi colección de *Cantos populares españoles,* núm. 5.825:

¿Te quieres *poner* conmigo?
(Le dijo el Tiempo al Querer).
Esa soberbia que tienes
Yo te la castigaré.

14 Vea aquí el lector, en solos dos renglones, la palabra *huésped* significando primero *el hospedador* y después *el hospedado,* según advertí en otro lugar (I, 81, 7).

17 En la edición príncipe, *gallinas,* sin duda por errata.

—Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: "¡Cómeme! ¡Cómeme!"

—Por mías las marco desde aquí—dijo Sancho—, y nadie las toque; que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas.

—Nadie las tocará—dijo el ventero—; porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va—dijo Sancho—, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él

6 Tropieza Clemencín, como muchas veces, en lo más llano, al observar que "siendo dos las uñas, no parece que podían decir *cómeme, cómeme,* como si fueran una sola". "¡Ahí verá usted!—pudo respondérsele—. Más de dos eran, figuradamente, las uvas de la parra de aquella apetitosa doncella andaluza á quien cantó un amante goloso (*Cantos populares españoles,* núm. 2.812):

Las ubitas de tu parra
Están disiendo:—"*¡Comerme!*"
Y los pampaniyos disen:
—"¡Que biene er guarda! ¡Que biene!",

y, con todo eso, no decían *comednos,* sino *comedme.*" Y es que aquí lo decía cada una de las uvas, y en el texto, cada una de las uñas de vaca. Con el pueblo, más que con las gramáticas, hay que consultarse, y quien no lo hace así, nunca llega á saber de la misa la media.

trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.

Ésta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia don Quijote, trujo el huésped la olla, así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

—Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha.*

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando

8 Leemos la *hora del cenar,* y no *de cenar,* porque á toda vista de ojos está caída la *ele* de *del* en la edición príncipe (fol. 226 v., primer renglón). Y aun puede afirmarse que tal letra se cayó, ó fué repuesta, durante la tirada del pliego *Ff,* porque hay ejemplares no faltos de ella, por ejemplo, el que ha servido á *The Hispanic Society of America* para su insuperable reproducción en facsímile de la gran novela de Cervantes. Si hubiesen reparado en esto los continuadores de Cortejón, ¿habrían dicho que leyendo *de* siguen la lección de la edición príncipe?

10 Clemencín entendió en este lugar que aunque por el contexto de la oración parece que el que se sentó á cenar fué el ventero, no fué sino D. Quijote. Mal entendido, á mi ver: las palabras *muy de propósito* lo demuestran.

se puso en pie, y con oído alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

—¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de *Don Quijote de la Mancha* no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

—Con todo eso—dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en éste más desplace es que pinta á don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

—Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad;

---

1 *Alerta* leyeron Clemencín y Hartzenbusch, como si *alerto* no fuese un adjetivo participial parecido á *muerto* y *despierto*.

8 Pensando en escribir este capítulo estaba Cervantes, cuando llegó á su noticia y á sus manos el *Segvndo tomo del Ingenioso Hidalgo don Qvijote de la Mancha*, escrito por el supuesto Alonso Fernández de Avellaneda é impreso en Tarragona, en 1614. De este sujeto, sea en realidad quien fuere, traté, aunque á la ligera, en nota del prólogo de la segunda parte (V, 13, 8).

11 Sentencia que lo mismo puede ser de Plinio, á quien comúnmente se atribuye, que de cualquier Juan Sánchez.

porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

—¿Quién es el que nos responde?—respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser—respondió Sancho—sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas?

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo:

—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra, comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo:

—En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se

4 Sin duda, alude aquí D. Quijote, como observó Clemencín, á las palabras "que tachan á Cervantes de viejo, manco y envidioso, de que él mismo se hace cargo en el prólogo de esta segunda parte" (V, 14, 6 y 16, 4).

10 Como han advertido cuantos cervantistas de don Vicente de los Ríos acá anotaron ó comentaron el *Quijote*, este reparo es injusto: el mismo Sancho, departiendo con su amo en el cap. VII de la primera parte, había llamado *Mari Gutiérrez* á su mujer (I, 187, 16), sin que á disculpar á Cervantes por distracción tan patente baste el plausible empeño que en ello puso D. Juan Calderón en su *Cervantes vindicado...*, §§ IX y CV. "En lugar de esto —dice Pellicer—pudiera [Cervantes] haberle reprehendido justamente [á Avellaneda] de que llame á Don Quijote *Martín Quijada*, llamándose *Alonso*." Cierto que por tal cosa no le reconvino, y para guardarse de hacerlo tuvo los curiosos motivos que manifestaré en uno de mis próximos trabajos acerca de Cervantes y el *Quijote*.

10 La Academia, Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez, y, en fin, casi todos los editores modernos, leen *y no se llama tal*, añadiendo un pronombre que Cervantes omite aquí muy de propósito, como en otros lugares: *Sí digno* (V, 139, 5); *que no durará* (VII, 195, 14); *Sí tengo* (VII, 324, 19); *Sí hallé* (VII, 336, 10).

podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.

Á esto dijo Sancho:

—¡Donosa cosa de historiador! ¡Por cierto, bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutiérrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que he oído hablar, amigo—dijo don Jerónimo—, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote.

—Sí soy—respondió Sancho—, y me precio dello.

—Pues á fe—dijo el caballero—, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy

---

5 Exclamación irónica que ha ocurrido en otros lugares (I, 179, 15 y II, 299, 3).

10 *Por lo que he,* dice la edición príncipe, y no *Por lo que os he,* como enmiendan casi todos los editores, la Academia entre ellos.

18 Para poner estos reparos al *Quijote* del supositicio Avellaneda, fuera bueno, en cuanto á lo de *comedor,* que la sobrina de D. Quijote no hubiese llamado á Sancho *golosazo* y *comilón* (V, 52, 10), y que al principio del presente capítulo (76, 14) no hubiese dicho D. Quijote: *Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para vivir comiendo.* Y todavía, en el cap. LXVI, como sigue reparando Clemencín, ha de decirle: *Tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo.* Por lo que hace á lo *simple,* también sería

otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone—dijo Sancho—. Dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, por- que quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma.

Los dos caballeros pidieron á don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos; que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condecendió con su demanda, y cenó con ellos; quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio: sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don

---

muy del caso que D. Quijote no hubiese dicho nunca á su escudero (III, 143, 8): *¡Oh, qué necio y qué simple que eres!*, y que éste no dijera de sí mismo (V, 151, 6): *...pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa...* El justo enojo que sintió Cervantes contra su continuador y ofensor, mal hombre antes que medianejo novelista, y la poca memoria que el gran escritor complutense tenía de los pormenores de su propia obra, le hicieron imputar á aquél algunas culpas que, en realidad de verdad, no lo eran.

13 "*Mero y mixto imperio*—dice Covarrubias—es término jurídico; declárolo Ulpiano...: *Imperium, aut mixtum est...*" Y los define. El lector puede consultar acerca de tal locución el *Diccionario* de la Academia, artículo *imperio*, y, si lo tuviere á mano, el *Diccionario* especial de Escriche.

Juan á don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso: si se había casado, si estaba parida, ó preñada, ó si, estando en su entereza, se acordaba (guardando su honestidad y buen decoro) de los amorosos pensamientos del señor don Quijote. Á lo que él respondió:

—Dulcinea se está entera, y mis pensamientos, más firmes que nunca; las correspondencias, en su sequedad antigua; su hermosura, en la de una soez labradora transformada.

Y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlín le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura.

Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho equis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando, dijo:

25 *Hecho equis,* es decir, borracho, como para andar tambaleándose y atravesando las piernas, la una con la otra, en figura de *X*.

—Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen no quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querría que ya que me llama comilón, como vuesas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Sí llama—dijo don Jerónimo—; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además, mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.

—Créanme vuesas mercedes—dijo Sancho—que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo—dijo don Juan—; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran don Qui-

---

3 La edición príncipe, *quiere que no comamos*. Según Clemencín, sobra este *no;* mas, á juicio de Hartzenbusch. en *Las 1633 notas...*, ó sobra el *no,* ó falta otro antes de *quiere*. Esto último tengo por más probable.

3 Advierte Clemencín que "*hacer buenas migas* es como familiarmente se dice de los que viven acordes entre sí".

7 *Sí me llama*. diríamos hoy. Recuérdese lo manifestado poco ha en una nota del presente capítulo (86, 10).

jote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles.

—Retráteme el que quisiere—dijo don Quijote—, pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna—dijo don Juan—se le puede hacer al señor don Quijote de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, á mi parecer, es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído; pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don

15 *Acabar,* en la acepción que hemos notado otras veces (II, 252, 11 y V, 184, 6).

25 Tres veces cada año—según dijo Pellicer, apoyándose en el *Diálogo de la verdadera honra militar,* de don

Juan que aquella nueva historia contaba como don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

Jerónimo Jiménez de Urrea—celebraban estas justas los caballeros de Zaragoza. "Sabed que los caballeros de esta ciudad tienen una cofradía en memoria de su patrón San Jorge, y en que son obligados á justar tres veces al año, y á tornear á caballo otras tantas..." "Éstas—añade Pellicer—se llamaban las *justas del arnés*."

5 "*Letras*—como dice Clemencín—son aquí los motes y letrillas que solían sacar los caballeros en las fiestas." Quien después de leer el cap. XI del *Quijote* de Avellaneda, donde se describe la tal fiesta de sortija, lea la reseña de la que por Octubre ó Noviembre de 1607 se celebró, realmente y de hecho, en un rincón del Perú, en Pausa, capital de la provincia de Parinacocha, con asistencia, no sólo de D. Quijote, sino también de su escudero, echará de ver cuánto va de lo mal inventado á lo bien sucedido. Del hallazgo de la ignorada relación de tan interesante fiesta traté en la postrera de dos conferencias que di en el Centro de Cultura Hispano-Americana, y publiqué en 1911, bajo el título de *El "Quijote" y Don Quijote en América*. He aquí los párrafos con que la terminé:

"A muchas reflexiones —dije—, más propias por su extensión de un libro que de una conferencia, se presta la relación que acabo de leeros. Así, y por no cansaros en demasía, me limitaré á manifestar en pocas palabras algo de lo que acerca de ello se me ocurre. Y es, lo primero, que, sin proponerse, ni aun por asomo, tal cosa los que celebraron esta fiesta peruana, ni en su particular D. Luis de Córdoba, que representó á D. Quijote, nos dejaron en ella un interesantísimo cuadro, que habla tan pintoresca y elocuentemente al entendimiento como á los ojos. La entrada, permanencia y salida de Román de Baños, llevado pomposamente en rica litera, á la manera y usanza de los incas, precedido, como ellos, de muchos indios armados y vestidos de colores y del vistoso guión de plumas, y seguido de mu-

—Por el mismo caso—respondió don Quijote— no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice.

chedumbre de indias, semicubiertas de listados *cumbis,* haciendo *taquíes,* esto es, cantando y bailando al par que andaban, y acompañando sus viejas canciones del país con el monotono y ensordecedor ruido de sus tamborinos ó *huáncares,* era escena que, de seguro, haría recordar á los jueces aquella imperial entrada que setenta y cinco años antes había hecho Atabalipa en el real del capitán Pizarro, y que el sevillano Francisco de Xerez había descrito con estas palabras: "Venía delante vn esquadron de indios ves-"tidos de vna librea de colores, a manera de escaques: "estos venian quitando las pajas del suelo e barriendo el "camino. Tras estos venian otras tres esquadras vestidos "de otra manera, todos cantando e bailando... Entre estos "venia Atabalipa en vna litera afforrada de pluma de papa-"gayos. Trayanle muchos indios sobre los hombros en "alto..."

"Y cuando toda una procesión como ésta, enteramente del Perú de los incas, va desapareciendo con todo su ruido y sus colores por un lado de la plaza, alumbrada por el sol poniente de una espléndida tarde primaveral, entra por otro lado, caballero en su flaco rocín, vistiendo orinienta cota y seguido de su fiel escudero Sancho, el más noble de los hidalgos y el más cortés y bien inclinado de los hombres: D. Quijote de la Mancha, que va á tomar la posesión moral de las tierras del Nuevo Mundo, á nombre de una civilización grandiosa que tiene por principios cardinales el amor á Dios y á los hombres, el respeto á la mujer y el amparo del desvalido. ¡Y toda esta doble y fantástica escena, en que otra gran civilización precolombina y la de la vieja Europa se dieron la mano en consorcio amigable y casi inverosímil, en un apartadísimo rincón del mundo un siglo antes descubierto, y, lo que más maravilla, aún no

—Hará muy bien—dijo don Jerónimo—; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer—dijo don Quijote—; y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es

---

pasados tres años desde que salió á luz, á millares de leguas, el inmortal libro de Cervantes!

"¡Quién había de decir al Príncipe de los Ingenios de España que allí donde él, por su desvalimiento y por la mala condición de los hombres, no pudo tener acceso cuando solicitó *un oficio en las Indias*, había de llegar tan prontamente el sublime loco hijo de su espíritu, para regocijar á las muchedumbres y regalar sus propios ojos con la vista de las airosas danzas y los pintorescos ropajes de allende, y sus oídos con la peregrina y estruendosa música de los *taquíes* peruanos!

"¿Llegaría á saber Cervantes que se había celebrado tal fiesta? Seguramente no, pues, á saberlo, cuando en la segunda parte del *Quijote* calificó de "falta de invención, po-"bre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica en sim-"plicidades", la sortija en que el supuesto Avellaneda había hecho tomar parte al Hidalgo Manchego en Zaragoza, habríala comparado, sin duda, con la hermosa fiesta peruana, variada y amena, riquísima de vida y de colores, y para la cual las costumbres de entrambos mundos dieron lo más original y pintoresco que tenían. Á conocer el gran Cervantes la preciosa relación que la suerte ha traído á mis manos, y que ahora empieza á alcanzar la publicidad que merecidísima tiene, bien habría podido exclamar como tres siglos después el poeta García Tassara, en el prólogo de sus *Poesías*: "¡Es un orgullo escribir en una lengua "que se habla en tanta parte de la tierra civilizada!" Y de todas maneras, supiéralo ó no, con entera verdad puso Cervantes en boca del dios Mercurio, en el *Viaje del Parnaso*, esta rotunda afirmación:

"Tus obras los rincones de la tierra,
"Llevándolas en grupa Rocinante,
"Descubren, y á la envidia mueven guerra."

hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y á mí también—dijo Sancho—: quizá seré bueno para algo.

Con esto, se despidiéron, y don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés.

Madrugó don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveída.

CAPITULO LX

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE YENDO Á BARCELONA.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el día en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso á aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura; al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques; que en esto

9 En la edición príncipe, é igualmente en las de la Academia, Pellicer, Clemencín y otras, sin la preposición *á*, de seguro omitida mecánicamente en la primera. Dice Berganza en el *Coloquio de los Perros*: "...las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacía, por *no sacar mentiroso á* mi amo." *Sacar* á uno *mentiroso* es lo opuesto al *sacarle verdadero* que ocurrió en el cap. XI de la primera parte (I, 256, 9).

no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos; antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos; ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea; ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín, que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues, á lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: "Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: "Tanto monta cortar como "desatar", y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo

19 No *desigual,* sino *desproporcionado,* quiere decir.

azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren?"

Con esta imaginación se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo, que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinión que no tenía más que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Yo soy—respondió don Quijote—, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar, en parte, la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece; tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad; que la mía es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes.

—Eso no—dijo Sancho—: vuesa merced se

6 Don Quijote olvídase de que, como luego dice Sancho, habían de ser voluntarios los azotes (VI, 329, 8).

9 *Acomodádolas,* por errata, en la edición príncipe.

esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oir los sordos. Los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

—No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho—dijo don Quijote—, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes.

Y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle; viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo, que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía:

—¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?

—Ni quito rey, ni pongo rey—respondió San-

13 Para Covarrubias, "*luchar á braço partido* es proceder igualmente sin ventaja de vno á otro". Así viene á decirlo Franciosini en su *Vocabolario*: "*lottare del par, cioè, igualmente a corpo a corpo.*" El léxico de la Academia atribuye dos significados al modo adverbial *á brazo partido*: el uno, "con los brazos solos, sin usar de armas", y el otro, figurado, "á viva fuerza, de poder á poder". Paréceme que lo entendió más bien Correas (*Vocabulario de refranes...*, pág. 506 *a*): "*A brazo partido.* (Así se asen los que luchan en paz.)"

cho—, sino ayúdome á mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos, topó con dos pies de persona, con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió á otro árbol, y sucedióle lo mesmo. Dió voces llamando á don Quijote, que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido, y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y

1 Sancho acomoda á su propósito el famoso dicho de Beltrán Duguesclin, á quien, tanto como á D. Enrique de Trastamara, debió su muerte D. Pedro I de Castilla: "Ni quito ni pongo rey; pero ayudo á mi señor."

6 Estos dos versos, de un viejo romance referente á los Infantes de Lara, están impresos á renglón corrido, como prosa, en la edición príncipe. "El verso *Enemigo de doña Sancha*—dice Clemencín—acaso debe leerse *Enmigo de doña Sancha...*" No hay tal cosa, sino otra que no puedo detenerme á explicar.

de piernas humanas. Tentólos don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser; y díjole á Sancho:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no vees sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona.

Y así era la verdad como él lo había imaginado.

Al parecer el alba, alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya, en esto, amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen, hasta que llegase su capitán. Hallóse don Quijo-

---

11 "Tal era en el tiempo de Cervantes—dice Clemencín—el estado de la hermosa provincia de Cataluña, que la multitud de forajidos era indicio de hallarse cerca de su capital."

14 *Al parecer alçaron,* dice la edición príncipe, y muchos enmendaron *Al amanecer;* pero como muy luego dice *Ya en esto amanecía,* no tengo por acertada tal enmienda Leo con Máinez *Al parecer el alba,* aunque esto allá se vaya con *amanecer.*

te á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y, finalmente, sin defensa alguna; y así, tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura.

Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avínole bien á Sancho que en una ventrera que tenía ceñida venían los escudos del Duque y los que habían sacado de su tierra; y, con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con

6 Figuradamente, *espulgar* es, como dice el léxico de la Academia, "examinar, reconocer una cosa con cuidado y pormenor", como quien busca pulgas. Fray Juan de Pineda, *Agricultura Christiana*, diálogo V, § XVIII:

"PHILOTIMO. Respondo con Aristóteles que querer tener cuenta con lo que todos dizen es muestra de poca cordura: y como yo me precio de buen juicio, no me mato por andar a caça de pareceres agenos, ni por *espulgar* si dixeron esto ó estotro."

16 Hoy diríamos, como advierte Clemencín, *de más que mediana proporción*.

17 *Color*, femenino, como en otros lugares (II, 93, 23; III, 56, 8 y 293, 6; V, 176, 20). Pero masculino alguna vez (III, 33, 17), tal como hoy.

cuatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman pedreñales) á los lados. Vió que sus escuderos, que así llaman á los que andan en aquel ejercicio, iban á despojar á Sancho Panza; mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole:

—No estéis tan triste, buen hombre; porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart,

---

2 "*Pedreñal*—dice Covarrubias—, arcabuz pequeño ó pistolete que se dispara con pedernal. Desta arma vsan los foragidos." Y antes, en el artículo *arcabuz*: "Otros arcabuzes, de que vsan los foragidos, se llaman *pedreñales*, porque no encienden con mecha, sino con pedernal, de donde tomaron el nombre." Que tales armas se usaban principalmente en Cataluña colígese por el *Entremés de los Alimentos*, anónimo, publicado en la *Primera parte de las Comedias de Lope de Vega* (Valladolid, 1609):

"Bobo. ¿Cómo se llama, cómo se llama aquella Nuestra Señora de los muchos burujones?

Escribano. Nuestra Señora de Guadalupe.

Bobo. No digo sino *la tierra de los pistoletes*.

Escribano. Nuestra Señora de Monserrate."

13 Clemencín reparó que "Cervantes, con su distracción é inexactitud acostumbradas, trueca á *Osiris* con *Busiris*". Hartzenbusch enmendó el texto, poniendo *Busiris*, y en *Las 1633 notas...* advirtió que "en los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. X, obra que escribía Cervantes al tiempo que ésta, nombra un estudiante á *Busiris*, tirano de Sicilia. Es errata, pues—añadió—, *Osiris* por *Busiris*, ó yerro de pluma". Con todo, tómese en cuenta

que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza—respondió don Quijote—haber caído en tu poder ¡oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren!, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la orden de la andante caballería, que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber ¡oh gran Roque! que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.

Luego Roque Guinart conoció que la enfer-

que no es Cervantes, sino Roque Guinart, ó Rocaguinarda, persona de no esmerada cultura, quien mienta á *Osiris*, confundiéndolo con *Busíris*. Tal como en *Rinconete* el rufián Maniferro dice *Arauz* por *Eurídice*, *Marión* por *Arión*, etc.

2 Del famoso forajido Rocaguinarda, cuyo buen corazón le dió tanto renombre como su admirable intrepidez, ha averiguado cuanto podía apetecerse D. Luis M.ª Soler y Terol, y expuéstolo en su hermoso libro intitulado *Perot Roca Guinarda, Historia d'aquest bandoler: Ilustració als capítols LX y LXI, segona part, del "Quixot"* (Manresa, 1909). Á esta excelente obra remitimos al lector deseoso de conocer la vida de aquel valiente, que había llegado á reunir bajo su mando, en 1610, unos doscientos hombres, y que supo ganarse, aun en medio de su mala vida, la calurosa simpatía de toda España.

10 *Contino*, adverbio, *continuamente*, como en otros lugares (III, 188, 10; IV, 29, 3 y 249, 9, etc.).

medad de don Quijote tocaba más en locura que en valentía, y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél había oído, y así le dijo:

—Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis á siniestra fortuna ésta en que os halláis; que podía ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados), suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

Ya le iba á dar las gracias don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venía á toda furia un mancebo, al parecer, de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado, á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las

---

11 Así en la edición príncipe, como en otros lugares (III, 65, 7; 179, 6 y 200, 6). Muchos editores enmendaron *podría*.

23 *Enceradas*, como los zapatos que se calzó D. Quijote en casa de los Duques (V, 326, 1).

manos y dos pistolas á los lados. Al ruido, volvió Roque la cabeza y vió esta hermosa figura, la cual, en llegando á él, dijo:

—En tu busca venía ¡oh valeroso Roque! para hallar en ti, si no remedio, á lo menos, alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, tu singular amigo y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo que don Vicente Torrellas se llama, ó, á lo menos, se llamaba no ha dos horas. Éste, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme, á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse, nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el

traje que vees, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí, y, sin ponerme á dar quejas ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y, por añadidura, estas dos pistolas, y, á lo que creo, le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa. Vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza.

Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, le dijo:

—Ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo; que después veremos lo que más te importare.

---

4 En la edición original, *estas escopetas.*

13 Un verso ocasional:

...á rogarte defiendas á mi padre...,

que no es, ni mucho menos, el único que se encuentra en este relato de Claudia Jerónima, pues en abundancia los tiene:

...y yo le di palabra de ser suya...
...y por no estar mi padre en el lugar...
...y apresurando el paso á este caballo...
...le debí de encerrar más de dos balas...
...ni pudieron ponerse en su defensa...
...donde tengo parientes con quien viva...

Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho y lo que Roque Guinart respondió, dijo:

—No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora; que lo tomo yo á mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí; que yo iré á buscar á ese caballero, y, muerto ó vivo, le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza.

—Nadie dude de esto—dijo Sancho—, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos días que hizo casar á otro que también negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, ésta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.

Roque, que atendía más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia que en las razones de amo y mozo, no las entendió; y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habían quitado del rucio, mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habían estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa, á buscar al herido, ó muerto, don Vicente. Llegaron al lugar donde

22 En la edición original, *y mandándoles,* sin duda por errata.

le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recién derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debía ser don Vicente, á quien sus criados, ó muerto ó vivo, llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle; diéronse priesa á alcanzarlos, que, como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados. á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentía que más adelante pasase.

Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de don Vicente; y así, entre enternecida y rigurosa, se llegó á él, y asiéndole de las manos, le dijo:

—Si tú me dieras éstas, conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso.

Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dijo:

—Bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto, pena no merecida, ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamás quise ni supe ofenderte.

—Luego ¿no es verdad—dijo Claudia—que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro?

—No, por cierto—respondió don Vicente—: mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que, celosa, me quitases la vida; la cual pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa. Y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo, si quisieres; que no tengo otra mayor satisfación que darte del agravio que piensas que de mí has recebido.

Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazón, de manera, que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabía qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida.

7 Clemencín y otros editores, entre ellos, los continuadores de Cortejón, hacen un inciso de las palabras *pues la dejo en tus manos y en tus brazos,* y así, no hallan buen sentido á la expresión *la cual* [*la vida*]... *tengo mi suerte...* Omitieran la coma que sigue á *la cual,* y que no hay en la edición príncipe, y leyeran lo que claramente hay en ella: *la cual pues la dejo...,* es decir, *la cual dejada en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa.* ¡No acertar en cosas como ésta, siendo tan fácil hacerse cargo...!

Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse.

—¡Oh cruel é inconsiderada mujer —decía—, con qué facilidad te moviste á poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mío, cuya desdichada suerte, por ser prenda mía, te ha llevado del tálamo á la sepultura!

Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasión. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecía campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen

---

2 No parece sino que, á retazos, está escrita en verso esta trágica historia:

Visto lo cual de Claudia,
habiéndose enterado
que ya su dulce esposo no vivía...

sepultura. Claudia dijo á Roque que querría irse á un monasterio donde era abadesa una tía suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañía Claudia, en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despedió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. Pero ¿qué mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?

Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les había ordenado, y á don Quijote entre ellos, sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadía dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de don Quijote. Llegado

7 En la edición original faltan las palabras *de don Vicente.*

11 *Despedió,* por *despidió,* como en otros lugares *veniste,* etc.

que fué Roque, preguntó á Sancho Panza si le habían vuelto y restituído las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habían quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valían tres ciudades.

—¿Qué es lo que dices, hombre?—dijo uno de los presentes—; que yo los tengo, y no valen tres reales.

—Así es—dijo don Quijote—; pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió.

Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributi-

13 *Mandóselos..., mandando..., mandó...*, en solos dos renglones.

18 Para Clemencín, *volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros* "es expresión que no se entiende, porque ¿á quién se volvía lo que no podía repartirse? Ni ¿cómo se reducía á dinero lo que se volvía?" Á este reparo respondió D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado*: "Roque tenía dado á guardar lo no repartido, y de ello, lo no repartible se le volvía, y él, como si lo comprase, lo reducía á dineros, para hacer partible su valor."

va. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á don Quijote:

—Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podría vivir con ellos.

Á lo que dijo Sancho:

—Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mesmos ladrones.

Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual, sin duda, le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho. y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese.

Llegó, en esto, uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venía y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y éste dijo:

—Señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente.

Á lo que respondió Roque:

—¿Has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos?

---

19 *Mayor,* en equivalencia de *superior* ó jefe, como en el cap. XXV de la primera parte (II, 309, 16).

—No sino de los que buscamos—respondió el escudero.

—Pues salid todos—replicó Roque—, y traédmelos aquí luego, sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y quedándose solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traían; y en este entretanto dijo Roque á don Quijote:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo, de mi natural, soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones

19 Que se tenía en esta buena opinión el fondo de Rocaguinarda, y que Cervantes, como tantos otros, la compartía, demuéstralo un pasaje del *Entremés de la Cueva de Salamanca*:

"Estudiante. ...determiné volverme á mi tierra; robáronme los lacayos ó compañeros de Roque Guinarde en Cataluña, porque él estaba ausente; que á estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio, *porque es muy cortés y comedido, y además, limosnero...*"

en tierra, que persevero en este estado, á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no sólo las mías, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro.

Admirado quedó don Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle:

—Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia; y si

vuesa merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo; que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que, tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.

Rióse Roque del consejo de don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Jerónima, de que le pesó en extremo á Sancho; que no le había parecido mal la belleza, desenvoltura y brío de la moza.

Llegaron, en esto, los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase; el cual preguntó á los caballeros que quién eran y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió:

—Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con orden de pasar á Sicilia; llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que, á nuestro

parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.

Preguntó Roque á los peregrinos lo mesmo que á los capitanes; fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podían llevar hasta sesenta reales. Quiso saber también quién iba en el coche, y adónde, y el dinero que llevaban, y uno de los de á caballo dijo:

—Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo—dijo Roque Guinart—, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo:

—¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los *lladres* que su perdición procuran!

Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada

los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes, dijo:

—Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intención de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron, en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas

11 *Ir camino*, como en otros lugares (I, 200, 6 y IV, 151, 8), en donde quedó nota.

25 Falta en la edición príncipe la palabra *hecho*.

de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos, les dijo:

—Destos escudos dos tocan á cada uno, y sobran veinte; los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura.

Y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído, Roque les dió por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose dellos, los dejó ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana:

—Este nuestro capitán más es para *frade* que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra.

No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oirlo Roque, el cual, echando mano á

25 *Paso,* en su acepción de *quedo,* en la cual ha ocurrido alguna vez (III, 90, 21; VII, 241, 25, etc.).

la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

—Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos.

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían.

Apartóse Roque á una parte y escribió una carta á un su amigo, á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que

---

1 Es decir, *casi le abrió en dos partes la cabeza.*

9 Hoy diríamos *como tenía consigo,* ó *como estaba con él.* Véase una nota que acerca de este empleo de *consigo* quedó en el cap. LVIII (VIII, 67, 1).

14 Hartzenbusch enmendó en las dos ediciones de Argamasilla *que era el de la Degollación de San Juan Bautista,* y dijo en *Las 1633 notas...*: "Concluye en el fol. 141 vto. —de la edición príncipe—una carta de Teresa Cascajo, con fecha de 20 de *Julio* de 1614; en el 176 hay otra del Duque, fecha de 16 de *Agosto;* ha pasado porción de días desde entonces acá: luego éste de San Juan ha de ser precisamente, no el de la *Natividad* del Santo, que se celebra á 24 de *Junio,* sino el de la *Degollación,* que tiene su fiesta en 29 de *Agosto.*"

con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de don Quijote y los donaires de su escudero Sancho Panza no podían dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó esta carta con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dió á quien iba.

2 Por el tiempo á que se refiere Cervantes había en Cataluña dos bandos opuestísimos, llamados los *Niarros*, ó *Nyerros*, y los *Cadells*. Rocaguinarda pertenecía al primero.

7 En la edición príncipe, *estas cartas;* pero debe de ser errata, pues, así antes como después, no se refiere el autor sino á una: *escribió una carta á un su amigo de Barcelona...; entró en Barcelona y la dió á quien iba.*

CAPITULO LXI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA, CON OTRAS COSAS QUE TIENEN MÁS DE LO VERDADERO QUE DE LO DISCRETO.

Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida: aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras espera-

---

3 En la edición príncipe se omitió, por yerro de la imprenta, la palabra *cosas,* de que no podía prescindirse.

5 Aquí, no *del,* como en el cap. XXV de la primera parte (II, 300, 7): "...sin que lleven nada *del* sofístico ni *del* fantástico...", sino *de lo,* como en el cap. IV del *Viaje del Parnaso.*

> Yo, con estilo, en parte, razonable,
> He compuesto comedias que en su tiempo
> Tuvieron *de lo* grave y *de lo* afable.

7 *Si,* en equivalencia de *aunque,* como en otros lugares (II, 216, 10, etc.).

ban, sin saber á quién. Dormían en pie, interrompiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque casi todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba; porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habían de matar, ó entregar á la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa.

---

2 *Interrompiendo,* más á la castellana que *interrumpiendo,* como *interromperéis* en el cap. XXIV de la primera parte (II, 262, 13), é *interrotos* en el XLIX de la segunda (VII, 245, 2).

5 Este *casi* falta en la edición príncipe; pero es necesario, como advirtió Hartzenbusch, si no ha de holgar lo que acaba de decirse: que *algunos* de los bandoleros traían arcabuces de cuerda.

13 Por uno de estos bandos (Octubre de 1609), reproducido por el Sr. Soler y Terol en su excelente obra intitulada *Perot Rocaguinarda* (pág. 405), se hizo saber, ampliando los premios otras veces ofrecidos, que "a qualseuol persona de qualseuol grau, stament o conditio, sie official real o de la quadrilla de dit Pere rocaguinarda, a efecte que puga esser punit y castigat, sa Ex.ª li manara donar y pagar realment y de fet encontinent *mill lliures* moneda barcelonesa de diners de la real thesoreria..., y axi be remetra y perdonara per la captura de dit Pere Rocaguinarda a quatre persones que la tal persona que fara dita captura anomenara, de qualseuol crims y delictes que haja

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los había dado, los dejó, con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque; quedóse don Quijote esperando el día, así, á caballo, como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído; aunque al mesmo instante alegraron también el oído el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, "¡trapa, trapa, aparta, aparta!" de corredores, que,

comesos, *encara que sien de la mateixa quadrilla de dit Rocaguinarda.* E si acars per no poderlo pendre viu sera mort, sa Ex.ª, sots la matexa fe y paraula real, promet a qui tal mort haura feta que li manara donar y pagar realment y de fet encontinent en la forma sobredita *la meytat de dites mil lliures,* permetra y perdonara ab la forma sobredita a dos persones, *encara que sien de dita quadrilla de Rocaguinarda.*" Vese, pues, que ni aun entre los de su cuadrilla podía tenerse por seguro el famoso bandolero.

16 La Academia (1819), Clemencín y algún otro leen *el son de las muchas chirimías.* Ni hay ese *las* en la edición príncipe, ni hace falta alguna.

18 À lo que parece, tomamos los españoles este *trapa, trapa* de la locución adverbial italiana *a strappa strappa,*

al parecer, de la ciudad salían. Dió lugar la aurora al sol, que, un rostro mayor que el de una rodela, por el más bajo horizonte poco á poco se iba levantando.

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto; vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento y besaban y

---

y junto con las interjecciones *¡aparta!* y *¡afuera!*, usábase para hacer que las gentes dejaran el paso libre á los que habían de llegar, á caballo ó á pie. Así Cervantes mismo en el cap. IV del *Viaje del Parnaso*:

> Oyóse, en esto, el son de una corneta
> Y un "¡Trapa, trapa, aparta, afuera, afuera;
> Que viene un gallardísimo poeta!"

Pero al ruido que hace la gente que corre gritando, se solía llamar entre nosotros, con voz onomatopéyica, *trápala*. Ercilla, canto XIII de *La Araucana*:

> Con el concurso y junta de guerreros
> El grande estruendo y *trápala* crecía...

3 A juicio de Pellicer, "parece que falta la preposición *con*"; y la Academia, que había leído bien en sus primeras ediciones, se resolvió á añadir ese *con* en la de 1819, "para el mejor sentido, y para completar la sintaxis". Después, porque, como dicen, todo se pega, menos lo bonito, Clemencín, Hartzenbusch y Máinez, entre otros, dieron asimismo entrada á ese *con*, sin advertir ninguno de ellos que holgaba, pues sólo se trata de una construcción de las que equivalen al ablativo absoluto.

3 *Mayor que una rodela*, debió de escribir el autor.

barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos. Comenzaron á moverse y á hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían.

En esto, llegaron corriendo, con grita, lililíes y algazara, los de las libreas adonde don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á don Quijote:

—Bien sea venido á nuestra ciudad el espe-

20 Sobre la voz *lelilí*, dicha alguna vez *lililí* (VI, 318, 6), quedó nota en el cap. XXXIV de esta segunda parte (VI, 314, 13).

jo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo:

—Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa.

Volvió otra vez el caballero que habló á don Quijote, y díjole:

—Vuesa merced, señor don Quijote, se venga

---

1 *Farol,* por *faro,* como en el cap. XXXV de esta segunda parte (VI, 327, 14).

3 Este amigo de Rocaguinarda, que había leído la primera parte del *Quijote,* emplea aquí aposta la locución *donde más largamente se contiene,* propia de ciertos juramentos, tan disparatadamente como la empleó el Hidalgo Manchego en el cap. XXX (III, 106, 11).

7 Acerca de los epítetos de *fiel y legal,* recuérdese cierta nota del cap. XIII de esta segunda parte (V, 242, 4).

13 La Academia (1819), Clemencín y algún otro leen *alrededor.*

con nosotros; que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart.

Á lo que don Quijote respondió:

—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme do quisiéredes; que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que éstas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él á la ciudad; al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo

8 *Queris* en la edición original.

14 Ya indiqué en nota del cap. XLV de la primera parte (IV, 183, 25) que "por odio al demonio, se rehusa el nombrarle á derechas". Allí se le llamó *el enemigo de la concordia* y *el émulo de la paz*, y aquí se le llama *el malo*, nombre aún más corriente en el habla popular que los de *Patas de pulla, Patas de gallo, Pie de grulla, Patillas, Pateta, Boceguillas*, etc. En el *glosario* que puse al fin de las *Obras de Pedro Espinosa* dije acerca de la voz *diacho*, equivalente á *dianche* y *diantre*: "Estas son formas eufemísticas, si vale decirlo así, de la palabra *diablo*, como *demonche* y *demontre* lo son de *demonio*. Es tan malo el diablo, piensa nuestro buen vulgo, que ni aun su nombre se puede decir á derechas, y de aquí el mudárselo por otros parecidos, y el nombrarle por alguna de sus cualidades ó señas: *el malo, el enemigo, Patas de gallo, Patas de pulla*, etc." Por esto hice decir á la vieja de mi monólogo andaluz intitulado *La Gavilana*, apud *Chilindrinas*, Sevilla, 1905, pág. 229: "Ayá ba, y er diantre sea sordo; *er diantre* digo: ya beis, muchachas, que no lo miento por su nombre; que jasta er nombre suyo es una ofensa á Nuestro Señó."

ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho, el de su rucio. Quisieran los que guiaban á don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían.

Volvieron á subir don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico; donde le dejaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.

---

10 *El plumaje*, dicho con donosa ironía.

17 Sobre *aplauso* quedó nota en el cap. XXXII de la primera parte (III, 154, 12).

CAPITULO LXII

QUE TRATA DE LA AVENTURA DE LA CABEZA ENCANTADA, CON OTRAS NIÑERÍAS QUE NO PUEDEN DEJAR DE CONTARSE.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el cual, viendo en su casa á don Quijote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcón que salía á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes, y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel fes-

tivo día, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque.

Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á don Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían. Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho:

—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas,

11 De esta acepción de *colgado* ó *pendiente* traté en nota del cap. VIII de la primera parte (I, 210, 13).

15 El *manjar blanco* era un plato delicado y apetitoso, compuesto de pechugas de ave, especialmente de gallina, harina de arroz, leche y azúcar, y cuya receta para hacerlo puede ver el lector en el *Libro del arte de cozina...*, de Diego Granado, Madrid, Luis Sánchez, 1599, fol. 36 vto. Solía venderse por las calles el *manjar blanco*, y al que lo vendía se le llamaba *manjarblanquero*, voz que no está en el *Diccionario* de la Academia. Quiñones de Benavente, *Entremés famoso del Aceitunero*:

("*Salen la* MANJARBLANQUERA *y la* MONDONGUERA.") Y dice aquélla, entre otras cosas:

Cortesanos boquidulces,
Manjar blanco es el que vendo.
.....
Pechugas, arroz y leche
Lleva el *manjar blanco* dentro.

Tal plato ya se aderezaba con este nombre en 1420

que si os sobran, las guardáis en el seno para el otro día.

—No, señor, no es así—respondió Sancho—; porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, ó de nueces, nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quienquiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra ma-

(Véase Gestoso, *Curiosidades antiguas sevillanas,* serie segunda, Sevilla, 1910, pág. 187).

2 D. Antonio se refiere aquí, no á pasaje alguno del *Quijote* de Cervantes, sino á otros del de Avellaneda, cap. XII: "—No sé—respondió Sancho—qué cosas son *alhondiguillas; alhóndigas* sí...—No son sino estas pelotillas de carne—dijo D. Carlos dándole el plato, el cual tomó Sancho, y una á una, como quien come un racimo de uvas, se las metió entre pecho y espalda, con harta maravilla de los que su disposición veían..." Y poco después, el mismo D. Carlos, ofreciéndole un plato de manjar blanco: "—¿Habéis dejado, Sancho, algún rincón desembarazado para comer estas seis pellas?...—Beso á v. m. las manos —dijo Sancho alargando las suyas y tomándolas—por la que me haze... Y apartándose á un lado, se comió las cuatro con tanta prisa y gusto como dieron señales dello las barbas, que quedaron no poco enjalbegadas del manjar blanco: las otras dos que dél le quedaban se las metió en el seno, con intención de guardarlas para la mañana."

12 *Aventajado,* en la acepción de "que aventaja, ó se deja atrás, á lo ordinario ó común en su línea".

nera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.

—Por cierto—dijo don Quijote—, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso: tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.

—¡Cómo!—dijo don Antonio—. ¿Gobernador ha sido Sancho?

—Sí—respondió Sancho—, y de una ínsula

---

2 Acerca de invocar *las barbas honradas*, hablando á hombres, y *las tocas honradas*, hablando á mujeres, pidiendo venia por haber dicho, ó para decir, algo que pudiese parecer irreverente, como lo era dar un mentís, recuérdese una nota del cap. XLVI de la primera parte (IV, 196, 11). En todos estos casos dícese *barbas* por *hombres*, y *tocas* por *mujeres*, tal como en el *Libro de Alexandre*, copla 2213:

Muchas *baruas* que fueron tenidas por ondradas
Están hy rostros tuertos fieramente affumadas...

Asimismo en el uso vulgar: "Tocamos, ó cabemos, á duro por *barba*"; "Olla reposada no la come toda *barba*"; "¡A gallina por *barba*, y caiga el que caiga!"

4 Ya lo encareció la Duquesa en el cap. XXXII (VI, 284, 13): "Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho...: *él es limpio*, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse..."

llamada la Barataria. Diez días la goberné á pedir de boca; en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.

Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio por la mano á don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer, de jaspe, que sobre un pie de lo mesmo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual, dijo:

—Agora, señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las más raras aventuras, ó, por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con

22 *Nadie*, ó *ninguno*, diríamos hoy, en lugar de *alguno*. Un caso igual ocurrió en el cap. XXXIV de la primera parte (III, 249, 10), en donde quedó nota.

condición que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

—Así lo juro—respondió don Quijote—, y aun le echaré una losa encima, para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabía su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oir, no tiene lengua para hablar; así, que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fee de esa promesa—respondió don Antonio—, quiero poner á vuesa merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme á mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspenso estaba don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo:

—Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo,

que creo era polaco de nación y dicípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó carácteres, observó astros, miró puntos, y, finalmente, la sacó con la perfeción que veremos mañana; porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá pre-

2 Los anotadores del *Quijote* citan diversos astrólogos y hechiceros llamados *Escoto*. No he de detenerme á brujulear á cuál de ellos debió de referirse Cervantes.

7 Estos *rumbos* son los *rombos* de que habló Merlín en el cap. XXXV (VI, 326, 17).

7 *Carácteres*, y no *caracteres*, por lo que dije en nota del capítulo citado en la anterior (VI, 326, 17).

12 Hoy diríamos *de lo que quiera*, como enmendó Hartzenbusch, ó de lo *que quisiere;* pero antaño, en casos como éste, usaban de ordinario el futuro imperfecto de indicativo por el presente ó futuro imperfecto de subjuntivo. Cristóbal de Castillejo, en su traducción del *Canto de Polifemo*:

> Tengo más:
> Manzanas, cuantas *querrás*,
> Que hacen doblar bien las ramas,
> De las cuales, si me amas,
> A tu placer comerás.

Y no se crea que aquí pudo deberse á exigencia de la rima el empleo de un modo por otro. Véase algún ejemplo en prosa. *La Celestina*, acto XIV:

"Melibea. ...No plegue á Dios que ninguna cosa déstas sea: antes esté cuanto le *placerá* sin verme."

guntar; que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo había para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala, donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habían acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo, que no le dejasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pargamino, donde le escribieron con letras grandes: *Éste es don Quijote de la Mancha.* En comenzando el paseo, llevaba el

6 *Había* quiere decir *faltaba*, como notó Clemencín.

15 *De rua*, es decir, en traje de paseo.

23 *Pargamino*, por *pergamino*, usual en los siglos XVI y XVII.

rétulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leían: "Éste es don Quijote de la Mancha", admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo:

—Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor don Quijote—respondió don Antonio—; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida; y la que se alcanza por la profesión de las armas resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció, pues, que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz, diciendo:

—¡Válgate el diablo por don Quijote de la Mancha! ¿Cómo que hasta aquí has llegado, sin haberte muerto los infinitos palos que tienes

---

1 Algunos editores, Máinez, por ejemplo, enmendaron malamente *rótulo*. *Rétulo* se decía, y así lo hemos hallado y respetado en otros lugares (I, 221, 8 y V, 185, 9), en donde queda nota.

20 *Aplauso*, como en el capítulo anterior (132, 17).

á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano—dijo don Antonio—, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios; la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman.

—Par diez, vuesa merced tiene razón—respondió el castellano—; que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato se le desagüe por la canal

9 Pregunta Clemencín: "¿Por qué pondría Cervantes estas razones en boca de un castellano, más bien que de un catalán?" Y se inclina á pensar que lo haría así "porque en Castilla debían ser más conocidas que en otras partes las cosas de D. Quijote". Bien pudo hallar otra respuesta más convincente, conviene á saber: "Porque, estando en Barcelona, no fuese catalán, sino castellano lo que hablase á D. Quijote un hijo del pueblo."

de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo á nadie, aunque me lo pida.

Apartóse el consejero; siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche; volviéronse á casa; hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas, y, con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Éstas dieron tanta priesa en sacar á danzar á don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido,

8 Hartzenbusch, en *Las 1633 notas...*, sospecha que se quiso decir *la gresca que... toda la gente traía*. No opino igualmente: si hay alguna errata en el texto de la edición príncipe, más bien será la de *priesa* por *risa*.

desairado, y, sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él, también como á hurto, las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo:

—*Fugite, partes adversae!* Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan.

Y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole:

—¡Nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado! ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola. Si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada.

---

5 Es locución usada en los exorcismos de la Iglesia.

16 *Nora en tal*, como en el cap. X de esta segunda parte (V, 190, 13), en donde quedó nota. En algún otro pasaje, *nora tal* (VI, 253, 15).

23 Sobre *zapatear* se habló en el cap. XIX (VI, 12, 3); y de estas comparaciones con el gerifalte, en el XXXII

Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro día le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido á don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto y díjoles que aquél era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto, y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz su-

(VI, 280, 1). Véase además la primera nota del capítulo XXXVII (VII, 21, 11).

14 *Primero,* sin apocopar, como en otros lugares, por ejemplo, uno del cap. VIII de la primera parte (I, 192, 3).

17 El lector recordará lo dicho acerca de la palabra *busilis* en nota del cap. XLV de esta segunda parte (VII, 150, 19).

misa, pero no tanto, que de todos no fuese entendida:

—Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra: ¿qué pensamientos tengo yo agora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo, que fué de todos entendida, esta razón:

—Yo no juzgo de pensamientos.

Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese.

—¿Cuántos estamos aquí?—tornó á preguntar don Antonio.

Y fuéle respondido por el propio tenor, paso:

—Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado don Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre.

¡Aquí sí que fué el admirarse de nuevo; aquí

---

1 *En voz sumisa* equivale á *en voz baja.* Es, romanzado, el *submissa voce* latino, enteramente olvidado hoy por el *sotto voce* de Italia, que se nos ha pegado de la música y los cantantes de allá. Así, todos lo dicen á la latina ó á la italiana, y nadie á lo de Castilla: *decir,* ó *hablar, á sovoz,* modo adverbial que falta en el *Diccionario.*

4 Es el mismo conjuro de los cuentos populares, en que tanto papel suele jugar la fórmula: "Varita de virtud, *por la virtud que Dios te ha dado...*"

15 *Paso,* adverbio, *quedo,* como dos capítulos atrás (121, *22*).

sí que fué el erizarse los cabellos á todos, de puro espanto! Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo:

—Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, ¡cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza! Llegue otro y pregúntele lo que quisiere.

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?

Y fuéle respondido:

—Sé muy honesta.

—No te pregunto más—dijo la preguntanta.

Llegó luego la compañera, y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien, ó no.

6 Hoy el adjetivo *respondón*, que aquí y poco después (153, 7) se emplea en la mera equivalencia de *respondedor*, no se toma sino en mala parte, aplicándose, como dice el léxico de la Academia, al que tiene el vicio de replicar á todo.

17 Así; *la preguntanta*, pese á los feministas de hoy que quieren que se diga *la consejero, la presidente, la catedrático* y *la maestro*. Cervantes lo entendía como Lope de Vega, que escribió *representanta* en el epígrafe de un soneto á la muerte de cierta cómica. Ya que muchas mujeres, cuando les tiene cuenta, quieren cambiar de sexo, consérvenlo, á lo menos, en las palabras.

Y respondiéronle:

—Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver.

Apartóse la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta; porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio, y preguntóle:

—¿Quién soy yo?

Y fuéle respondido:

—Tú lo sabes.

—No te pregunto eso—respondió el caballero—, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí, conozco—le respondieron— que eres don Pedro Noriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender ¡oh cabeza! que lo sabes todo.

Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle:

—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

—Ya yo he dicho—le respondieron—que yo

---

7 Viene á ser lo que dice el refrán: "el amor y la fe en las obras se ve."

23 *Le respondieron,* y poco después, *respondiéronle*: nuevas muestras del plural usado impersonalmente, que no habían entendido á derechas Clemencín y Cortejón, y acerca del cual hay notas en diversos lugares (IV, 53, 14; 125, 3 y 137, 8; VII, 14, 5).

no juzgo de deseos; pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es—dijo el caballero—: lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo.

Y no preguntó más. Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo:

—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de buen marido.

Y respondiéronle:

—Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.

Llegóse luego don Quijote, y dijo:

—Dime tú, el que respondes: ¿fué verdad, ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efeto el desencanto de Dulcinea?

—Á lo de la cueva—respondieron—, hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecución.

—No quiero saber más—dijo don Quijote—; que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear.

El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué:

—¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré á ver á mi mujer y á mis hijos?

Á lo que le respondieron:

—Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu mujer y á tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Bueno par Dios!—dijo Sancho Panza—. Esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia—dijo don Quijote—, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas

---

9 Es ésta, como dice Sancho, una profecía de las llamadas *de Perogrullo*, tal como estas otras vulgares que andan en coplas (*Cantos populares españoles*, números 7.467 y 7.468):

Si quieres que las damas
Tras de ti anden,
Cuando vayan andando,
Ponte delante.

—

Señal será, si hablas,
Que tienes lengua;
Y que, si muelas tienes,
No estás sin ellas.
Y es cosa clara
Que si vas al espejo,
Verás tu cara.

12 De *Perogrullo, que á la mano cerrada llamaba puño*, ha recapitulado cuanto por ahí se ha dicho el Sr. Montoto, en su interesante estudio sobre *Personajes, personas y personillas*..., t. II, pág. 304.

que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta?

—Sí basta—respondió Sancho—; pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y así, dice que don Antonio Moreno, á imitación de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa, para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mesmo, con cuatro garras de águila que dél salían, para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era ansimesmo hueco, que respondía á la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía á responder á otro aposento, que debajo de

la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañón de hoja de lata, muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo correspondiente al de arriba se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mesmo cañón, de modo, que, á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante, agudo y discreto, fué el respondiente; el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta; á las demás respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente. Y dice más Cide Hamete: que hasta diez ó doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía, temiendo no

13 Para Clemencín, "*al cual* pide que se diga la buena gramática". No paró mientes en que la expresión, dando otro orden á sus palabras, es ésta: "Un sobrino... fué el respondiente; *estando avisado el cual*, le fué fácil responder..."

23 Una vez más el *no* que acompaña á los verbos que significan temor (II, 80, 15; III, 59, 24; 144, 12 y 217, 8: IV, 50, 1 y 126, 15; V, 66, 11; VII, 141, 1).

llegase á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra Fe, habiendo declarado el caso á los señores inquisidores, le mandaron que la deshiciese y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfación de don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer á don Antonio y por agasajar á don Quijote y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis días; que no tuvo efecto, por la ocasión que se dirá adelante. Dióle gana á don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habían de perseguir los muchachos, y así, él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos don Quijote, y vió escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros;* de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro, con

14 "Ya es después", pudo decir D. Quijote, como la criada de cierto cuentecillo alegre, á tener noticia Cervantes de la fiesta de sortija celebrada en Parinacocha, y á la cual me referí en nota del cap. LIX (VIII, 92, 5).

todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla, y, finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote á un cajón, y preguntaba qué era aquello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales; admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió:

—Señor, este caballero que aquí está—y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad—ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo, para darle á la estampa.

—¿Qué título tiene el libro?—preguntó don Quijote.

Á lo que el autor respondió:

—Señor, el libro, en toscano, se llama *Le Bagatelle.*

—Y ¿qué responde *le bagatelle* en nuestro castellano?—preguntó don Quijote.

—*Le bagatelle*—dijo el autor—es como si en castellano dijésemos *los juguetes;* y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

---

4 *Máquina,* en la acepción figurada de "agregado de diversas partes ordenadas entre sí y dirigidas á la formación de un todo".

—Yo—dijo don Quijote—sé algún tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mío (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad, no más): ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *piñata?*

—Sí, muchas veces—respondió el autor.

—Y ¿cómo la traduce vuesa merced en castellano?—preguntó don Quijote.

—¿Cómo la había de traducir—replicó el autor—sino diciendo *olla?*

—¡Cuerpo de tal—dijo don Quijote—, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace,* dice vuesa merced en el castellano *place,* adonde diga *più,* dice *más,* y el *su* declara con *arriba,* y el *giù* con *abajo.*

—Sí declaro, por cierto—dijo el autor—, porque ésas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar—dijo don Quijote—que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los

3 Repara Clemencín: "Aquí hay una impropiedad. Las estancias del Ariosto, como que no son del género lírico, tampoco pertenecen á las poesías cantables." Olvidó el pelilloso crítico (porque saberlo, si lo sabría) que Ariosto, amén de su célebre poema y de sus comedias, escribió sonetos, madrigales, canciones, etc.

loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio, ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores: el uno, el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*, y el

---

2 Esta era exclamación vulgar, como dije en nota del cap. XXV (VI, 138, 8).

10 Pellicer nota que usaron esta comparación D. Diego de Mendoza y D. Luis Zapata, éste en su traducción del *Arte Poética*, de Horacio, impresa en 1591, en donde dice que "son los libros traducidos tapicería del revés, que está allí la trama, la materia y las formas, colores y figuras, como madera y piedras por labrar, faltas de lustre y de pulimento".

18 No *Cristóbal de Figueroa*, sino *Cristóbal Suárez de Figueroa* se llamaba el autor de *El Passagero*, tan frecuentemente citado en estas notas, y traductor de *El Pastor Fido*, tragicomedia pastoral de Baptista Guarini, versión que salió á la luz pública en Nápoles, 1602, bien que sea

otro, don Juan de Jáurigui, en su *Aminta,* donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced: este libro ¿imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algún librero?

—Por mi cuenta lo imprimo—respondió el autor—, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno, en daca las pajas.

diversa de la que se imprimió en Valencia siete años después. Acerca de la vida y las obras de Suárez de Figueroa ha escrito un excelente estudio el ilustre profesor J. P. Wickersham Crawford (Philadelphia, 1907), traducido al castellano por el docto escritor y catedrático don Narciso Alonso Cortés (Valladolid, 1911).

1 D. Juan de Jáuregui, ó Jáurigui, insigne poeta sevillano, tradujo en Roma el *Aminta,* comedia pastoril de Torcuato Tasso, y en aquella ciudad salió de molde su versión, no después de su muerte, ni en 1618, como creía Clemencín, sino viviendo y en 1607. La de 1618 es la segunda edición (Sevilla, Francisco de Lyra). Un suceso reciente ha refrescado la memoria de Jáuregui: el hallazgo de su retrato de Cervantes, á favor de cuya autenticidad, negada por algunos, he juntado abundantes datos que esperan buena ocasión para ver la luz pública.

9 *Cuerpos* se llamaba á los volúmenes, tratando de libros.

10 Como observa Clemencín, mal había echado su cuenta el iluso traductor, pues ¿podía ganar *mil ducados, por lo menos,* que son once mil reales, quien, vendida toda la edición y despachada á seis reales el ejemplar, recibiría doce mil? ¿Sólo mil reales habían de importar los gastos de papel é impresión, las comisiones de los libreros, que no son, ni eran, flojas, y, en general, las cien gabelas y socaliñas á que está sujeto el desdichado que por sí publica sus libros?

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta!—respondió don Quijote—. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

—Pues ¿qué?—dijo el autor—. ¿Quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero; que sin él no vale un cuatrín la buena fama.

—Dios le dé á vuesa merced buena manderecha—respondió don Quijote.

Y pasó adelante á otro cajón, donde vió que

---

4 "Esto—como dice Clemencín—no es natural ni propio en boca de un hidalgo de la Argamasilla, que no podía tener experiencia en la materia, y se ve claro que quien habla no es D. Quijote, sino Cervantes." Cierto: Cervantes, que ya había tratado de las artimañas librerescas, por boca del licenciado Vidriera, en la novela ejemplar de este título, y que aún volvió á tratar de ellas en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda.*

15 *Cuatrín,* moneda antigua de poco valor.

18 *Manderecha,* como en el cap. XXII de esta segunda parte (VI, 78, 18), en donde queda nota.

estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma,* y en viéndole, dijo:

—Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.

Pasó adelante y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,* compuesta por un tal, vecino de Tordesillas.

—Ya yo tengo noticia deste libro—dijo don Quijote—, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos, por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como á cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables

2 Este libro debe de ser, como han dicho todos los anotadores, de Bowle acá, el de Fr. Felipe de Meneses, intitulado *Luz del alma christiana contra la ceguedad y ignorancia...* (Sevilla, Martín de Montesdoca, 1555). Á las ediciones que citan los continuadores de Cortejón pueden añadirse algunas más, tales como otra de Sevilla, Sebastián Trujillo, 1564, y la de Alcalá de Henares, Juan de Villanueva, 1567. Pero de Barcelona no conozco ninguna.

12 No es éste el título del *Quijote* de Avellaneda, sino el que, rectificando á Cortejón, copié en nota de la dedicatoria de esta segunda parte (V, 10, 9). Ni se le llama en la portada *vecino,* sino *natural de la villa de Tordesillas.*

18 Alude á un conocidísimo refrán: *A cada puerco le*

cuanto se llegan á la verdad ó la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

Y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta. Y aquel mesmo día ordenó don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las había visto. Avisó don Antonio al cuatralbo de las galeras como aquella tarde había de llevar á verlas á su huésped el famoso don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

llega su San Martín (núm. 683 de mi libro intitulado *Los refranes del almanaque*, Sevilla, 1896).

9 Llamábase *cuatralbo* el "jefe ó cabo de cuatro galeras".

CAPITULO LXIII

DE LO MAL QUE LE AVINO Á SANCHO PANZA CON LA VISITA DE LAS GALERAS, Y LA NUEVA AVENTURA DE LA HERMOSA MORISCA.

Grandes eran los discursos que don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venía, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido; que esta mala ven-

2 À juicio de Clemencín, "hubiera estado mejor dicho: *De lo mal que le fué á Sancho con la visita de las galeras,* ó *De lo mal que le avino á Sancho la visita de las galeras. Avenir* aquí, como neutro, equivale á *suceder*: y lo mismo que se narra lo que *le sucedió* á fulano *con* mengano, se relata lo que *le avino con él.* Recuérdese el epígrafe del cap. XXX de esta segunda parte (VI, 221, 2), y cuenta que allí no se ocurrió á Clemencín reparo alguno: "De lo que *le avino* á don Quijote *con* una bella cazadora."

tura trae consigo el mando, aunque sea de burlas.

En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno su huésped, y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatralbo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías; arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mesmo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo "¡Hu, hu, hu!" tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano; abrazó á don Quijote, diciéndole:

---

9 Con razón nota Clemencín que "el sentido queda pendiente: *el cuatralbo* no tiene verbo".

12 *En poniendo que puso,* como *en trayendo que le trujese,* del cap. XXVI de la primera parte (II, 336, 20), y *en hallando que halle,* del IV de la segunda (V, 89, 18), en el primero de los cuales queda nota.

15 *Por la escala derecha,* es decir, por la de la banda de estribor, que, como dice Clemencín, "es la de mano derecha mirando al buque desde popa á proa".

—Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha; tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.

Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado, para lo que ahora

1 Sobre la expresión *señalar tal ó cual día con piedra blanca* quedó nota en el cap. X de esta segunda parte (V, 185, 6).

4 Este *tiempo* y esta *señal* se refieren *al día* y á la *piedra blanca,* aunque Clemencín no lo creyera así. Hartzenbusch enmendó *tipo y señal.*

13 "*Ropa afuera*—dice Covarrubias—es término de las galeras, quando se ha de remar con hígado." Es más clara y propia la definición del léxico de la Academia: "*¡Ropa afuera!* expresión que se usaba en las galeras para avisar á los galeotes que se preparasen al trabajo."

18 La frase figurada *ser* una cosa *tortas y pan pintado* quedó explicada en nota del cap. XVII de la primera parte (II, 52, 11) y ha ocurrido no sólo en aquel lugar, sino también en otros (V, 62, 10 y 308, 5).

diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espalder de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que había de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco,

---

2 Todas las ediciones, desde la príncipe, vinieron estampando, por yerro, *espaldar*, hasta que la Academia en la primera de las suyas (1780) leyó acertadamente *espalder*, nombre que se daba—dice el *Diccionario* de la Academia, "al remero que iba de espaldas á la popa de la galera para mirar y gobernar á los demás, marcando con su remo el compás de la marcha". Hubo desgracia con este vocablo: también sale en el *Viaje del Parnaso*, cap. I, y aunque en la edición príncipe, y en la de Milán (1624), se estampó bien,

> Eran dos valentissimos tercetos
> Los *espalderes* de la yzquierda y diestra,
> Para dar boga larga muy perfectos,

han dicho después *espaldares* la edición de 1736, impresa á continuación de *La Galatea* (Madrid, Juan de Zúñiga), la de Sancha (1784), la de D.ª Manuela Ibarra (1805) y en fin, todas, ó casi todas, aun las más recientes.

7 Según Clemencín, "sobran las palabras *de la chusma*, que se repitieron por negligencia, y hubieron de quedar en el original por olvido". Y Hartzenbusch, conforme con la observación de Clemencín, omitió no sólo esas palabras, sino también estotras: *sobre los brazos de la chusma*. El texto estaba bien, y así lo habrían entendido los dichos editores, á caer en la cuenta de que la expresión *toda la chusma puesta en pie y alerta* es un inciso, que lo mismo podría estar entre paréntesis que entre comas. Más claro: no se dice que *levantó en brazos* á Sancho *toda la chusma*, sino que *le levantó el espalder, á la vista de toda la chusma, que estaba en pie y alerta*.

con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le había. Don Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquéllas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada.

Á este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía á dar sobre su cabeza; y agobiándola lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote; que también se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habían amainado, y todo esto, callando, como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de

la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y á largarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dijo entre sí:

—Éstas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan, y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que éste es infierno, ó, por lo menos, el purgatorio.

Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

—¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán á poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote déstos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar.

Preguntar quería el general qué azotes eran aquéllos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero:

27 Dice Hartzenbusch en *Las 1633 notas...*: "*El ma-*

—Señal hace Monjuí de que hay bajel de remos en la costa, por la banda del Poniente.

Esto oído, saltó el general en la crujía, y dijo:

—¡Ea, hijos, no se nos vaya! Algún bergantín de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala.

Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iría tierra á tierra, porque ansí el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza, con intención y esperanza de escaparse

rinero ¿quiere decir *un marinero,* ó *el gaviero?*" Y recuerda que en las *Cartas de Eugenio Salazar* (Madrid, 1866) se lee, sin que preceda circunstancia que autorice el uso del artículo indicativo: "Una mañana subió *el marinero* á la gavia á descubrir la mar, y dijo: "Una vela."

1 Se refiere al vigía ó atalaya que desde la torre de Montjuich hacía señal á la ciudad cuando había barco á la vista.

5 *Cosarios,* por *corsarios,* como en otros lugares (III, 328, 21; IV, 18, 5, etc.).

10 Sobre la frase *ir tierra á tierra* quedó nota en el cap. XLI de la primera parte (IV, 78, 12).

18 *Ponerse en caza,* según el *Diccionario* de la Academia, es "maniobrar para que una nave se ponga en fuga

por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse, y así, el arráez quisiera que dejaran los remos y entregaran, por no irritar á enojo al capitán que nuestras galeras regía; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podían los del bajel oir las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos *toraquis,* que es como decir dos turcos, borrachos, que en el bergantín venían con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho; los del bajel se

y escape de otra que la persigue". Por excepción he hecho nota acerca de este término de marina. Hay muchos en el presente capítulo; pero fácilmente los hallará el lector en cualquier léxico.

12 *Toraqui* es equivalente á *turquí,* según Eguílaz (*Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental,* pág. 507). Pero como ninguna, ó casi ninguna de las ediciones, desde la príncipe acá, sin exceptuar la *crítica* de Cortejón, ha puesto coma entre *turcos* y *borrachos,* dan á entender malamente que *toraqui* no significa *turco* á secas, sino *turco borracho.*

vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo, á vela y á remo, se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana á poco más de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron, en esto, las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virrey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arráez y á los demás turcos que en el bajel había cogido, que serían hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los más, escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arráez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos, en lengua castellana, que después pareció ser renegado español:

12 Anduvo Cervantes tan descuidado de repasar lo que había escrito, que dejó correr en este pasaje no menos de seis versos ocasionales, entre heptasílabos y endecasílabos:

...con la presa volvieron á la playa,
donde infinita gente
los estaba esperando,
deseosos de ver lo que traían.
Dió fondo el general cerca de tierra,
y conoció que estaba en la marina...

—Este mancebo, señor, que aquí vees es nuestro arráez.

Y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general:

—Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Ese respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos; pero no temerarios.

Responder queria el arráez; pero no pudo el general, por entonces, oir la respuesta, por acudir á recebir al virrey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

—¡Buena ha estado la caza, señor general! —dijo el virrey.

—Y tan buena—respondió el general—cual la verá vuestra excelencia agora colgada de esta entena.

—¿Cómo ansí?—replicó el virrey.

—Porque me han muerto—respondió el general—, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado de

ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arráez del bergantín.

Y enseñóle al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el virrey, y viéndole tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó:

—Dime, arráez, ¿eres turco de nación, ó moro, ó renegado?

Á lo cual el mozo respondió, en lengua asimesmo castellana:

—Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres?—replicó el virrey.

—Mujer cristiana—respondió el mancebo.

—¿Mujer, y cristiana, y en tal traje, y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla.

8 Esto de *dar su hermosura una carta de recomendación* no es pensamiento de Cervantes, sino de Aristóteles, según el cual *la belleza es una carta de favor,* como ha recordado en el tomo II de su sabroso *Doctrinal de Juan del Pueblo* mi docto y querido amigo D. Fermín Sacristán. Y de decir esto de la hermosura en cuanto á las mujeres, se pasó á decirlo de la buena presencia por lo tocante á los hombres. Luis Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo,* tranco IV: "con todo, al güesped nuevo hizieron cortesia, porque la persona de don Cleofas *traia consigo cartas de recomendacion,* como dizen los cortesanos antiguos."

—Suspended—dijo el mozo— ¡oh señores! la ejecución de mi muerte; que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida.

¿Quién fuera el de corazón tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó, á lo menos, hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El general le dijo que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó á decir desta manera:

—De aquella nación más desdichada que prudente sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tíos míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla; antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y así, por fuerza, más que por grado, me trujeron consigo. Tuve

16 Serían estos dos tíos Juan Tiopieyo y su mujer, porque, como nota Clemencín, en la relación de Ricote sólo se habla de un tío de esta doncellita: de Juan Tiopieyo (VII, 333, 21).

una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni más ni menos: mamé la Fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas jamás, á mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí y cómo yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y así, sólo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo

14 Es elíptica la expresión *perdido por mí,* como en el cap. XII de la primera parte (I, 270, 10). En otros lugares, "cautiva la voluntad, *perdido el entendimiento,* á aquella..." (III, 118, 9); "Andaba Anselmo *perdido de amores* de una doncella..." (III, 172, 10).

19 A este amador de la hija de Ricote se le llamó en el cap. LIV *don Pedro Gregorio* (VII, 336, 23); nueve renglones atrás, *don Gaspar Gregorio;* y ahora y algo después (175, 9), *don Gregorio*: nuevas señales del descuido con que Cervantes escribía.

amigo de dos tíos míos que consigo me traían; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte de quien yo sola tengo noticia muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba, en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que, en parte, fué ventura mía. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrían cobrar si yo misma volviese por ellos.

8 Según Clemencín, el *cruzado* era una "moneda de oro portuguesa". Dijéraselo á Góngora, español y andaluz, que escribió en una de sus mejores letrillas:

Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados.

Todo esto le dije, temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecer se pueden. Turbéme, considerando el peligro que don Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un mochacho ó mancebo hermoso que una mujer, por bellísima que sea. Mandó luego el Rey que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decían. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en

9 Vuelve á llamarle *don Gregorio,* á los tres renglones de haberle llamado *don Gaspar Gregorio.* ¿Deberá tenerse quizá este *Gregorio,* no como apellido, sino como segundo nombre, de la manera que en *Juan José, Pedro Antonio,* etc.?

12 "Todo esto—repara Clemencín—, aunque cierto, era impropio y aun poco decente en boca de una doncella de veinte años." Conformes, de toda conformidad. Y lo mismo pudo decir de otras palabras que hay á los pocos renglones. "Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hombre..."

buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podía tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hombre, vestíle de mora, y aquella mesma tarde le truje á la presencia del Rey, el cual, en viéndole, quedó admirado, y hizo dísignio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podía tener, y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que no le quiero) se deje á la consideración de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros

15 La Academia, Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch y, en general, todos los editores modernos, excepto Máinez y no sé si algún otro, omiten el *no*, creyéndolo estampado por yerro, cuando no hay tal cosa. Ese es el *no* redundante que solían usar nuestros clásicos con los verbos de negación, y que hemos notado más de una vez. Y ¿qué verbo más de negación que el mismo *negar*? Recuérdese la nota que acerca de la frase *No puedo yo negar... que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho* queda en el cap. XLIX de la primera parte (IV, 271, 11). Recentísimamente, también los continuadores de Cortejón han omitido el *no* de la edición príncipe.

soldados. Vino también conmigo este renegado español—señalando al que había hablado primero—, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver á Berbería; la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos (de que venimos proveídos) nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa y hacer alguna presa, si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún acidente que á los dos nos sucediese podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó, por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Éste es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada; lo que os ruego es que me dejéis morir como cristiana, pues, como

ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nación han caído.

Y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó á ella y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba.

En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virrey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo:

—¡Oh Ana Félix, desdichada hija mía! Yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma.

Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza (que inclinada tenía, pensando en la desgracia de su paseo), y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquélla era su hija, la cual, ya desatada, abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virrey:

---

1 *Culpante*, en su antiguo significado de *culpable*.

—Ésta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndole hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes, á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija; hallé el tesoro, que conmigo traigo, y agora, por el extraño rodeo que habéis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es á mi querida hija. Si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados.

Entonces dijo Sancho:

—Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intención, no me entremeto.

Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo:

—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron.

Y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habían muerto; pero el virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya. Hizo el general lo que el virrey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada; procuraron luego dar traza de sacar á don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba; ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenía. Diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algún barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba. Dudaron el general y el vi-

1 *Una por una*, como en otros lugares, en que hay nota (II, 302, 5; III, 122, 16; V, 165, 19 y VI, 182, 17). Aún ha de ocurrir alguna vez esta locución adverbial, verbigracia, en el cap. LXV.

12 *Á sangre helada*, que comúnmente decimos *á sangre fría*.

rrey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salía á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen.

Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el virrey, y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible; que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

1 En la edición príncipe, *de los cristianos,* por omisión mecánica de una de dos *eles* inmediatas.

2 *Bogar el remo,* lo mismo que en otros lugares (IV, 57, 3; 58, 8; 71, 10; 72, 17, etc.). Con todo, alguna vez, *bogar al remo,* como pocas páginas atrás (177, 7).

CAPITULO LXIV

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MÁS PESADUMBRE DIÓ Á DON QUIJOTE DE CUANTAS HASTA ENTONCES LE HABÍAN SUCEDIDO.

La mujer de don Antonio Moreno cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreción, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venían á verla.

Dijo don Quijote á don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo; que él le sacaría á pesar de toda

---

6 *La mujer... cuenta la historia que recibió,* es una construcción que se acomoda mal á la sintaxis de los doctos; pero bien á la popular.

la morisma, como había hecho don Gaiferos á su esposa Melisendra.

—Advierta vuesa merced—dijo Sancho, oyendo esto—que el señor don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por dónde traerle á España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, si no es para la muerte—respondió don Quijote—; pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida.

—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced —dijo Sancho—; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.

Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran don Quijote pasase en Berbería.

De allí á dos días partió el renegado en un li-

1 *Como había hecho á,* es decir, como *había sacado á,* Ya notó Bello en su *Gramática* (§ 1093) que *hacer* reproduce otros verbos, tomando su régimen, y llevando en su compañía, bien el neutro *lo* en acusativo, ó bien el adverbio *como,* ó el complemento adverbial *á la manera que,* ú otro semejante. Hartzenbusch, por no caer en esta cuenta, enmendó: *Como había hecho... con su esposa Melisandra.*

20 *Pasar en,* que hoy decimos *pasar á.* Acerca del uso de una preposición por la otra quedan notas en diversos lugares (II, 182, 15; IV, 48, 8 y 77, 5; VI, 152, 3, etc.).

gero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorrey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix; quedó el visorrey de hacerlo así como se lo pedía.

Y una mañana, saliendo don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el cual, llegándose á trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á don Quijote, dijo:

—Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas

7 Sobre *quedar de,* por *quedar en,* hay nota en el capítulo XL de la primera parte (IV, 44, 25).

11 Decíalo recordando los versos de un antiguo romance que ya había traído á la memoria en su primera salida (I, 81, 6).

13 *Armado de punta en blanco,* es decir, enteramente, de pies á cabeza, como queda dicho en nota del cap. XI de esta segunda parte (V, 205, 2).

20 Díaz de Benjumea, que, viendo visiones, había hallado en los nombres *López de Alcobendas,* del cap. XIX de la primera parte (II, 111, 1), "el anagrama exacto del

hazañas quizá te le habrán traído á la memoria; vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte, y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfación sino que dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y re-

---

siguiente epígrafe de la aventura: *Es lo de Blanco de Paz*" (*La Estafeta de Urganda,* Londres, 1861, pág. 59), las vió asimismo al estudiar y comentar el presente capítulo, pues afirmó que "no contento [Cervantes] con encerrar y embeber el nombre de *Blanco* en los nombres de *bachiller Sansón Carrasco,* y escoger la población de *Barcelona,* cuyas letras forman el anagrama de *Blanco era,* le hace aparecer con el título de *El Caballero de la Blanca Luna...*" ¡Y esto, escribiendo Cervantes en 1614, cuando Blanco de Paz, si es que aún vivía por aquellas calendas, tenía, según documentos fehacientes hallados por mí, setenta y seis años!

7 En la edición príncipe, después de la palabra *verdad,* hay una coma que obsta á la claridad de la cláusula, y que copiaron indebidamente la Academia (1819), Clemencín, Hartzenbusch y otros, contra lo que habían hecho la misma Academia (1780), Pellicer y algunos más. Tal coma, anocheciendo el sentido de la locución, hizo decir á Clemencín que "el régimen gramatical de este pasaje no está corriente", y preguntar á Hartzenbusch, en *Las 1633 notas...,* si deberá leerse *excusará,* en lugar de *excusarás.* Omitida la coma, dejan de ser un inciso las palabras *si tú la confiesas,* y equivale toda la frase á esta otra: *la cual verdad confesada por ti de llano en llano, excusarás tu muerte.*

tires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna como de la causa porque le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió:

—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamás habéis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar se pueda; y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto,

10 *Hoy todo el día,* es decir, *todo el día de hoy.*

24 Siendo el escudero tan bien educado, que en el cap. LXII (135, 13), por no decir que Avellaneda *mentía,* dijo que *no acertaba,* no había de irle en zaga el caballero; y así, como antes Sancho, no dice que *miente,* sino que *no acierta,* á quien tan de improviso ha llegado á desafiarlo.

con las condiciones que habéis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traéis determinado; y sólo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mesmo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Habían descubierto de la ciudad al Caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al visorrey, y que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El visorrey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algún caballero de la ciudad, salió luego á la playa, con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando don Quijote volvía las riendas á Rocinante, para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el visorrey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía á hacer tan de improviso batalla. El Caballero de la Blanca Luna respondió que era

3 *Excetar,* que hoy decimos *exceptuar.*

12 En la edición príncipe, y en casi todas las demás, falta esta *y* que sigue á la palabra *visorrey,* por omisión mecánica de una de dos letras iguales é inmediatas.

21 *De volverse á encontrar,* es decir, *de volverse para encontrar, ó para encontrarse.*

precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que había dicho á don Quijote, con la acetación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el visorrey á don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el tal Caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querían hacer á don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al visorrey en si les dejaría, ó no, pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo:

—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dénse.

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mesmo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón y á su Dulcinea (como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían), tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mesmo, y sin tocar

17 Sobre *estarse uno en sus trece y otro en sus catorce* hay nota en el cap. XXXIX de esta segunda parte (VII, 45, 10).

trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mesmo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó, al parecer, de propósito), que dió con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

---

4 Dicho así, *el de la Blanca Luna,* se designa gramaticalmente *el caballo de la Blanca Luna,* cosa disparatada. Había de haberse escrito *el* (caballo) *del* (caballero) *de la Blanca Luna.* Por ahorrar palabras díjolo con poca propiedad, como nueve renglones después dice el vencedor *si no confesáis las condiciones,* en lugar de decir *si no confesáis conforme, ó con arreglo, á las condiciones de nuestro desafío.*

10 Repara Clemencín: "Quien dió la caída no fué el de la Blanca Luna, como indica el texto, sino don Quijote." El descontentadizo anotador no sabía, ó, al menos, no recordaba, que nuestros abuelos acostumbraban decir: "Fulano *dió una caída con* zutano", como hoy decimos: *le hizo dar una caída.* Ni tampoco tuvo en memoria que en el capítulo XLVIII de esta segunda parte (VII, 208, 14) doña Rodríguez, al ver á D. Quijote "tan alto y amarillo, con la colcha y las vendas", dejó caer la vela, quedó á oscuras, tropezó en sus faldas *y dió consigo una gran caída.*

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo, por cierto—dijo el de la Blanca Luna—: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el visorrey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorrey, á medio galope se entró en la ciudad.

Mandó el visorrey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién

21 "*Mesura*—dice Covarrubias y han repetido casi todos los anotadores del *Quijote*—es vn genero de reuerencia que se haze á la persona venerable." Pero ninguno añadió, y era muy del caso echarlo de ver, que dice el texto *y haciendo mesura con la cabeza*, para distinguir esta *mesura* de otra que se hacía *con la rodilla*.

era. Levantaron á don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría, ó no, contrecho Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el visorrey, le llevaron á la ciudad, y el visorrey se volvió también á ella, con deseo de saber quién fuese el Caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado á don Quijote.

13 *Contrecho,* como en otros lugares (II, 34, 10, etc.).

15 Esta fría jocosidad de jugar del vocablo *deslocado, ó dislocado,* en el momento mismo en que, vencido el nobilísimo D. Quijote, acaba de preferir la muerte á la confesión que se le exigía, demuestra que para no ver en él las sublimidades que vemos ahora, Cervantes fué uno de tantos hombres de su tiempo. En esto se parecen Cervantes y Colón: ambos murieron sin darse cuenta clara y cabal del valor de sus invenciones. Es tal y tan profunda la creación de D. Quijote, que no acertó á calar hasta su fondo su padre mismo. ¿Cómo, á no ser así, hubiera dicho en el cap. XXIX (VI, 219, 23) que D. Quijote y Sancho "volvieron á sus bestias, *y á ser bestias*"?

CAPITULO LXV

DONDE SE DA NOTICIA QUIÉN ERA EL DE LA BLANCA LUNA, CON LA LIBERTAD DE DON GREGORIO, Y DE OTROS SUCESOS.

Siguió don Antonio Moreno al Caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón, dentro de la ciudad. Entró el don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recebirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:

—Bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desar-

8 *Cerrar,* en su acepción de *encerrar,* como en otros lugares (I, 254, 1 y VII, 124, 22).

12 *No cocérsele á uno el pan,* frase figurada que ha ocurrido más de una vez (I, 28, 3; VI, 133, 5 y VII, 297, 25).

ma os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco; soy del mesmo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido, he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el

---

7 Clemencín, no echando de ver que aquí se emplea *ser* en su frecuente acepción de *estar*, quisiera que Cervantes hubiese dicho *de*, en lugar de *entre*.

7 *Estar*, en acepción de *consistir*.

10 Dos versos endecasílabos ocasionales:

...y en que se esté en su tierra y en su casa,
di traza para hacerle estar en ella...

11 Cinco páginas de menuda letra de notas dedica el Sr. Givanel en el tomo último del *Quijote* de Cortejón á exponer lo que acerca de estos *tres meses* aquilataron, con paciencia digna de mejor asunto, D. Vicente de los Ríos y Hartzenbusch, y á rectificar, formando otro nuevo, sus respectivos diarios. Tiempo perdido todo ello: acerca de no deber atenernos á ningún rigor geográfico ni cronológico en lo tocante al *Quijote* nada hay tan claro ni tan concluyente como lo dicho por D. Antonio Eximeno en su *Apología de Miguel de Cervantes sobre los yerros que se le han notado en el "Quijote"* (Madrid, 1806) y copiado por mi inolvidable maestro el Sr. Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo III, volumen II; pág. 130: "La geografía de Cervantes y la de todo autor de obras de ingenio es en gran parte fantástica, y el tiempo de la fábula es tan imaginario como la fábula misma."

Caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase á discreción del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido) era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví, vencido, corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplícoos no me descubráis, ni le digáis á don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que lo tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

—¡Oh, señor—dijo don Antonio—, Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el

13 *Además*, por *excesivamente*, como en otros lugares (II, 94, 15 y 182, 4; V, 65, 5 y 199, 5, etc.).

mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto, callaré, y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.

El cual respondió que ya una por una esta-

13 El egoísmo y la dureza de corazón que denotan estas palabras y algunas de las burlas que los Duques hicieron á D. Quijote, verbigracia, la del *gateamiento,* suelen ser explotadas, con transparente disimulo, por algunos *europeizantes,* en desdoro de la España de nuestros abuelos. Achaque del tiempo fué, y no de nuestra nación, aquel sentir poco delicado. Franceses y muy cultos eran los caballeros acompañantes de un embajador, de quienes habla el licenciado Márquez Torres en su aprobación de la segunda parte del *Quijote,* y con ser "tan corteses como entendidos y amigos de las buenas letras", y tan admiradores de Cervantes, dijo uno de ellos, al hablarse de él y de su pobreza: "Si necessidad le ha de obligar a escriuir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo."

17 *Una por una,* como en otros lugares (II, 302, 5; III, 122, 16; V, 165, 19; VI, 182, 17; VIII, 180, 1, etc.).

ba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al visorrey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el visorrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y, entre otras razones, le dijo:

—Señor mío, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo que, ya

4 Hartzenbusch enmendó en la primera edición de Argamasilla *y hechas liar;* pero después, en *Las 1633 notas...*, respetó el texto original y dijo que se suple por elipsis *habiendo*. Es caso análogo al de *visto lo cual Sancho...*, y *abriéndola y leído para sí...*, que ocurrieron respectivamente en los capítulos XLV y LII de esta segunda parte (VII, 160, 2 y 298, 2), en donde quedan notas.

14 Vese que el visorrey no era menos egoísta que don Antonio Moreno, ni menos que los caballeros franceses citados por Márquez Torres.

que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico (pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad), volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más mal parado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen á volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año; que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane, y algún condado que darte.

—Dios lo oiga—dijo Sancho—, y el pecado sea sordo; que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión.

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento:

—¡Albricias, señor don Quijote; que don

11 *De ser más*, es decir, de *volver á ser gobernador*.

22 Acerca de esta imprecación vulgar quedó nota en el cap. LVIII (52, 5).

Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa! ¿Qué digo en la playa? Ya está en casa del visorrey, y será aquí al momento.

Alegróse algún tanto don Quijote, y dijo:

—En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad no sólo á don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derriba-

---

2 *Está,* que algunos editores, Máinez, por ejemplo, han corregido *están,* por tratarse de más de una persona. Tales aparentes faltas de concordancia ocurren con frecuencia en los escritos del tiempo de Cervantes y quedan notadas en muchos lugares del *Quijote* (I, 80, 2 y 175, 21; II, 39, 6; 117, 13 y 220, 13; III, 15, 2; IV, 50, 1; V, 161, 9 y VII, 150, 19). Mas pues ahora echo de ver que en casi ninguno de estos casos cité ejemplos de otros autores, véanse algunos. Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea* (1544), fol. 23 vto.: "Empero con todo esto, como el gran estado de vuestro merecimiento mora tan en la cumbre, y *mi baxeza y poco merescer me tiene* a mi tan submergido en el profundo..." Baltasar del Alcázar, *Poesías,* pág. 29 de la edición de la Academia:

> Y siendo tan dañosa la herida,
> Mirad *qué hizo el cielo y mi ventura*:
> Pusieron el remedio de la cura
> En el propio poder del homicida.

Lope de Vega, ó quienquiera que fuese el autor de las famosas décimas que empiezan: "¡Oh tú, que estás sepultado...":

> *La corona y la tiara,*
> Que tanto el mundo estimó,
> *¿Qué se hizo? ¿En qué paró*
> Sino en lo que todo para?

do? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor—dijo Sancho—: viva la gallina, aunque con su pepita; que hoy por ti, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama; quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias. Y levántese vuesa merced agora, para recebir á don Gregorio; que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad; porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al visorrey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa

---

1 La Academia (1780), Pellicer y algunos otros editores estampan *que no puedo*, que es como solía escribirlo Cervantes (III, 79, 21; V, 36, 23 y 55, 8; VI 326, 2, etc.); pero aquí, por excepción, lo dijo como lo decimos hoy.

1 Teniendo á *arma* por yerro de la edición príncipe, leyeron *armas* Pellicer, la Academia (1819), Clemencín y Hartzenbusch; pero este último anotador dijo en *Las 1633 notas...*: "*Armas*, imprimió el Sr. Clemencín: dudamos que el plural deba preferirse aquí al singular." En efecto, la frase es elíptica: se sobrentiende *alguna*: *¿No soy yo el que no puede tomar arma* alguna *en un año?*

de don Antonio; y aunque don Gregorio cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo, pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recebirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á don Gregorio; contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves pala-

1 Tan descuidado como suele, demasiadamente *gregorea* aquí Cervantes: hay tres *don Gregorios* en no más de cuatro renglones.

4 Así, *que salió*, en la edición príncipe; pero Clemencín y Hartzenbusch creyéronlo errata, por *sacó*. Se les hizo extraño ese *consigo*, porque no recordaron cómo está usado en dos pasajes de los capítulos LVIII y LX, respectivamente (67, 1 y 122, 9).

bras, donde mostró que su discreción se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente así al renegado como á los que habían bogado al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí á dos días trató el visorrey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde había de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

—No—dijo Ricote, que se halló presente á esta plática—hay que esperar en favores ni en dádivas; porque con el gran don Bernardino

---

2 ¡Mucha discreción, de seguro, sería menester para contar sin daño de barras tales peligros y aprietos!

5 Acerca de esta reincorporación y reducción recuérdese lo dicho en nota del cap. XLI de la primera parte (IV, 99, 7).

18 *Acabar,* no en la acepción de *extinguir* ó *aniquilar,* sino en la de *lograr* ó *llevar á buen término.*

20 Observa Clemencín que en este caso "el *no* es inseparable del *hay*". Ciertamente; pero bien podía tenerse por autorizado para separarlos quien había alejado los voca-

de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su Majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vee que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecución el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, que con el tiempo venga después á brotar, y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

—Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido—dijo don Antonio—. Don Gre-

blos de un *pues que* (V, 63, 13), los de un *puesto que* (V, 66, 2) y los de un *así que* (V, 156, 2). Véanse las notas en estos lugares.

gorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa, ó en un monasterio, y yo sé que el señor visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver cómo yo negocio.

El visorrey consintió en todo lo propuesto; pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar á doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del visorrey.

Llegóse el día de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á don Gregorio mil escudos, si los quería; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto, se partieron los dos, y don Quijote y Sancho después,

16 *Y el* (día) *de la* (partida) *de don Quijote y Sancho, quiere decir.* Es caso igual á otro que notamos en el capítulo anterior (190, 4).

como se ha dicho, don Quijote, desarmado y de camino; Sancho, á pie, por ir el rucio cargado con las armas.

---

2 *De camino,* es decir, *vestido de camino,* con ropas que le daría, probablemente, D. Antonio, si ya no las traía de repuesto desde que salió de casa de los Duques.

CAPITULO LXVI

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LO LEYERE, Ó LO OIRÁ EL QUE LO ESCUCHARE LEER.

Al salir de Barcelona, volvió don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo:

—¡Aquí fué Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse!

Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha

---

19 Con parecidas palabras volvió á decirlo Cervantes en su *Persiles y Sigismunda*, libro III, cap. IV: "...ésta

y antojadiza, y, sobre todo, ciega, y así, no vee lo que hace, ni sabe á quién derriba, ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho—respondió don Quijote—; muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al podero-

que llaman Fortuna, de quien yo he oído hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes cuando, como y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habían de estar por el suelo y derriba los que están sobre los montes de la Luna."

11 "La máxima será cierta—dice atinadamente Clemencín—; pero no se infiere de lo precedente..." En realidad, de lo que antecede, no se deduce sino que lo que ha de ser está escrito. La sentencia *cada uno es artífice de su ventura* es, como dijo Bowle, de la oración I de Salustio. Hállase, además, repetida en otras obras de Cervantes, verbigracia, en *Persiles y Sigismunda*, libro IV, cap. I: "Mira, señora, respondió Periandro, como no es posible que ninguno fabrique *su fortuna*, puesto que dicen que *cada uno es el artífice della* desde el principio hasta el cabo." Y en el cap. IV del *Viaje del Parnaso*:

Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella;
Pero en el imprudente poco dura.

13 *Gallarín*, según el léxico de la Academia, es voz

so grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin; hice lo que pude; derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo

anticuada que significa "pérdida ó ganancia exorbitante"; y *salir* uno *al gallarín*, frase familiar que equivale á "sucederle una cosa mal ó vergonzosamente". De tal palabra, que, como portuguesa, queda atrás, en nota del cap. XXI de esta segunda parte (VI, 54) no da clara explicación Correas en su *Vocabulario de refranes...*, pues se limita á decir (pág. 34 *b*): "*Al gallarín* te saldrá este guisadillo"; pero no lo explica; y al fin de su colección, entre las *Fórmulas y frases* (pág. 564 *a*), pone "*Salir al gallarín*. (Por costar pérdida y pesadumbre)", y "Salir á la cara. (Lo que *al gallarín*.)" Dos ejemplos castellanos (omitiendo muchos otros que allegué, con no pocos portugueses) patentizarán que *gallarín* significaba crecidísima ganancia usuraria, así en las ventas al fiado como en los préstamos con interés. En una *Crónica rimada del Cid* (Benjamín P. Bourland, *Revue Hispanique*, t. XXIV—Junio de 1911—, pág. 316):

En Leon son las cortes: llego el conde lozano,
Vn cauallo lieua preçiado ꝛ vn azor en la mano.
Et comprogelo el rrey por auer monedado.
En treynta ꝛ cinco miil marauedis fue el cauallo ꝛ el azor apreçiado.
Al gallarin gelo vendio el conde, que gelo pagasse a dia de plazo.
Largos plazos passaron, que non fue el conde pagado.
. . . . . .
El conde Fernan Gonzalez dixo al rrey atanto:

Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor—respondió Sancho—, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol, en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jor-

---

Rey, non verne a vuestras cortes, a menos de ser pagado
Del auer que me deuedes, de mi azor z de mi cauallo.
Quando contaron el auer, el Rey non podia pagarlo.
Tanto cresçio el gallaryn que le non pagaria el reynado.

Cristóbal de Castillejo, en su *Querella contra fortuna*:

Mas ya que así me querías
Mostrar sañuda tu cara,
Que llevaras te bastara
Lo que tú dado me habías,
Y lo demás me quedara.
Pero jugaste conmigo
Á guisa de falso amigo,
Prestándome al gallarín,
Porque quedase á la fin
Lo de ambos á dos contigo.

Y de aquí, figuradamente, se dijo, no sólo *salir* uno *al gallarín*, como lo registra el *Diccionario*, sino también *salir* una cosa *al gallarín;* que cosa y no persona—*las presunciones*—fué lo que *salió al gallarín* á D. Quijote. El mismo Castillejo, en otro lugar:

Á *bien* ninguno me allego
Que no salga al gallarín.

Y en su *Fábula de Píramo y Tisbe*:

Hacéis *bienes* y *favores*
Que salen al gallarín.

nadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que pensar que tengo de caminar á pie y hacerlas grandes es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho—respondió don Quijote—: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas, ó alrededor dellas, grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldán á prueba.

—Todo eso me parece de perlas—respondió Sancho—; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado.

—¡Pues ni él ni las armas—replicó don Quijote—quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón!

—Muy bien dice vuesa merced—respondió Sancho—, porque según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.

10 Ya quedó citada la leyenda de aquel trofeo en el cap. XIII de la primera parte (I, 298, 19), donde hay nota.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino; y al quinto día, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un mesón mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo:

—Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

—Sí diré, por cierto—respondió don Quijote—, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

—Es, pues, el caso—dijo el labrador—, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no—dijo á esta sazón Sancho, antes que don Quijote respondiese—. Y á mí, que ha

15 *Señor bueno,* rústica manera de hablar, no sólo á los desconocidos, como dice Clemencín, sino también á las personas conocidas dignas de respeto.

pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora—dijo don Quijote—, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.

Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos alrededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya:

—Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor; y así, es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera,

6 *No estar, ó no ser,* uno *para dar migas á un gato* es frase figurada y familiar que falta en el *Diccionario* de la Academia y que se dice, como nota Correas (*Vocabulario de refranes...*, pág. 555 *a*), de quien está, ó es, para muy poco. Clemencín no recordaba haber leído tal expresión en libros anteriores á los de Cervantes; pudo verla, por ejemplo, en la escena XLI de la *Comedia llamada Florinea,* impresa en 1544: "...y unos bien sirviendo no medran, y otros crescen sin por qué como esponja, con *no ser para dar migas a un gato,* porque salga cierto el vulgar: que da Dios habas a quien no tiene quixadas."

quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

—¡Voto á tal—dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho—que este señor ha hablado como un bendito y sentenciado como un canónigo! Pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran—respondió otro—, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí..., la capa cuando llueva.

—Yo, señores—respondió don Quijote—, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar más que de paso.

Y así, dando de las espuelas á Rocinante,

3 Este cuentecillo es originariamente de Alciato, de quien lo copió Bowle para ilustrar este pasaje, no sin añadir que también se encuentra en la *Floresta Española* de Melchor de Santa Cruz.

14 De las *tabernas de lo caro* traté en nota del capítulo XXIV de esta segunda parte (VI, 124, 1).

15 Esta festiva aseveración vulgar es parodia de otras también usadas en el *Quijote*: *y sobre mí si lo erraren* (VI, 190, 1); *y á mí daño si alguno le sucediere* (VII, 77, 11). Y aún saldrá, en el cap. LXXIII, otra parecida á ellas: *y sobre mi ánima si mal le fuere.*

pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura como la discreción de su criado; que por tal juzgaron á Sancho. Y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan discreto, ¡cuál debe ser el amo! Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto, y otro día, siguiendo su camino, vieron que hacia ellos venía un hombre de á pie, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie; el cual como llegó junto á don Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por

10 *El hombre,* en la acepción vulgar de *uno,* como otras veces (IV, 323, 24 y VII, 63, 9).

16 "Al hombro—dice Clemencín—se llevan regularmente, y así debiera haberse dicho, lo mismo que en el pasaje de la pastora Torralba, que seguía á su amante *con unas alforjas al cuello.*" Pocas clases de alforjas había visto Clemencín, y bien demostró con su reparo no conocer las que tienen una abertura por donde entra la cabeza del que las lleva, quedando una de las bolsas sobre el pecho y la otra sobre la espalda. D. Juan Calderón dijo en su *Cervantes vindicado...* que en algunos lugarillos de la Mancha "suelen llamarlas *alforjas de cominero,* porque gran parte de sus vecinos se ocupan en vender anís y cominos..., y llevan en esa especie de alforjas su mercancía".

el muslo derecho, que no alcanzaba á más, le dijo, con muestras de mucha alegría:

—¡Oh, mi señor don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el Duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa!

—No os conozco, amigo—respondió don Quijote—, ni sé quién sois, si vos no me lo decís.

—Yo, señor don Quijote—respondió el correo—, soy Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodríguez.

—¡Válame Dios!—dijo don Quijote—. ¿Es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

—Calle, señor bueno—replicó el cartero—; que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió

20 *Señor bueno*, como poco ha (212, 15). Y por lo que allí se dijo rectificando á Clemencín, repárese en que don Quijote no era desconocido para Tosilos.

de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodríguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virrey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Quiero el envite—dijo Sancho—, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen To-

12 A los manjares que llaman ó excitan la sed decían *llamativos*, palabra que Cervantes usó también en *Rinconete y Cortadillo*, y acerca de la cual hay nota en mi edición crítica de esta novela, pág. 427.

15 *Querer el envite* y *echar el resto* son frases que de ciertos juegos de naipes pasaron á tener figuradamente otros significados, como hemos visto más de una vez (I, 130, 14; V, 83, 3, etc.). Véase algún otro ejemplo. Lope de Vega, en el acto III de *Los ramilletes de Madrid*:

> Liseo. Con tantas faltas le nota
> A todo novio tu intento,
> Que has hecho tu casamiento
> Como juego de pelota.
> Di *vale* una vez, Belisa;
> *Quiere un envite*, y acaba.

Y, traslaticiamente, hasta por los religiosos, en obras de carácter moral, llegaron á usarse estos términos del juego. Fr. Jerónimo Moreno, en el cap. II de *La vida y muerte. . de Fr. Pablo de Santa María*... (Sevilla, Francisco Pérez,

silos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin—dijo don Quijote—, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho. Quédate con él, y hártate; que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas.

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho:

—Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¿Cómo debe? —respondió Sancho—. No debe nada á nadie; que todo lo paga, y más, cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? Y más agora, que va rematado, porque va vencido del Caballero de la Blanca Luna.

1609): "Esto era tan conocido de todos, que los enfermos y necessitados que esperaban alcançar remedio por los méritos y oraciones del venerable Varon, *por ahorrar de envites*, se iban al prelado, ó á su confessor, á pedirles le mandassen acudir á sus necessidades."

Rogóle Tosilos le contase lo que le había sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello. Y levantándose después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo "á Dios", dejó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPITULO LXVII

DE LA RESOLUCIÓN QUE TOMÓ DON QUIJOTE DE HACERSE PASTOR Y SEGUIR LA VIDA DEL CAMPO EN TANTO QUE SE PASABA EL AÑO DE SU PROMESA, CON OTROS SUCESOS EN VERDAD GUSTOSOS Y BUENOS.

Si muchos pensamientos fatigaban á don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí, como moscas á la miel, le acudían y picaban pensamientos: unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que había de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condición del lacayo Tosilos.

—¿Es posible—le dijo don Quijote—que todavía ¡oh Sancho! pienses que aquél sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de

los Espejos, en el bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime agora: ¿preguntaste á ese Tosilos que dices qué ha hecho Dios de Altisidora: si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?

—No eran—respondió Sancho—los que yo tenía tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

—Mira, Sancho—dijo don Quijote—, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida; maldíjome, vituperóme, quejóse, á despecho de la vergüenza, públicamente: señales todas de que me adoraba; que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni te-

19 Estaba trascordado nuestro buen D. Quijote: no hubo tal dádiva. Sancho tenía los tocadores sin conocimiento de su amo, cuando Altisidora, en el cap. LVII de esta segunda parte (VIII, 38, 13) dijo:

Llévaste tres tocadores,
Y unas ligas...

soros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos, y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio, pero, de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes (que vea yo comidas de lobos), que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor—respondió Sancho—, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los

3 Alude á la creencia común y al dicho vulgar de que *los tesoros de los duendes,* al hallarlos, *se convierten en carbón,* de donde, como nota Covarrubias, "*tesoro de duende* dezimos la hazienda que toda se consume y se deshaze sin saber en qué se ha gastado". Es referencia muy frecuente en nuestros escritores del tiempo de Cervantes. Baltasar del Alcázar, por ejemplo, en sus décimas ó coplas reales á D. Francisco Chacón, que *propter honestatem* dejé de incluir en la edición de sus *Poesías* publicada por la Academia Española (1910), pero que se encuentran en la que sacaron á luz los Bibliófilos Andaluces (1878), pág. 157:

Pintábaos fuerte varón
Dentro en la imaginación;
Pero ya la pobre entiende
Que fué *tesoro de duende,*
Que se convirtió en carbón.

5 La Academia (1780 y 1819), Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch y otros enmiendan *empero,* creyendo equivocado el texto de la edición príncipe. Aposta escribió aquí *pero* Cervantes, como en el cap. LII de la primera parte (IV, 308, 8), había escrito *guardando, pero, las leyes de caballería.* Véase allí la nota.

azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: "Si os duele la cabeza, untaos las rodillas." Á lo menos, yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído que tratan de la andante caballería, no ha visto algún desencantado por azotes; pero, por sí ó por no, yo me los daré, cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

—Dios lo haga—respondió don Quijote—, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligación que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío.

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mesmo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle don Quijote; dijo á Sancho:

—Éste es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar é imitar á la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitación, si es que á ti te parece bien, querría ¡oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las

7 *Alguno* antepuesto con valor negativo, como en otros lugares (III, 36, 15; IV, 73, 13; V, 76, 4; VI, 66, 1; 137, 13; 332, 8 y VII, 184, 6).

demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo *el pastor Quijotiz*, y tú *el pastor Pancino*, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

—Pardiez—dijo Sancho—, que me ha cuadrado, y aun esquinado, tal género de vida; y

5 Clemencín tenía á *endechar* "por una de las palabras que introdujo, ó, al menos, acreditó, Cervantes". Sea cuando más, lo segundo; porque el verbo *endechar* era corriente aun en el tiempo de D. Alonso el Sabio. Véanse unas palabras de la ley XLIV, título IV, partida I: "Otrosi mandaron que quando los clerigos adoxiessen la cruz a casa donde estouiesse el muerto, o en la Eglesia, que non diessen bozes: e si oyessen que dauan gritos, o *endechassen*, que se tornassen con la cruz, e que non entrassen en la casa."

8 A juicio de Clemencín "no merecen tal epíteto las bellotas". Por lo visto, no había llegado á comer, y las hay, bellotas mucho mejores que las mejores almendras.

19 Si, contra lo que presumo, esto de *cuadrar, y aun esquinar*, no era dicho popular corriente, Cervantes pudo

más, que no la ha de haber aún bien visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el Barbero, cuando la han de querer seguir, y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse.

—Tú has dicho muy bien—dijo don Quijote—; y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, *el pastor Sansonino,* ó ya *el pastor Carrascón;* el barbero Nicolás se podrá llamar *Niculoso,* como ya el antiguo Boscán se llamó *Nemoroso;* al Cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre llamándole *el pastor Curiambro.* Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme

aprenderlo en Lope de Rueda, que lo usó en el paso primero de la *Farsa de El Deleitoso*: "Es verdad, señor, que yo entré delante; mas ya llevaba el señor Luquillas la sisa repartida, donde había de *cuadrar lo uno y esquinar lo otro.*" Volverá á salir tal expresión en el cap. LXXIII: "...buscaremos... pastoras mañeruelas, *que si no nos cuadraren, nos esquinen.*"

14 Á lo que parece, D. Quijote, es decir, Cervantes, anduvo equivocado en esto de ser *Nemoroso* el antiguo Boscán. Véase Menéndez y Pelayo, *Antología de Poetas líricos castellanos,* t. XIII, págs. 56 y siguientes.

en buscar otro que mejor le venga; tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

—No pienso —respondió Sancho— ponerle otro alguno sino el de *Teresona,* que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma.

—¡Válame Dios—dijo don Quijote—, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! Pues ¡qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues! Allí se verán casi todos los instrumentos pastorales.

—¿Qué son albogues—preguntó Sancho—, que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida?

—Albogues son—respondió don Quijote—

---

8 Sobre la frase *buscar pan de trastrigo* quedó nota en el cap. VII de la primera parte (I, 179, 12).

14 La *churumbela* era, según Covarrubias, "género de instrumento músico, que se tañe con la boca, en forma de chirimía".

unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, que si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín; y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al,* conviene á saber: *almohaza, al-*

2 "Según esta descripción, los *albogues* vendrían á ser —dice Clemencín—como los *platillos* de la música militar moderna." Y observa que el *Diccionario* los califica como instrumento músico pastoril, de viento y boca, y que Góngora en su *Polifemo* describe los *albogues* de éste, que eran un silbato de capador. El Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor,* copla 1213 (edición de Ducamin):

El pastor lo atyende fuera de la carrera,
taniendo su çapoña e los *albogues* espera
su moço el caramillo fecho de caña vera...

Anotando el Sr. Cejador este pasaje, copia, en cuanto á los *albogues,* la descripción de Abén Jaldún: "El albogue es un tubo de cobre, de un codo de largo, el cual se ensancha hasta el punto que el extremo por donde sale el aire resulta tan dilatado, que puede introducírsele la mano ligeramente cerrada... Sóplase dentro por medio de un ligero tubo, que transmite el aire de la boca. Produce un zumbido fuerte. Tiene también cierto número de agujeros, por medio de los cuales se producen, mediante la aplicación de los dedos, muchas notas, que guardan entre sí relaciones determinadas. Entonces se le escucha con placer." Con todo esto, se ocurre preguntar: Los *albogues* de que habla Cervantes ¿eran cosa diferente del *albogue* descrito por Abén Jaldún? Quede para otra ocasión el dilucidar este punto.

8 Clemencín nota el error que hay en esta afirmación de D. Quijote y cita varios testimonios para demostrarlo, entre ellos, el de Juan de Valdés, que dijo en su *Diálogo de la Lengua*: "Un *al* que los moros tienen por artículo..., nosotros lo tenemos mezclado en algunos vocablos latinos, el cual es causa que no los conozcamos por nuestros." Y,

morzar, alhombra, alguacil, alhucema, almacén, alcancía, y otros semejantes, que deben ser pocos más; y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en *i,* y son *borceguí, zaquizamí* y *maravedí. Alhelí* y *alfaquí,* tanto por el *al* primero como por el *í* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho, de paso, por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado *albogues;* y hanos de ayudar mucho al parecer en perfeción este ejercicio el ser yo algún tanto poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco. Del Cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta; y que las tenga también maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos, ó los más, son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme ena-

sin ésos, ¿cómo podían ser moriscos vocablos como *alba, albanés, albarino, alborada, alcanzar, alma, alpiste,* y cien otros?

10 Con ser harto clara la locución *y hanos de ayudar mucho al parecer en perfeción este ejercicio,* los editores del *Quijote* no la entendieron, y creyendo que no hace buen sentido, enmendaron, quién, como la Academia en su primera edición (1780), *á practicar con perfección,* y quien, como Pellicer, la Academia en 1819, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez y otros (entre ellos, muy recientemente, los continuadores de Cortejón), *á poner en perfeción.* Huelgan tales enmiendas: *ayudar al parecer en perfeción* es *ayudar á parecer, á lo de parecer, á esto de parecer, á que parezca en perfeción.*

17 *Todos, ó los más barberos,* quiere decir.

morado; el pastor Carrascón, de desdeñado; y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y así, andará la cosa, que no haya más que desear.

Á lo que respondió Sancho:

—Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh, qué polidas cuchares tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles, que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso! Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. Pero ¡guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y

8 La Academia (1780 y 1819), Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez y otros, leen *cucharas* en lugar de *cuchares*. ¿Por qué, diciéndose *cuchar* en tiempo de Cervantes, más de ordinario que *cuchara*, como decimos hoy? ¿No se llamó *aves de cuchar* á ciertas aves acuáticas, de donde el refrán "*Ave de cuchar* más come que val"? ¿No es *cuchares* el plural de *cuchar*, como *altares* y *manjares* lo son de *altar* y *manjar*? *Cuchar* y *cuchares* ocurren con frecuencia en nuestros escritores del siglo XVI, y aun de muy entrado el XVII. En el Archivo de Protocolos de Valladolid, en las cartas dotales de los años de 1603 á 1605, á cada paso. Quiñones de Benavente, en su *Entremés famoso del Convidado* (*Navidad y Corpus Christi festejados*, Madrid, 1664):

D. VICENTE. ¡Hola! Traigan aquí dos servilletas;
Traigan otro cuchillo y más *cuchares*.
MUJER 2.ª Los convidados han venir á pares.

volviese trasquilada; y también suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa, se quita el pecado; y ojos que no veen, corazón que no quiebra; y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho—dijo don Quijote—, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto, y "castígame mi madre, y yo trómpogelas".

—Paréceme—respondió Sancho—que vuesa merced es como lo que dicen: "Dijo la sartén

---

1 Repara Clemencín: "Es evidente que debió ponerse: *y tan bien suelen*, etc." Y ¿por qué así, y no de esotra manera, como ha ocurrido algunas veces (IV, 235, 17; VI, 46, 17; VII, 65, 2 y 271, 3)?

6 Hoy se dice comúnmente: *Ojos que no ven, corazón no quiebran.* Y así en la copla vulgar (*Cantos populares españoles*, núm. 5.570):

> Á esos montes me he de ir,
> Aunque me coman las fieras;
> Porque *ojitos que no ven*
> *Corazoncito no quiebran.*

15 Sobre este refrán queda nota en el cap. XLIII de esta segunda parte (VII, 113, 6). Los continuadores de Cortejón leen malamente *trompógelas*, tal como Cortejón había leído en aquel lugar.

á la caldera:—Quítate allá, ojinegra"[1]: estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho—respondió don Quijote—: yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene á propósito antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algún trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos

---

1 Por eufemismo dícelo Sancho así, pues lo que á la caldera dijo la sartén fué *Tirte allá, culnegra*, según nuestros antiguos refraneros. Parecidamente entre los judíos oriundos de España (Foulché-Delbosc, *Proverbes judéo-espagnols*, núm. 285): "*Dijo la tizna* (ó *el sartén*) *á la caldera: vate, culo preto.*"

10 Lo dijo, en efecto, en el cap. XXI de la primera parte (II, 162, 5), y después, en el XXXIX (IV, 9, 20), díjolo también el cautivo, relatando su historia.

y casas, así de don Diego de Miranda como en las bodas del rico Camacho, y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así, pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.

CAPITULO LXVIII

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ Á DON QUIJOTE.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo; pero no en parte que pudiese ser vista: que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de la libertad

---

12 No falta el artículo que echaba menos Clemencín: *en que* equivale á *en lo cual*, como *con que* á *con lo cual* (I, 142, 18), y fácil me sería citar ejemplos de ello.

de tu condición: yo imagino que eres hecho de mármol, ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes; yo lloro cuando cantas; yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido, date trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor—respondió Sancho—, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me dicipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme; que

me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te vees con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año; que yo *post tenebras spero lucem.*

—No entiendo eso—replicó Sancho—: sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo

---

2 *No que,* tal como en otros lugares (II, 301, 2; III, 213, 4; V, 95, 12 y 241, 2; VII, 16, 2), en el primero de los cuales quedó nota.

5 En la edición príncipe, *las que te hecho,* por omisión mecánica de un *he* inmediato á otro.

11 Algunos de los que han hallado una peregrina manera de interpretación del *Quijote* ignoraron ú olvidaron hasta tal punto todo lo referente al tiempo en que se escribió esta novela, que imaginaron deberse á Cervantes, no sólo la cita de esta frase, que es del *Libro de Job* (cap. XVII), sino también la invención del emblema del halcón encapirotado, que, rodeado de tales palabras, estampaba Juan de la Cuesta en las portadas de algunos de los libros que imprimía, y que figura, por tanto, en las de las dos partes de *El Ingenioso Hidalgo,* como había figurado en 1604 en la portada de una nueva edición del *Romancero general.* Este escudo y otro de menor tamaño que representa asimismo el halcón puesto el capirote y rodeado de la propia leyenda bíblica, y que puso Cuesta, en 1605, en la portada del *Aravco domado* de Pedro de Oña, pertenecieron antes á Pedro Madrigal, quien los vino usando en las últimas décadas del siglo XVI.

temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho—dijo don Quijote—, tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: "No con quien naces, sino con quien paces".

—¡Ah, pesia tal—replicó Sancho—, señor nuestro amo! No soy yo ahora el que ensarta refranes; que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los míos y los su-

17 D. Quijote habría oído á su escudero este refrán en algunas de las muchas pláticas que bien se entiende que están omitidas en la novela; porque en ésta, á lo que recuerdo, sólo una vez lo ha dicho Sancho, y ésa, cuando nadie pudo oirle: en el "soliloquio que pasó consigo", capítulo X de esta segunda parte (V, 183, 13).

18 Así, *pesia tal*, en la edición príncipe, y no *pesia á tal*, que ha dicho en otros lugares (II, 50, 1 y 314, 16), en donde queda nota.

yos esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero, en efecto, todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose á los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido, y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos, al uno; que al otro, ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de don Quijote, ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no sólo á don Quijote, sino llevando, por añadidura, á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con

24 *Trincheas,* como en el cap. XXXIX de la primera parte (IV, 20, 18), y como *trinchear* en el LIII de esta segunda (VII, 312, 19).

que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos.

—También debe de ser castigo del cielo —respondió Sancho—que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas, hasta la cuarta generación: pero

---

12 En *Rinconete y Cortadillo* dice la Cariharta, quejándose del Repolido: "¿Con aquél había yo de comer más pan á manteles, ni yacer en uno? Primero me vea yo *comida de adivas* estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis." *Adiva, ó adive,* significa *chacal;* puede verse con más pormenor en el *Glosario etimológico* de Eguílaz.

12 *Le hocen,* enmendó Hartzenbusch en las dos ediciones de Argamasilla; mas cambiando luego de parecer, en *Las 1633 notas...* indicó que Cervantes escribiría *le huellen,* que es como ordinariamente se dice.

¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos.

—Duerme tú, Sancho—respondió don Quijote—, que naciste para dormir; que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día, daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

—Á mí me parece—respondió Sancho—que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos. Vuesa merced coplee cuanto quisiere; que yo dormiré cuanto pudiere.

Y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado á un tronco de una haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mesmos suspiros, cantó de esta suerte:

---

14 La expresión es elíptica, y no lo echó de ver Clemencín: *tomando en el suelo cuanto* (espacio) *quiso*. Recuérdese otra locución parecida del cap. XXXVIII de la primera parte (III, 326, 7): *que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere...*

18 La Academia (1819), Clemencín y otros leen, enmendando el texto original, *de un haya*. Ellos se sabrían el por qué de la enmienda; yo no acierto á explicármelo.

—Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das, terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso;
Mas en llegando al paso
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condición no oída
La que conmigo muerte y vida trata!

10 Hartzenbusch hizo estampar *Y*, en lugar de *Que*: no echó de ver que el *Así* del verso anterior no equivale á *De esta manera*, sino á *De tal manera*, que pide *que*, y no *y*.

12 Clemencín repara: "¿Qué cosa es *tratar condición?* No lo entiendo..." ¡Como que el texto no dice *tratar condición*, sino que la condición del poeta, que hace que le mate el vivir y que la muerte le torne á dar la vida, es insólita é inaudita, pues trata ó maneja á un tiempo, por lo tocante al cantor, vida y muerte.

Con este madrigal han sucedido algunas cosas peregrinas, que voy á relatar aquí, aunque la presente nota pase no poco de la extensión ordinaria. En 1905, D. Miguel de Unamuno, en su libro intitulado *Vida de D. Quijote y Sancho*, al llegar en su explicación y comento á este capítulo, copió los cuatro últimos versos del *madrigalete*, y creyendo hallar en ellos la quinta esencia de la novela cervantina, añadió: "¡Maravillosa sentencia *en que se declara lo más íntimo del espíritu quijotesco!* Y ved cómo cuando don Quijote llegó á expresar *lo más recóndito, lo más profundo* (subrayo al copiar), *lo más entrañable de su locura de gloria, lo hizo en verso...*" Pues bien, *lo más íntimo del espíritu quijotesco, lo más recóndito, más profundo y más entrañable* de aquella locura... no era de Cervantes; porque, en realidad de verdad, el *madrigalete* no es cervantino, sino *bembino;* quiero decir, traducido de *Los Asolanos* de Pedro Bembo. Desde el año 1895 es sabido esto, y aun después se ha hecho vulgar entre cuantos españoles no

Cada verso déstos acompañaba con muchos sus-

desdeñamos la erudición. He aquí la historia. El docto hispanista napolitano Eugenio Mele publicó en la *Rasegna Pugliese* (*anno XII, fasc. 7.°*) un artículo intitulado *Un plagio del Cervantes*, en el cual, á pesar de este alarmante rótulo, expuso su creencia de que nuestro gran novelista no se propuso hacer pasar por suyo el madrigal traducido, sino proseguir su sátira contra el afán de imitar lo extranjero, ya iniciada con lo de resolverse D. Quijote á meterse á pastorcico de la nueva Arcadia, ni más ni menos que cualquier interlocutor de las églogas de Sanazaro. Acerca del trabajo de Mele escribió el inolvidable crítico *Clarín* un patriótico artículo intitulado *Cervantes ¿plagiario?*, que salió á luz en el número de *El Imparcial* correspondiente al 14 de Marzo de 1896. Por aquel tiempo anotaba yo en Sevilla las *Flores de poetas ilustres*, de Pedro Espinosa, para la edición allí publicada aquel mismo año, y en larga nota (páginas 443-445) extracté el artículo de Clarín, en razón de que Barahona de Soto tiene en tal antología otro madrigal que asimismo es traducción del de Bembo. Y como desde entonces hasta el año de 1903, en que la Academia Española publicó mi estudio acerca de *Luis Barahona de Soto*, averigüé otras cosillas tocantes á la tan traída y llevada composición italiana, les di cabida en las páginas 306-308 y 682 de estotro libro. Véase, pues, si en 1905 había por donde estar enterado de que el *madrigalete* del *Quijote* no es de Cervantes. Esto advertido, transcribiré la composición original, ó que por original pasa (pues su pensamiento es anterior á Bembo), y las diversas traducciones en verso, que, amén de la de Cervantes, he podido allegar.

El madrigal de Pedro Bembo (folio 20 vuelto de la edición de 1515):

Quand' io penso al martire,
Amor, che tu mi dài gravoso e forte,
Corro per gir a morte,
Così sperando i miei danni finire.
¡Ma poi ch'io giungo al passo
Ch' è porto in questo mar d' ogni tormento,
Tanto piacer ne sento,
Che l' alma si rinforza, ond' io nol passo.
Così il viver m' ancide:

piros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo

Così la morte mi ritorna in vita.
O miseria infinita,
Che l' uno apporta e l' altra non recide.

Publicados *Gli Asolani* (aunque no en 1530, como equivocadamente dijo *Clarín*, pues hay, á lo menos, dos ediciones anteriores, ambas de Venecia, 1515 y 1522), siete lustros después los tuvimos vertidos á nuestra lengua por un anónimo (*Los Asolanos de M. Petro Bembo, Nueuamente traduzidos de lengua Toscana en romance castellano*, Salamanca, Andrea de Portonariis, 1551), en donde el dicho madrigal se lee así:

Quando yo pienso al tormento
Que me das, Amor, tan fuerte,
Pensando del mal que siento
Escapar, corro contento
Derecho para la muerte.
Pero ya que allego al passo
Que es puerto de aquesta mar
Penosa, tal gozo amasso
Dentro en mí, que no le passo,
Ellalma torna alhentar.
Ansi me mata el viuir,
Ansi me abiua la muerte.
¡O miseria! ¡O mal tan fuerte,
Que el viuir puede induzir
Sin que por muerte se acorte! (*sic*).

Barahona de Soto, probablemente en los años de su mocedad (1570-1575), tradujo la misma piececita poética; pero en menos palabras que había gastado Bembo:

Cuando las penas miro
De tu martirio fuerte,
Amor, gimo y suspiro,
Como último remedio, por la muerte.
Procuro, por perderte,
Perder contigo la enojosa vida,
Y, viéndola por ti más que perdida,
Del gran placer que siento,
Vuelvo á vivir, y crece mi tormento.

No se quedaron muy atrás (¿cómo, en materia de poesía y de amor?) nuestros vecinos los portugueses: Duarte Díaz dió por suyo el asendereado madrigalete de Bembo, al fo-

corazón gemía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

---

lio 43 de su libro intitulado *Varias obras de Dvarte Diaz, em lingoa Portugesa, e Castelhana* (Madrid, Luis Sánchez, M.D.XCII), pues sin mencionar al autor de *Los Asolanos,* y como quien gasta de cosecha propia (bien que lo mismo había hecho Barahona de Soto, grande amigo de Cervantes), ofreció á sus lectores esta *Cançoneta*:

Quando comigo pinto
O que promete minha triste sorte
Corro por yr ha morte
Esperando atalhar o mal que sinto:
Mas em chegando ao passo
Que dera doce fim no meu tormento
Este contentamento
Me reforça em estilo que o não passo.
Assi o viuer me mata,
Assi a morte me redus ha vida:
O cousa nunca ouuida
Que o socorro melhor me desbarata.

"¿Sería del lusitano Duarte Díaz—pregunté en mis notas á Barahona—de quien quiso burlar Cervantes?" Sea de ello lo que fuere, es indudable que la famosa copla del comendador Escrivá, anterior á la publicación de *Los Asolanos,* como que salió á luz en la primera edición de nuestro *Cancionero general* (1511), contiene ese mismo pensamiento, expresado más sobria, más poética y más airosamente:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta comigo,
Porque el gozo de contigo
No me torne á dar la vida.

Como el Sr. Unamuno, los continuadores del *Quijote* de Cortejón han tenido por original de Cervantes el madrigal del texto. Y aun al copiar las frases de aquél, ven claramente que ellas "sintetizan de manera diáfana el alma de nuestro hidalgo". ¡Dios les conserve la vista!

1 En la edición príncipe, *tenía traspasado.* Parécemе errata, é inclínome á que el original diría probablemente *gemía.* Así lo enmendó Hartzenbusch en las dos ediciones de Argamasilla.

Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó, y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros; miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara, y aun más adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de á caballo y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de don Quijote y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas y venía muy á punto de guerra. Volvióse don Quijote á Sancho, y díjole:

—Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos.

Llegaron, en esto, los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pie, anteco-

6 Como el *sino más adelante* en otro lugar (I, 228, 22).

18 Sobre la locución figurada *ser* una cosa *tortas y pan pintado*, que ha ocurrido en diversos lugares (II, 52, 11; V, 62, 10 y 308, 5), quedó nota en el primero de ellos.

giendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querían; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecía lo mismo: porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un aguijón le punzaba, y al rucio ni más ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían:

—¡Caminad, trogloditas!

—¡Callad, bárbaros!

—¡Pagad, antropófagos!

—¡No os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros!

Y otros nombres semejantes á éstos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: "—¿Nosotros tortolitas? ¿Nosotros barberos ni estropajos? ¿Nosotros perritas, á quien dicen *cita, cita?* No me contentan nada estos nombres: á

25 "*Cito*—dice Covarrubias—, vn termino que tenemos, con que llamamos a los perros, alargandoles la mano, y dandoles castañetas... Y la palabra *citô* es adverbio latino, que vale presto, prompta y ligeramente, de *citus, a, um,* por

mal viento va esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!

Iba don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacía qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien y temer mucho mal. Llegaron, en esto, un hora casi de la noche, á un castillo, que bien conoció don Quijote que era el del Duque, donde había poco que habían estado. ¡Válame Dios!—dijo así como conoció la estancia—y ¿qué será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor.

Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera, que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

---

cosa presta: y quando le dizen *cito* al perro, es querer que acuda con presteza."

1 En el *Diccionario* de la Academia, *á buen viento va la parva*, en lugar de *á buen viento*, ó *á mal viento...*, ya que se dice de una ó de otra manera, según el caso.

CAPITULO LXIX

DEL MÁS RARO Y MÁS NUEVO SUCESO QUE EN TODO EL DISCURSO DESTA GRANDE HISTORIA AVINO Á DON QUIJOTE.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardían casi cien hachas, puestas en sus blandones, y por los corredores del patio, más de quinientas luminarias; de modo, que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata; encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa don-

5 *Junto*, como adverbio de modo: *juntamente*.

cella, que hacía parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas, un ramo de amarilla y vencedora palma. Á un lado del patio estaba puesto un teatro y dos sillas, sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y ceptros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos, ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subía por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo ca-

7 *Enterrar con palma* á una mujer, es, como dice el léxico de la Academia, "enterrarla en estado de virginidad". La antigua costumbre de poner una palma entre las manos de las doncellas muertas ha llegado hasta nuestros días. Una copla vulgar (núm. 2.059 de mi colección de *Cantos populares españoles*):

Un marinerito, madre,
Me tiene robada el alma;
Si no me caso con él,
Muero moza *y llevo palma.*

7 *Teatro,* en la acepción que quedó notada en el capítulo XXI de esta segunda parte (VI, 56, 1).

8 Así en la edición original; pero todas las modernas, de 1780 acá (y aun alguna más remota), á excepción de las de Bowle y Pellicer, han leído indebidamente *y en dos sillas sentados dos personajes...* No echaron de ver los editores que se trataba de uno de tantos ablativos absolutos como usaba Cervantes.

llasen; pero sin que se lo señalaran, callaran ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas. Subieron, en esto, al teatro, con mucho acompañamiento, dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote ser el Duque y la Duquesa, sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas, junto á los dos que parecían reyes. ¿Quién no se había de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillación, y los Duques hicieron lo mesmo, inclinando algún tanto las cabezas.

Salió, en esto, de través, un ministro, y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza, ó le quitarían la vida.

---

1 En la edición príncipe, *callaron*, paréceme que por errata.

19 Negro, de luto, era este *bocací*, como verde aquel otro en que había liado sus ropas el estudiante del capítulo XIX (VI, 7, 13).

Mirábase Sancho de arriba abajo; veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza; vióla pintada de diablos; volviósela á poner, diciendo entre sí:

—Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan.

Mirábale también don Quijote, y aunque el temor le tenía suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó, en esto, á salir, al parecer, de debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardaba silencio á sí mismo, se mostraba blando y amoroso.

4 En la edición príncipe, *volviósela poner*, por omisión mecánica de una de dos *aes* inmediatas.

6 Sobre este *aun bien que*, dicho ahora vulgarmente *á bien que*, hay nota en el cap. I de esta segunda parte (V, 43, 10).

11 En la edición príncipe, *hizo salir... debajo del túmulo*, por omisión mecánica de una de dos sílabas iguales é inmediatas.

12 *Son sumiso*, como la *voz sumisa* de que queda nota en el cap. LXII (VIII, 146, 1).

13 *Alguno* antepuesto con significación negativa, como en muchos lugares (III, 36, 15; IV, 73, 13; V, 76, 4; VI, 66, 1; 137, 13 y 332, 8, y VII, 184, 6).

15 Los editores modernos, la Academia (1780 y 1819), Pellicer, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez, etc., y recentísimamente los continuadores de Cortejón, han alterado en este pasaje el texto de la edición príncipe, y hecho decir á Cervantes cosa distinta de lo que quiso. No es que *el mesmo silencio guardaba silencio*, sino que *el mesmo si-*

Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del, al parecer, cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de don Quijote,
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia,
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
Y aun no se me figura que me toca

lencio guardaba silencio á sí mismo, que es cosa diferente, y rasgo de ingenio de más subido valor. ¿Por qué correr la coma de la primera edición tres palabras atrás, poniéndola después de *silencio,* y hacer una sola palabra de tres, estampando *asimismo* donde aquella dice *a si mismo,* á vista de cuantos no sean ciegos? Ni ¿qué papel juega ahí ese *asimismo,* que siempre equivale á *igualmente* ó á *también,* y á qué puede referirse ninguno de estos adverbios, que de todo en todo están de más? ¡Cosas como ésta se han hecho con el texto del *Quijote,* aun por los más obligados á velar por su pureza!

9 "*Picote*—según Covarrubias—es vna tela basta de pelos de cabra; y porque es tan aspera, que tocandola pica, se dixo *picote.*" La Academia halla la etimología en el francés *picot.*

11 Del *anascote* dije lo que basta en nota del capítulo XXXVIII de esta segunda parte (VII, 27, 8).

13 Alude á Orfeo, nacido en Tracia, músico tan hábil, que, según la fábula mitológica, amansaba á las fieras con su canto.

14 Ó porque no quisiese componer más versos, ó, adrede, por hacer al poeta *de la cámara* del Duque tan aficionado á meter la hoz en mies ajena como fueron muchos de

Aqueste oficio solamente en vida;
Mas con la lengua muerta y fría en la boca
Pienso mover la voz á ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

—No más—dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes—: no más, cantor divino; que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la Fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite! pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.

Apenas hubo dicho esto Minos, juez, y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto, dijo:

---

su tiempo, Cervantes tomó esta octava de la segunda égloga de Garcilaso, dedicada, como es sabido, á D.ª María de la Cueva, mujer de D. Juan Téllez Girón, cuarto conde de Ureña, á cuyo servicio estuvo en Osuna el licenciado Juan de Cervantes, abuelo paterno del autor del *Quijote*.

23 Reparó Clemencín: "Parece, según estas palabras, que Minos era juez de Radamanto, lo que no es así:" Con

—¡Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinticuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos; que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora!

poner después de la palabra *juez* la coma que hay en la edición príncipe, habría holgado la advertencia del anotador. Minos, Eaco y Radamento eran, según la fábula, los jueces de los infiernos. En esta burla Eaco se les quedó entre renglones á los Duques, no sé por qué.

4 En el cap. XXVIII de esta segunda parte (VI, 201, 18) se habló de unas *mamonas selladas*, y en la nota ofrecí tratar de ellas al llegar á este lugar. "*Mamona*—dice Covarrubias—vulgarmente se toma por una postura de los cinco dedos de la mano en el rostro de otro, y por menosprecio solemos dezir que *le hizo la mamona*." *Hacer la mamona*, según Correas (*Vocabulario de refranes...*, página 629 *a*), "dícese al que se hace befa ó molestia..." Más explícito que estos españoles estuvo un italiano, Franciosini, quien dijo en su *Vocabulario*: MAMONA, *è il porre la mano sopra il viso ad uno con tutte le cinque dita distese, il che si suol fare quando diciamo d' avergli fatto una burla per fargli venir la collera*." Entre *mamona* y *mamola*, que han pasado más tarde por una cosa misma, había diferencia, según el dicho lexicógrafo, pues define la *mamola* por *burla, cilecca, cioè quel finger di voler dare una cosa ad uno porgendogliela, e poi ritirare a se la mano, e non gliela dare*. Así, la *mamona* es burla, y la *mamola* es engaño, tal como el que hacen las madres á los niños de pecho, diciéndoles:

Mira qué pajarito sin cola...
¡Mamola...! ¡Mamola!

Pero ¿qué serán *mamonas selladas?* Probablemente, las que se hacían *disparando la ballestilla*, en frase del autor de *La pícara Justina*, es decir, dejando escapar con fuerza el índice de la mano derecha, sujeto hasta entonces por el de enmedio de la izquierda, para que dé en la nariz del *paciente*, en tanto que se le tienen puestos sobre la cara los otros

Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio, y dijo:

—¡Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro! ¡Cuerpo de mí! ¿Qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurreción desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos... ¡Encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mi veinticuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. ¡Esas burlas, á un cuñado; que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus!

—¡Morirás!—dijo en alta voz Radamanto—. Ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles. Y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser; acrebillado te has de ver; pellizcado has de gemir. ¡Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si

cuatro dedos de la primera de las dichas manos. Algo muy parecido á esto entendió mi docto amigo el Sr. Puyol y Alonso al escribir sus interesantes notas para *La pícara Justina*, edición de los Bibliófilos Madrileños (1912), tomo III, pág. 187.

7 Entero el refrán, dice: *Regostóse la vieja á los bledos; ni dejó verdes ni secos.*

10 *Y hala*, enmendó Hartzenbusch.

14 Sobre *tus, tus*, quedó nota en el cap. XXXIII (VI, 296, 12).

no, por la fe de hombre de bien que habéis de ver para lo que nacistes!

Parecieron, en esto, que por el patio venían, hasta seis dueñas en procesión, una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo:

—Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, ¡eso no! Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buídas; atenázenme los brazos con tenazas de fuego; que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas no lo consentiré, si me llevase el diablo.

1 Olvidado de su papel Radamanto, jura *por la fe de hombre de bien,* como acostumbraba cuando bebía y charlaba con sus amigos.

8 Recuerda D. Julio Monreal, en uno de los sabrosos artículos que por los años de 1879 publicaba en *La Ilustración Española y Americana,* en el intitulado *La gala de la hermosura,* que en el tiempo de Cervantes las damas se preciaban "de tener las manos blancas y largas; de modo, que no se apetecía, como hoy, tenerlas pequeñas, sino presentarlas adelgazadas y estiradas..." Y trae á cuento á Melibea, que tenía las manos *con dedos largos* y uñas rosadas, y á Virués, que en el canto II de su *Monserrate* dice del solitario á quien tentaba el demonio:

> Ya entre las suyas toma aquellas manos
> Blancas, largas, suaves, delicadas...

Rompió también el silencio don Quijote, diciendo á Sancho:

—Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados y resucites los muertos.

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia.

—¡Menos cortesía; menos mudas, señora dueña—dijo Sancho—; que por Dios que traéis las manos oliendo á vinagrillo!

Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de

13 De las *mudas* quedó dicho lo bastante en nota del cap. XX de la primera parte (II, 140, 12).

15 Uno de los menjurges de las mil suertes de ellos que usaban las mujeres, y especialmente las que habían perdido el lustre natural de la juventud, era el *vinagrillo* con que se lavaban, y que solía componerse de este líquido, huevos, limas y miel. Melchor Zapata, en su entremés intitulado *Nada entre dos platos*, apud *Flor de entremeses de diferentes autores* (1657), pág. 106 de la edición de Madrid, 1903:

D. Lucas. Mas lo que saca el blanco de los tuétanos
(¡Atención, marinegras jalbegadas!)
Es cardenillo, miel, hieles de vaca,
Pan de almendras amargas y mostaza,
Y jabón de Valencia bien rallado;

los alfileres; y así, se levantó de la silla, al parecer, mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo:

—¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!

En esto, Altisidora, que debía de estar cansada, por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz, dijeron:

—¡Viva es Altisidora! ¡Altisidora vive!

Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se había alcanzado el intento que se procuraba.

Así como don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole:

—Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado á dar por el desencanto de Dulcinea. Ahora, digo, que es el tiempo don-

---

No de Chipre; que dicen que es salado.
¿Y vuestedes?

LEONOR. Nosotras con *vinagre*
Y otras zarandajillas.

D. LUCAS. No lo apruebo;
Que aunque las manos andan como leche,
Me huelen á pepino en escabeche.

20 *No que*, como otras veces, y últimamente en el capítulo anterior (237, 2).

de tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera.

Á lo que respondió Sancho:

—Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. Bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes. No tienen más que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme: si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda.

11 Se llama figuradamente *la vaca de la boda,* como dice el léxico de la Academia, á la "persona que sirve de diversión á los que concurren á una boda, ó que hace los gastos de ella, y á la persona á quien todos acuden en sus urgencias"; pero también á quien sirve de diversión á otros en cualquiera parte. Asimismo se llama á eso *ser la vaca,* ó *hacer la vaca,* y díjose por la antigua costumbre aldeana de celebrar las bodas con festejos rústicos, entre los cuales rara vez faltaba el no menos arriesgado que divertido de capear una vaca topona.

13 La frase figurada y familiar *Echarlo todo á doce,* ó *á trece, aunque no se venda,* ó *aunque nunca se venda,* ocurrió en el cap. XXV de la primera parte (II, 317, 8), en donde queda nota. D. José M.ª Sbarbi, de ordinario tan despierto en todo lo tocante á curiosear por los misteriosos rinconcillos del habla del vulgo, dormitó, y aun se echó á soñar, cuando trató de las frases figuradas referentes á números. Para él, así como *tomar las once* significó *beber el aguardiente,* porque esta palabra tiene *once* letras, *echarlo todo á doce* "vale tanto como resolverlo en el terreno del *desbarajuste,* ó de la *vociferación*", porque tienen *doce* letras estas palabras. Y es lo peor que aún quedan aficionados á estos delirios.

Ya, en esto, se había sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas, y las voces de todos, que aclamaban:

—¡Viva Altisidora! ¡Altisidora viva!

Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con don Quijote y Sancho, fueron á recebir á Altisidora, y á bajarla del túmulo; la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques y á los reyes, y mirando de través á don Quijote, le dijo:

—Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, más de mil años; y á ti ¡oh el más compasivo escudero que contiene el orbe! te agradezco la vida que poseo. Dispón desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para ti; y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias.

Besóle por ello las manos Sancho, con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra; que las quería llevar á su tierra, por señal y memoria de aquel

18 *Mandar*, en su acepción de *prometer*, como en otros lugares (I, 179, 5; V, 187, 12; VI, 135, 12 y 260, 18).

nunca visto suceso. La Duquesa respondió que sí dejarían; que ya sabía él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á don Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.

2 *Que sí dejarían*, omitido el pronombre con que lo diríamos ahora (*que sí le dejarían*), como en otros lugares (V, 139, 5; VII, 195, 14; 324, 19 y 336, 10, etc.).

CAPITULO LXX

QUE SIGUE AL SESENTA Y NUEVE, Y TRATA DE COSAS NO EXCUSADAS PARA LA CLARIDAD DESTA HISTORIA.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola, en el mesmo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenía presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo:

2 La edición príncipe por errata, y todas las demás por descuido, dicen *al de sesenta y nueve*.

6 *Carriola* es "cama baja, ó tarima con ruedas", según el *Diccionario* de la Academia.

—¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado.

—Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera—respondió Sancho—, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar; con todo esto, suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

—Duerme, Sancho amigo—respondió don Quijote—, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas.

—Ningún dolor—replicó Sancho—llegó á la

9 En la edición príncipe, *cuanto quisiera*, sin duda por errata.

afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir; porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.

—Sea así—dijo don Quijote—, y Dios te acompañe.

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida; y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el Caballero de los Espejos fué vencido y derribado por don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo

5 Muchos editores, siguiendo á la edición príncipe, han leído *despiertas*. Paréceme errata por *despiertos*, como insinuó Pellicer y enmendaron Hartzenbusch y Fitzmaurice-Kelly.

15 Atinadamente repara Clemencín que así dicho, parece que se trata del *vencimiento y caída* de D. Quijote, cuando el vencido y derribado fué el Caballero de los Espejos. Habríase evitado esta anfibología diciendo: *vencimiento y caída que borraron y deshicieron todos sus designios...*

todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote. Llegó, pues, al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le había hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que había de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, dió cuenta de la burla que Sancho había hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la Duquesa su mujer había dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de don Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase, y le venciese ó no, se volviese por allí, á darle cuenta del suceso. Hízolo así el Bachiller; partióse en su busca; no le halló en Zaragoza; pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo, con las condiciones

14 *En fin, dió cuenta..., dándole á entender... y como la Duquesa su mujer había dado á entender...*, todo ello en cinco renglones. ¡Para que creamos que Cervantes limaba sus escritos!

de la batalla, y que ya don Quijote volvía á cumplir, como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea. en el cual tiempo podía ser, dijo el Bachiller, que sanase de su locura; que ésta era la intención que le había movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á don Quijote, que tras él venía. De aquí tomó ocasión el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote; y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podría volver don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que había de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos había bien

3 *Retirarse en*: uno de los muchos casos en que sirve *en* por *á* (II, 182, 15; IV, 48, 8 y 77, 5; VI, 152, 3, etc.), así como suele servir esta preposición por aquélla (I, 107, 3; II, 182, 15; III, 274, 6; VI, 217, 10 y 219, 15, etc.).

poca diferencia. Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos tontos. Los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el día, y la gana de levantarse; que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á don Quijote.

Altisidora (en la opinión de don Quijote, vuelta de muerte á vida), siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía, y vestida una tunicela de tafetán blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de don Quijote; con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla, junto á su cabecera, y después de ha-

6 *Durmiendo á sueño suelto,* como en el cap. XXXVII de la primera parte (III, 301, 10).

7 *Los cuales... les tomó el día... Los* por *á los,* como en algún otro lugar (VII, 161, 14), y como *el* por *al* en muchos (III, 210, 12; V, 40, 8 y 301, 6; VI, 128, 7; 174, 26 y 282, 5).

ber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada, le dijo:

—Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una déstas, apretada, vencida y enamorada; pero, con todo esto, sufrida y honesta; tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida. Dos días ha que por la consideración del rigor con que me has tratado,

¡Oh más duro que mármol á mis quejas,

empedernido caballero! he estado muerta, ó, á lo menos, juzgada por tal de los que me han visto; y si no fuera porque el Amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

—Bien pudiera el Amor—dijo Sancho—de-

5 Repara Clemencín que "el régimen pide en rigor que se diga *para que rompa*". Todavía á estas alturas (y está tocando á su fin la novela) no se había catado Clemencín que á las veces *que* significa *para que* (II, 150, 16 y 267, 17; VII, 145, 17; 158, 17 y 312, 10, etc.).

15 Este conocidísimo verso de la égloga primera de Garcilaso está como prosa en la edición príncipe, á renglón corrido con lo anterior y lo siguiente.

positarlos en los de mi asno; que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo: ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? Porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

—La verdad que os diga—respondió Altisidora—, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél, aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas; en las cuales tenían unas palas de fuego; y lo que más me admiró fué que les servían, en

9 Así, con el *de*, en la edición príncipe, cosa que no echaron de ver los continuadores de Cortejón.

11 *Una por una*, modo adverbial que ha ocurrido en otros lugares (II, 302, 5; III, 122, 16; V, 165, 19; VI, 182, 17; VIII, 180, 1 y 196, 17).

15 Sobre las *valonas* quedó nota en el cap. XVIII de esta segunda parte (V, 325, 15).

19 Sobre hacer parecer muy largas las manos, recuérdese cierta nota del capítulo anterior (257, 8). Cervantes da á entender, ó que en el infierno ¡tan mala solía ser! tomaban la moda corriente en el mundo, ó, lo que más creo, que de allá venían las modas que por acá se estilaban.

lugar de pelotas, libros, al parecer, llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que, siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían.

—Eso no es maravilla—respondió Sancho—; porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

—Así debe de ser—respondió Altisidora—; mas hay otra cosa que también me admira (quiero decir que me admiró entonces), y fué que al primer voleo, no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez; y así, menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. Á uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: "—Mirad qué libro es ése." Y el diablo le respondió: "—Ésta es la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él

3 Clemencín halla contradicción "entre estas dos expresiones que salen de una misma boca, en un mismo período": *y lo que más me admiró fué...; pero esto no me admiró tanto como el ver...* No hay tal contradicción, sino la figura que llaman *corrección* los retóricos.

14 Los continuadores de Cortejón, *boleo,* como si tal palabra se originase de *bola,* y no de *volar.*

dice ser natural de Tordesillas." "—Quitádmele de ahí—respondió el otro diablo—, y metedle en los abismos del infierno: no le vean más mis ojos." "—¿Tan malo es?—respondió el otro." "—Tan malo—replicó el primero—, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara." Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar á don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

—Visión debió de ser, sin duda—dijo don Quijote—, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano; pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de don Quijote, cuando le dijo don Quijote:

---

16 *Dar del pie,* ó *con el pie,* en señal de desprecio. Una copla vulgar (*Cantos populares españoles,* núm. 6.628):

No hay quien se arrime al caído,
Ni quien la mano le dé;
Que como lo ven caído,
Todos *le dan con el pie.*

—Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados: yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados (si los hubiera) me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es éste para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo:

—¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el lito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

—Eso creo yo muy bien—dijo Sancho—; que esto de morirse los enamorados es cosa de

14 Este es el *don* despectivo que ha ocurrido en otros lugares (II, 226, 14; IV, 162, 11; V, 306, 14; VI, 328, 21), en donde queda nota.

risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas.

Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta que había cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á don Quijote, dijo:

—Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos días que le soy muy aficionado, así por su fama como por sus hazañas.

Don Quijote le respondió:

—Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos.

El mozo respondió que era el músico y panegírico de la noche antes.

—Por cierto—replicó don Quijote—, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?

—No se maraville vuesa merced deso—respondió el músico—; que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere,

---

2 *Créalo Judas* parece, como dice Clemencín, traducción macarrónica del *credat judaeos Apella* de Horacio.

15 *Panegírico,* usado en la acepción de *panegirista.*

24 El hurtar unos poetas de otros se había hecho tan corriente en los siglos XVI y XVII, que ni por pecado ve-

venga ó no venga á pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten ó escriban que no se atribuya á licencia poética.

Responder quisiera don Quijote; pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo día, pues á los vencidos caballeros, como él, más les convenía habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. Él le respondió:

—Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo

---

nial se tenía el tomar de ajeno cercado lo que habían menester para *sus* composiciones. Así dijo Lope de Vega, en uno de los sonetos que publicó bajo el seudónimo de *el licenciado Burguillos*:

Por no tener dineros, no he comprado
¡Oh amor cruel! ni manta ni manteo;
Tan vivo me derrienga mi deseo,
"En la concha de Venus amarrado."
De Garcilaso es este verso, Juana.
Todos hurtan: ¡paciencia!...

6 "*Pasaron* está mal por *pasó*", observa Clemencín, por no haber echado de ver que este *pasar* equivale á *tener* ó *sostener*, aquí como en otros lugares (I, 180, 8; III, 133, 7; IV, 68, 8; V, 63, 2; 247, 4 y 324, 18; VI, 304, 10, etc.).

remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano; que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginación la imagen ó imágines de lo que bien quiere; y ésta es la verdad, éste mi parecer y éste es mi consejo.

—Y el mío—añadió Sancho—, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mí óislo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos.

—Vos decís muy bien, Sancho—dijo la Duquesa—, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo.

---

6 *Imágines,* que algún editor, Máinez, por ejemplo, enmendó por *imágenes,* pero que en el tiempo de Cervantes se decía como se estampó aquí y en otros pasajes (IV, 98, 9; 206, 6; VI, 213, 15).

8 Es el mismo consejo que había dado á Altisidora en el romance del cap. XLVI (VII, 175, 7):

Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias.

15 Sobre la voz *óislo* quedó nota en el cap. VII de la primera parte (I, 187, 9).

—No hay para qué, señora—respondió Altisidora—, usar dese remedio, pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco me le borrarán de la memoria, sin otro artificio alguno. Y con licencia de vuestra grandeza, me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

—Eso me parece—dijo el Duque—á lo que suele decirse:

Porque aquel que dice injurias,
Cerca está de perdonar.

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento.

—Mándote yo—dijo Sancho—, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina. ¡Á fee que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara!

Acabóse la plática, vistióse don Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

---

11 Así en la edición príncipe, salvo que no pone partida en dos versos esta sentencia, sino á renglón tirado, como prosa. La Academia (1780 y 1819), Clemencín, Hartzenbusch, Máinez y otros, leyeron malamente *que* en lugar de *porque*. Pellicer fué el primero que cayó en la cuenta de que se trataba de dos versos que solían decirse por el vulgo, y los hizo estampar como tales.

20 *Otro gallo te cantara*, es decir, *otra mejor suerte sería la tuya.*

CAPITULO LXXI

DE LO QUE Á DON QUIJOTE LE SUCEDIÓ CON SU ESCUDERO SANCHO YENDO Á SU ALDEA.

Iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento; y la alegría, el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resureción de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque

---

5 *Además,* en su acepción de *excesivamente* ó *en demasía,* como en otros lugares (II, 94, 15 y 182, 4; V, 65, 5 y 199, 5; VI, 90, 13 y 260, 24; VII, 89, 19, etc.).

7 *Considerar* equivale aquí á *meditar.*

8 Las ediciones modernas, *resurrección.* Cervantes lo escribió á lo popular: *resurreción* ha poco (256, 6), y *resureción* ahora, tal como aún lo dice el vulgo en Andalucía y en otras regiones de España.

11 En la edición príncipe, *No iba nada Sancho alegre,* á todas luces por errata, y no por voluntaria transposición, como creyó Clemencín, comparando esta frase con un pasaje mal leído del cap. XXII de la primera parte, en donde quedó nota (II, 212, 22).

le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo:

—En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto á tal que si me traen á las manos otro algún enfermo, que antes que le cure, me han de untar las mías; que el abad de donde

10 Para el léxico de la Academia, *cantusar* significa *engatusar;* y *engatusar* (de *engatar*), *encantusar;* y *encantusar* (de *engatusar*), "ganar la voluntad de uno con halagos para conseguir de él alguna cosa", así como *engatar,* "engañar halagando". Pero pues estas acepciones no se avienen bien con el significado que puede y debe tener el *cátalo cantusado* del texto, ni tampoco nos soluciona el caso la equivalencia con *despachado* ó *concluído,* que apuntó Clemencín, ni, por otra parte, pasa de ser conjetural la explicación de algún comentador que interpreta la frase del texto por "y hételo muy satisfecho [al médico], como quien ha dicho su ensalmo correspondiente", será bueno esperar á que nos saque de apuros el *Diccionario del Quijote,* de Cortejón. Y si no acertare á sacarnos, ó no saliere á luz, que todo es posible, también lo es que tenga yo algo que decir sobre este empecatado *cantusar,* que, por cierto, no es ni pariente lejano de *engatusar.*

15 Sobre *untar* quedó nota en el cap. XXII de la primera parte (II, 205, 6).

canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis.

—Tú tienes razón, Sancho amigo—respondió don Quijote—, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data,* que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.

Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo:

—Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dí-

3 *De vobis, vobis,* había dicho el mismo Sancho en el cap. XXX de la primera parte (III, 119, 15), en donde queda nota.

game vuesa merced: ¿cuánto me dará por cada azote que me diere?

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho—respondió don Quijote—, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte; toma tú el tiento á lo que llevas mío, y pon el precio á cada azote.

—Ellos—respondió Sancho—son tres mil y trecientos y tantos; dellos me he dado hasta cinco: quedan los demás; entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno (que no llevaré menos si todo el mundo mè lo mandase),

---

5 En el habla familiar celebrábase *el tesoro de Venecia* como el *non plus ultra* de la riqueza. Lope de Vega, en el acto II de *La esclava de su galán*:

ALBERTO. Por virtuosa la vendo;
Que á haber sido lo contrario,
No era precio para ella
El tesoro veneciano.

6 También era usadísimo, y todavía sigue siéndolo, el mentar por encarecimiento de riqueza *las minas de Potosí*, ó *del Potosí*. Una copla vulgar (*Cantos populares españoles*, núm. 1.832):

Diera yo porque me dieras
De tu linda boca el *sí*
Las alfombras de Turquía
Y el oro del Potosí.

Pero el espléndido y amante cantor no sabía bien lo que estaba dispuesto á dar por el *sí* de la amada: las minas de Potosí son de plata, y no de oro. Igualmente se dice, extremando las comparaciones: *Vale más que el Potosí; vale más que el Perú.* Ó bien *vale un Perú; vale un Potosí.*

montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado; porque no se toman truchas..., y no digo más.

—¡Oh Sancho bendito! ¡Oh Sancho amable —respondió don Quijote—, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los días que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento, felicísimo triunfo. Y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina; que porque la abrevies, te añado cien reales.

—¿Cuándo? —replicó Sancho—. Esta no-

8 ¡Diestro de verdad estaba Sancho en la reducción de cuartillos á reales! Con esta prontitud habría hecho Cervantes sus cuentas, centenares de veces, los años que anduvo en dares y tomares con proveedores, alcaldes, alguaciles, harrieros, molineros, etc.

11 *No se toman,* ó *no se pescan, truchas á bragas enjutas,* dice el refrán que apunta Sancho, y que viene á expresar lo que este otro: "Quien peces quiere, mojarse tiene."

che, sin falta. Procure vuesa merced que la tengamos en el campo, á cielo abierto; que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho; el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró

9 Hartzenbusch, creyendo incompleta la expresión, enmendóla así: *que jamás ajustan con el tiempo la cuenta de sus deseos;* y consiguientemente dijo en *Las 1633 notas*: "Jamás la ajustan *con el tiempo*, ó *con el reloj*, medida de él: ha de faltar algo aquí." A mi ver, nada falta: *ajustar la cuenta* es *hacerla justa y cabal; satisfacerla, cumplirla, saldarla.*

11 Repara Clemencín que "la calidad de *amenos* se aplica mal á los árboles. Éstos—dice—pueden ser *frondosos; amenos* son los campos y los prados". Y Hartzenbusch, que siguió más de lo conveniente las huellas de Clemencín, hizo estampar *lozanos*, en lugar de *amenos*. Fueran con el cuento entrambos cervantistas al bachiller Francisco de la Torre; que éste les traería á la memoria aquellos sus versos:

> Las hermanas bellísimas llorando,
> En *árboles amenos* convertidas.

hasta veinte pasos de su amo, entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo:

—Mira, amigo, que no te hagas pedazos: da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado. Y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré desde aparte, contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas —respondió Sancho—: yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela; que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el corcel, comenzó á darse, y comenzó don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecía cada azote de aquéllos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

—Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes

—le dijo don Quijote—; que yo doblo la parada del precio.

—Dese modo—dijo Sancho—, ¡á la mano de Dios, y lluevan azotes!

Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:

—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio; que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo; que no se ganó Zamora en un hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora; que el asno (hablando á lo grosero) sufre la carga; mas no la sobrecarga.

—No, no, señor —respondió Sancho—: no se ha de decir por mí: "á dineros pagados, brazos quebrados." Apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera;

---

9 *De que se le acabase*, diríamos hoy. Ocurre aquí una vez más el *no* redundante que se usaba, no sólo con los verbos que denotan temor, sino también, como dije en otro lugar (VI, 178, 18), con todos los verbos y frases subordinantes que llevan implícita la idea de temer.

que á dos levadas déstas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.

—Pues tú te hallas con tan buena disposición —dijo don Quijote—, el cielo te ayude, y pégate; que yo me aparto.

Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo:

—¡Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son!

Acudió don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho á Sancho, le dijo:

—No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura; que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos.

—Pues vuesa merced, señor mío, lo quiere así —respondió Sancho—, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas,

11 En Andalucía he oído decir: "¡Aquí morirá Sansón con todos los filisteos!"

que estoy sudando, y no querría resfriarme; que los nuevos diciplinantes corren este peligro.

Hízolo así don Quijote, y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin, por entonces, en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servían de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usan en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuan-

4 El modo adverbial *en pelota* ha ocurrido en otros lugares (II, 228, 14 y VII, 327, 3), en donde queda explicado.

14 Con los *guadamecíes* ó *guadameciles*, cueros adornados de pinturas ó relieves, ó de entrambas cosas, se cubrían las paredes en el verano, especialmente en Andalucía; mas durante el invierno eran sustituídos por tapices. Góngora, en uno de sus romances:

> Sus piezas en el invierno
> Vistió *flamenco tapiz*,
> Y en el verano sus piezas,
> *Andaluz guadameci*.

Pero los tapices eran cosa cara para pobres, y éstos usaban en su lugar, y en todo tiempo, las sargas, especie de jergas, representando figuras ó paisajes, pintados ó bordados.

do el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar, sobre una fragata ó bergantín, se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarrón; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote, dijo:

—Estas dos señoras fueron desdichadísimas, por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya; pues si yo encontrara á aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruída, pues con sólo que yo matara á Paris se excusaran tantas desgracias.

—Yo apostaré—dijo Sancho—que antes de

---

1 Dicho así, quien no conozca este lance mitológico pensará que el atrevido huésped (Paris) robó á Elena, *para llevársela á Menelao*. Y no fué esto, sino que la hurtó á Menelao, su marido.

15 Las palabras *pues si yo* faltan en la edición príncipe y en todas las antiguas. Las suplió por primera vez Pedro Pineda, corrector de la edición de Tonson (1738). El cajista de la original, compuesta la palabra *suya*, creería haber compuesto el *si yo*, y á esto probablemente se debería la falta. Los continuadores del Sr. Cortejón no la han suplido, por respetar el primitivo texto; pero así, fuerza es confesar que no hace sentido el pasaje.

mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas. Pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á éstas.

3 "Tal pronóstico—decía mi ilustre amigo *el Doctor Thebussem,* decano de nuestros cervantistas, en la *Sexta epístola droapiana* (1867), reimpresa en su *Segunda ración de artículos* (Madrid, 1894)—ha traspasado los límites que le puso el buen Sancho Panza. Si los magnates y los artistas han tenido en las exposiciones lienzos con molduras de oro donde admirar las aventuras del héroe manchego, el pueblo también ha disfrutado, en diversa escala, de semejante beneficio. En las cubiertas de las cajillas de tabaco, en las de fósforos, en los libritos de papel de fumar y en los abanicos de *calaña,* se hallan abigarrados muñecos que quieren parecerse al *Ingenioso Hidalgo;* se ve el retrato de Cervantes, de desconocido autor, que, sin duda por haberle oído llamar *manco,* nos lo pinta con su brazo izquierdo cortado á cercén y convertido en zoquete; se ve la aventura de los molinos de viento acometida por don Quijote apeado del Rocinante..." En la exposición celebrada ha ocho años en la Biblioteca Nacional para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote,* lucieron muchos y muy diversos cuadros, dibujos y estampas, y con ellos, una magnífica colección de tapices del Real Patrimonio de la Corona, otra de la propiedad particular de S. M. el Rey y de sus augustas hermanas, y otras, en fin, de la Sra. Duquesa de Fernán Núñez y del Sr. Marqués de Perales, cuyos fotograbados puede ver el curioso lector en el *Catálogo* de la dicha Exposición. Con todo esto, nada, en lo iconográfico, puede dar tan cabal idea de la celebridad que alcanzaron el inmortal hidalgo y su escudero como la lectura de la sección correspondiente en la *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra,* debida á D. Leopoldo Ríus (tomo III, págs. 508-552), y cuenta que aún se puede enriquecer muchísimo tal sección. Pero como entre todo lo conocido hasta hoy yo echase menos alguna particularidad de que bus-

—Tienes razón, Sancho —dijo don Quijote—, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda; que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: "Lo que saliere"; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: "Éste es gallo", porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido; que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleón, el cual respondía de repente

caba noticias, preguntábame: "¿Cómo D. Quijote y Sancho pudieron no trabar conocimiento y amistad perdurable con la popularísima loza de Talavera?" Y la casualidad me ha respondido satisfactoriamente ha tres semanas: mis amigos los notables ceramistas señores Luna y Guijo han hallado, y reproducirán para los curiosos, un viejo plato de Talavera que representa una escena del *Quijote*: aquella del cap. XXV de la primera parte (II, 321, 3), en que don Quijote, partiendo Sancho con un mensaje para Dulcinea, "quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas, que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante..."

7 Cervantes se olvidó aquí de que ya había contado en otro lugar (V, 76, 5) esta anecdotilla del pintor Orbaneja.

13 De *Mauleón* hay algunas noticias en mi libro intitulado *El "Quijote" y Don Quijote en América* (Madrid, 1911), pág. 57, y en la edición crítica de *El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros*, de D. Agustín G. de Amezúa (Madrid, 1912), pág. 469.

á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno que qué quería decir *Deum de Deo,* respondió: "Dé donde diere". Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado, ó al cielo abierto.

—Pardiez, señor—respondió Sancho—, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo —respondió don Quijote—, sino que para que tomes fuerzas, lo hemos de guardar para nuestra aldea, que, á lo más tarde, llegaremos allá después de mañana.

Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel ne-

---

3 Rius, en su citada *Bibliografía crítica* (tomo III, pág. 9), creyó "reminiscencia del *Quijote*" este pasaje de Calderón (*La banda y la flor,* jorn. I):

> Ponleví. ...Y yo, por obedecerle,
> Hablo así, *Deum de Deo,*
> Es decir, *dé donde diere.*

No es de fe que haya tal reminiscencia: la festiva traducción macarrónica de esas palabras del credo era vulgar en el tiempo de Cervantes, como aquella otra de *necessitas caret lege,* de que se originó el decir que *la necesidad tiene cara de hereje.*

17 *Después de mañana,* equivalente á *pasado mañana.*

gocio, á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro; y á Dios rogando, y con el mazo dando, y que más valía un "toma" que dos "te daré", y el pájaro en la mano que el buitre volando.

—No más refranes, Sancho, por un solo Dios —dijo don Quijote—; que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es esta mía —respondió Sancho—, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me emendaré, si pudiere.

Y con esto, cesó, por entonces, su plática.

2 *Estar picado el molino,* frase figurada y familiar no incluída en el *Diccionario* de la Academia, "dícese—según Correas, *Vocabulario de refranes...*, pág. 534 *b*)—de los que tienen buena gana de comer, y de los que están bien dispuestos y ganosos de hacer algo".

3 *En la tardanza dicen que suele estar el peligro,* había dicho D. Quijote en el cap. XXIX de la primera parte (III, 92, 1).

CAPÍTULO LXXII

DE COMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON Á SU ALDEA.

Todo aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante á caballo, con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, le dijo á Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser —respondió Sancho—. De-

jémosle apear; que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre?

Y don Quijote le respondió:

—Á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced, ¿dónde camina?

—Yo, señor —respondió el caballero—, voy á Granada, que es mi patria.

—¡Y buena patria! —replicó don Quijote—. Pero dígame vuesa merced, por cortesía, su

9 Clemencín nota "que en esta entrevista de don Quijote paseándose en el portal con D. Álvaro, mientras se disponía la comida, quiso Cervantes aludir á la que tuvieron los mismos en la Argamasilla, según Avellaneda". Antes que Clemencín había caído en ello el benemérito Bowle, y citado el pasaje correspondiente, que es del capítulo I, fol. 6 de la edición original: "Don Quixote se fue a su casa con el cauallero que le cupo en suerte... Entretanto que la cena se aparejaua començaron a passearse el cauallero y don Quixote por el patio, que estaua fresco...; a lo qual respondió el cauallero que se llamaua don Aluaro Tarfe..."

nombre; porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe—respondió el huésped.

Á lo que replicó don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha,* recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó, á lo menos, le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Álva-

17 Bowle, en sus notas á este capítulo, va ilustrando con textos del *Quijote* de Avellaneda cuantas alusiones se hacen á esta novela. No los copiaré, como otros hicieron, por ahorrar espacio.

19 *De que le palmease,* diríamos hoy, suprimiendo el *no* redundante que se usaba con los verbos de privación, uno de los cuales es *quitar* (III, 215, 9; 250, 20 y 251. 7; IV, 311, 13; V, 89, 11; 105, 10; 308, 22; VI, 164, 18 y 259, 16, etc.).

ro, ¿parezco yo en algo á ese tal don Quijote que vuesa merced dice?

—No, por cierto —respondió el huésped—: en ninguna manera.

—Y ese don Quijote —dijo el nuestro—, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía —respondió don Álvaro—; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien —dijo á esta sazón Sancho—, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí, por lo menos, un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el

15 *Frión*, aumentativo de *frío*. Cervantes lo usó alguna otra vez, por ejemplo, en su comedia *La Entretenida*.

22 De Sancho puede decirse en frase vulgar que *se le había muerto su abuela*, cuando tanto se alababa por su misma boca.

tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Por Dios que lo creo —respondió don Álvaro—, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á don Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.

2 Llámale *el matador de las doncellas,* porque se enamoraban de él y las mataba á puros desdenes, tal como aparentemente mató á Altisidora.

19 Así llamaban á la casa de orates de aquella imperial ciudad, porque fundó tal establecimiento, á fines del siglo XV, un canónigo de Toledo y Nuncio Apostólico nombrado D. Francisco Ortiz. También solían llamar á este hospital *el Nuncio,* á secas, y por las celdas ó jaulas en que se tenía á ciertos dementes, *los alberguillos de Toledo.*

—Yo—dijo don Quijote—no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aun-

10 *Pasar de claro* una cosa, locución que falta en el léxico de la Academia, significa *pasarla de parte á parte, de lumbre á lumbre, de claro en claro,* como se dice en el capítulo I de la primera parte (I, 56, 11), en donde quedó nota; mas aquí está usado figuradamente, en la acepción de sin detenerse ni torcer el camino; vía recta.

14 El Sr. Givanel, en sus notas al tomo VI del *Quijote* de Cortejón, recuerda oportunamente, al llegar á este punto, un pasaje de *Las dos doncellas.* No menos que éste concuerda con lo de *archivo de la cortesía* aquel otro de *Persiles y Sigismunda,* libro III, cap. XII: "...*los corteses catalanes,* gente, enojada, terrible; pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible á la señora Ambrosia Agustina..." Nobleza obliga: Cataluña ha correspondido muy bien á los elogios de Cervantes, y, de seguro, á ninguna otra tierra irá en zaga en la conmemoración, ya próxima, del tercer centenario de la muerte del Príncipe de los Ingenios Españoles.

que los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro—, puesto que cause admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda—dijo Sancho—que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en

26 *Su... de vuesa merced,* como en otros pasajes (II. 298, 6 y III, 151, 6). Pineda estampó *el,* en lugar de *su,*

darme otros tres mil y tantos azotes, como me doy por ella; que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes—dijo don Álvaro.

Y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría, si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que á su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía á don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de don Quijote de la Mancha,* compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la

---

en la edición de Tonson, sin echar de ver que era corriente el uso de este *su... de,* lo mismo refiriéndolo á segunda que á tercera persona (II, 119, 7 y 275, 4; III, 119, 10 y 135, 16; IV, 105, 1; V, 195, 4 y 223, 16, etc.).

8 Sobre *ir camino* recuérdense las notas que quedan en otros lugares (I, 200, 6 y IV, 151, 8).

19 No es éste el título del *Quijote* de Avellaneda, sino el que copié en nota de la dedicatoria de la segunda parte (V, 10, 9).

declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo, que desengañó á don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de don Quijote, y el otro el que había de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su vencimiento y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo

2 Advierte Clemencín: "*Debían,* por *debía*", y Hartzenbusch, obediente, enmienda *debía.* La locución es elíptica, y está el plural muy bien usado: *la declaración se hizo con todas las fuerzas que* (*con que,* V, 206, 7) *debían hacerse* [*tales declaraciones*].

7 *Muchas de cortesías,* con el mismo *de* redundante que hemos notado en otros lugares; *demasiado de bien* (II, 308, 7), *asaz de pedradas* (IV, 167, 6), *demasiadamente de remisos* (VI, 285, 1), etc.

puso en nueva admiración á don Álvaro, el cual, abrazando á don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, á costa de la corteza de los hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente.

Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobremodo, y esperaba el día, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á recono-

22 *Sobremodo,* por *sobremanera,* como otras veces (VI, 93, 15 y VII, 173, 16).

25 *Que no fuese,* diríamos hoy, como advierte Clemencín. Es un ejemplo más del uso del pretérito imperfecto

cer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín. Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo:

—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate desas sandeces—dijo don Quijote—, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron á su pueblo.

---

de indicativo en lugar del de subjuntivo (I, 270, 8; II, 9, 1; III, 65, 7; 179, 6 y 200, 6, etc.).

15 Con estas palabras empezó Sancho la carta dirigida á su mujer (VII, 11, 3), y allí queda nota acerca de ellas.

17 *Entrar con pie derecho* es, como dice el léxico de la Academia, "empezar á dar acertadamente los primeros pasos en un negocio". También se dice *entrar con buen pie*, que es el derecho, y todo ello equivale á *comenzar con buen agüero una empresa*.

CAPÍTULO LXXIII

DE LOS AGÜEROS QUE TUVO DON QUIJOTE AL ENTRAR DE SU ALDEA, CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRANDE HISTORIA.

Á la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vió don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses, Periquillo; que no la has de ver en todos los días de tu vida.

Oyólo don Quijote, y dijo á Sancho:

—¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: "no la has de ver en todos los días de tu vida"?

---

6 *Á la entrada del cual,* refiriéndose á las palabras *su pueblo,* últimas del capítulo anterior; enlace parecido al del comienzo de los capítulos IV y VI de la primera parte con la frase final de los inmediatamente anteriores. Recuérdense las notas que quedaron en estos lugares (I, III, 4 y 147, 5).

—Pues bien, ¿qué importa—respondió Sancho—que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? —replicó don Quijote—. ¿No vees tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea?

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino á recoger y á agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á don Quijote, el cual estaba diciendo:

—*Malum signum! Malum signum!* Liebre huye; galgos la siguen: ¡Dulcinea no parece!

—Extraño es vuesa merced —dijo Sancho—; presupongamos que esta liebre es Dul-

14 Esta frase latina — observa Clemencín — "parece expresión de médico para calificar los síntomas que advierte en sus enfermos". De médico y de tratadista de Medicina: ya Bowle, echándolo de ver, había copiado algunas palabras de Avicena: "*Si non videt infirmus et non audit est* SIGNUM MALUM."

15 Aunque no fuese seguida de galgos, el hallazgo de una liebre teníase, y se tiene aún hoy, por mal agüero. En la *Tercera parte de la Floresta española...*, de Francisco Asensio (Madrid, Viuda de Juan García Infanzón, 1751), pág. 165, hay un cuentecillo de un labrador muy supersticioso que mandó al criado que cuando fuese al monte por leña, "si veía una liebre, se volviese á casa sin hacer nada, porque era señal de mal agüero; pero que si acaso viese lobo, prosiguiese su camino; que éste es animal que pronostica buena ventura..."

cinea del Toboso y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho "no la verás más en toda tu vida" que él había tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á don Quijote, diciendo:

—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño. Y si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome á entender que eran tontos todos

26 En efecto, había dicho D. Quijote en el cap. LVIII (VIII, 54, 6) que "el discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo".

aquellos cristianos que miraban en agüeros. Y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela don Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al Cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle también la coroza en la cabeza, que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo.

Fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decían unos á otros:

---

7 Rezando las horas canónicas, como clérigos que eran, si bien sólo de grados y corona el Bachiller (V, 67, 18).

21 Probablemente esto de los muchachos está escrito por reminiscencia del refrán que dice que *los criados son enemigos no excusados, ó enemigos pagados.*

—Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día.

Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del Cura y del Bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de don Quijote, y hallaron á la puerta della al Ama y á su sobrina, á quien ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís á pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa —respondió Sancho—; que

---

2 La comparación *más galán que Mingo* es popular, y quizás provino de las coplas de Mingo Revulgo, el del sayo de blao y el jubón bermejo, sabidísimas antaño.

3 Esto de *el asno de Sancho Panza* y *la bestia de don Quijote*, está dicho por donaire, jugando del doble sentido que suele dar á ciertas frases la preposición *de*, sobre lo cual quedó nota en el cap. I de la primera parte (I, 58, 4).

muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido —dijo Teresa—, y sean ganados por aquí ó por allí; que como quiera que los hayáis ganado, no habréis hecho usanza nueva en el mundo.

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo; que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á don Quijote en la suya, en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del Cura y del Bachiller.

---

2 A juicio de Clemencín, "según el propósito de Sancho, más bien debió decirse: *muchas veces donde no hay estacas hay tocinos*". D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado...* (pág. 251), contradice esta conjetura, afirmando que lo que Sancho quiere decir es "que muchas veces, donde hay esos indicios—los de venir de un gobierno (*estacas*)—, no suele haber ganancia ninguna que recoger (*tocinos*)", como, en efecto, le ha sucedido á él. Esta vez paréceme que está toda la razón de parte de Clemencín, y no de su objetante. Lo que Sancho quiso decir (y por donaire, como otras veces, trastrocó las palabras) fué que aunque venía *á pie y despeado*, y con más aspecto *de desgobernado que de gobernador*, no había que hacer caso de esa *apariencia de no haber tocinos*, porque—añade muy luego—*dineros traigo, que es lo que importa.*

12 *Esperar* una cosa *como el agua de Mayo*, es comparación popular que ocurrió en el cap. XLII (VII, 94, 2), en donde queda nota.

Don Quijote, sin guardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería, y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podía dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros; que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde. Díjole el Cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar *el pastor Quijotiz;* y el Bachiller, *el pastor Carrascón;* y el Cura, *el pastor Curambro;* y Sancho Panza, *el pastor Pancino.* Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías,

esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva intención, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio.

—Y más —dijo Sansón Carrasco—, que, como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que más es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde —respondió don Quijote—, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y, finalmente, sujeto so-

---

2 *Conceder*, significando *condescender*, como en otros lugares (V, 338, 17 y VI, 227, 19).

14 *Retular*, como *rétulo* en otras partes (I, 221, 8; V, 185, 9 y VIII, 141, 1).

20 Esto de nombrar las *riberas* en lugar de las *tierras* ó *comarcas* es muy propio de las novelas pastoriles. Fácil sería hallar ejemplos con que demostrarlo.

bre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.

—Así es verdad—dijo el Cura—; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen.

Á lo que añadió Sansón Carrasco:

—Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo: Fílidas, Amarilis, Dianas, Flérida, Galateas y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de *Anarda;* y si Francisca, la llamaré yo *Francenia;* y si Lucía, *Lucinda,* que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofadría, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de *Teresaina.*

Rióse don Quijote de la aplicación del nom-

10 De estos nombres, que, dos más ó menos, son los mismos que citó D. Quijote en el cap. XXV de la primera parte (II, 311, 2) hay mucho que decir, y cuento con poco espacio para ello.

18 Así, *cofadría,* en la edición príncipe. Los editores modernos, inclusive los continuadores de Cortejón, han leído, á lo de ahora, *cofradía.* ¿Por qué? ¿No se dijo y escribió, más etimológicamente, *cofadría,* y aun *cofradría?* ¿No está la voz *cofadre* en el *Tesoro* de Covarrubias, mientras que *cofrade* luce en él por su ausencia? Y ¿no se llama en este artículo *cafadría* á la hermandad? Pues

bre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto, se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su sobrina y el Ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote, y la Sobrina le dijo:

—¿Qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose

Pastorcillo, tú que vienes,
Pastorcico, tú que vas?

---

siendo esto así, ¿á qué estropear los vocablos á Cervantes, vistiéndolos á la moderna, aun en ediciones pomposamente llamadas *críticas?*

7 *Lo que fuese bueno,* es decir, *lo que estuviese bien: con regalarse moderadamente.*

18 Estos versos están estampados á renglón corrido, como prosa, en la edición príncipe y en todas las restantes, salvo la de Pellicer; bien que no fuese éste, sino Clemencín, quien citó el villancico á que aludía la sobrina de D. Quijote:

Pastorcico, tú que vienes
Donde mi señora está,
Di, ¿qué nuevas hay allá?

Pues en verdad que está ya duro el alcacel para zampoñas.

Á lo que añadió el Ama:

—Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto; que éste es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas. Aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo; que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

16 Del ama de D. Quijote hizo un caluroso elogio *el Doctor Thebussem* en su artículo intitulado *Album*, dirigido en 1905 á D. Luis Carmena, y reimpreso dos años después en su *Quinta (y última) ración de artículos*, pág. 254. "Ella merecía—dice, después de compararla con el áspero religioso de la casa de los Duques—, no los veinte ducados que le dejó su amo, sino veinte mil, si éste hubiera tenido caudal para tanto. Ella me ha mostrado el sendero de la parte de ventura que es posible conseguir en este mundo transitorio, donde, según Sancho Panza, apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De la boca del Ama salió el consejo más dulce, claro, sencillo, hermoso, verdadero y cristiano que en todo el *Quixote* se contiene, y que deberían aprovechar cuantos pudieran seguirlo. Por eso consagro veneración al Ama y contemplo todos los días con encanto y deleite el magnífico medallón de mármol, con su busto en relieve,

—Callad, hijas —les respondió don Quijote—; que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que, ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra.

Y las buenas hijas (que lo eran sin duda Ama y Sobrina), le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

---

de tamaño natural, debido al cincel de mi querido Pascal Miglioretti, y por eso mismo lleva grabadas en letras de oro las sublimes palabras de

"ESTÉSE EN SU CASA,
ATIENDA Á SU HACIENDA,
CONFIESE Á MENUDO,
FAVOREZCA Á LOS POBRES,
Y SOBRE MI ÁNIMA SI MAL LE FUERE."

6 Hoy diríamos: *no dejaré nunca, ó nunca dejaré, de acudir...*

CAPÍTULO LXXIV

DE COMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y SU MUERTE.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo, que así lo

---

5 Á juicio de Clemencín, *de sus principios* "parece error de imprenta, por *desde sus principios*". No hay tal cosa: *de... hasta...*, por *desde... hasta...* era de uso corriente, como dije en nota del cap. XL de esta segunda parte (VII, 64, 2).

9 Repara Clemencín: "*No tener la vida privilegio para detener el curso de la vida,* está mal dicho." Lo estaría, en efecto, á ser eso lo que dijo Cervantes. Pero las palabras *de la suya* no se refieren á *vidas,* sino á *declinación.* Para esto sirven las entendederas: para darse buena cuenta de las cosas que no están del todo patentes.

ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una écloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por

1 *Se le agarró una calentura,* dicen en Andalucía, donde *agarrar,* lo mismo que *prender,* especialmente tratándose de plantas, significa *arraigar.*

13 Algunos editores modernos, entre ellos Hartzenbusch, Máinez y Fitzmaurice-Kelly, han enmendado *égloga.* No había suficiente motivo para ello: *écloga* se ha dicho en España mucho tiempo, y así intituló Cristóbal de Mesa uno de sus libros: *Las Eclogas, y Georgicas de Virgilio, y Rimas, y el Pompeyo tragedia* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1618).

sí ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas; tanto, que pensaron el Ama y la Sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tío, y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, á lo menos, en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, ó qué pecados de los hombres?

—Las misericordias —respondió don Quijote—, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las

impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos: al Cura, al bachiller Sansón Carrasco y á maese Nicolás el barbero que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero de este trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino

---

3 *Me pusieron,* donde no asienta bien sino *me puso.* Errata nos parecería, á no repetirse este caso poco después (323, 7).

4 *Leyenda,* en su antigua acepción de *lectura,* como en otros lugares (I, 105, 24; II, 275, 10 y IV, 238, 1).

8 Hoy diríamos *enmienda, ó reparación;* pero no *recompensa.*

Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de

1 Aquí D. Quijote se da á sí mismo el apellido de *Quijano*, y no el de *Quejana, Quesada, Quijada* ni *Quijana*, que se le atribuyeron en otros lugares (I, 52, 10-14; 62, 17; 136, 15 y 138, 20), amén de que se nombra *Alonso*, y no *Martín*, como constantemente le llamó el supuesto Fernández de Avellaneda. Nótese que sólo en dos lugares dice su apellido D. Quijote: en éste y en aquel otro del capítulo XLIX de la primera parte (IV, 269, 10) en que afirmó descender por línea recta de varón de la alcurnia de *Gutierre Quijada*. Difícil ha de ser concertar estas medidas del *Quijada* y del *Quijano*. Recuérdese la nota que puse en el último de los lugares citados.

2 *A quien sus costumbres dieron*, diríamos hoy.

2 No era por extremo raro dar el sobrenombre de *Bueno* á algunos sujetos, ya para significar con él sus buenas cualidades personales, ó ya para distinguirle por limpio de linaje de otra ú otras personas del mismo apellido, pero de ralea menos ranciamente cristiana. Velázquez de Velasco, *La Lena* (Milán, 1602), acto II, esc. VIII:

"Ramiro. Pues si dexa de saber algo, yo se lo dire á V. m. de P a pa: es visnieta de don Aluar, nieta de don Beltran, e hija de *Rodrigo de Cabrera el bueno*."

En un pleito promovido por ciertos vecinos de Fregenal (1555) sobre que quitaran de la tabla de la iglesia los nombres de los reconciliados (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Llerena, legajo 45, 18 antiguo), figura, entre otros reclamantes, uno llamado Juan Pacho *el Bueno*.

5 En la edición príncipe, *del andante caballería*, probablemente por omisión mecánica de una de dos *aes* inmediatas.

7 *En que me pusieron* dice la edición original, por *en que me puso*.

Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron, sin duda, que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencatada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? Y ¿agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí—replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa: déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.

Miráronse unos á otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le

9 Véase una vez más como *á pique* significa *cerca*, sin que haya de denotar precisamente riesgo de daño próximo (I, 246, 2 y III, 93, 13).

quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á hacer creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor), hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el Cura, diciendo:

—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón á los ojos preñados de Ama, Sobrina, y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera,

6 En la edición príncipe, *y á creer*, sin duda por errata.

14 *Comenzó á hacer pucheros*, como en el cap. XLIV de esta segunda parte (VII, 128, 6) *recibió con pucheritos*, al partirse á la ínsula, la bendición de D. Quijote. "*Hazer pucheritos*—dice Covarrubias—es de los niños, quando quieren llorar: porque hinchan los carrillejos, á modo del puchero, que es ventricoso."

que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno, á secas, y en tanto que fué don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo:

—Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un

18 *Mí*, y no *yo*, como en otro pasaje (VI, 171, 13).

18 *Dares y tomares*, no sólo significa *discusiones, debates ó altercados* (V, 101, 9), sino también cuentas pendientes en que tienen cargo y data dos ó más personas.

reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y volviéndose á Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay!—respondió Sancho, llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

—Así es—dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores — dijo don Quijote—, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo: fuí don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.—Item, mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfación que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes.—Item, es mi voluntad

10 *Toda mi hacienda, á puerta cerrada,* es decir, *todo mi caudal, de puertas adentro,* como aún se oye al vulgo en Andalucía y en otras partes. Lo cual se entiende ser todo el remanente del haber testamentario, pagadas por el heredero las deudas, mandas y legados.

10 Era y sigue siendo vulgar costumbre dar terminación femenina á los apellidos que, al parecer, la tienen masculina. Así dijo Ricote en el cap. LIV (VII, 333, 9) "*la Ricota* mi hija y Francisca *Ricota* mi mujer...", y así ahora llama D. Quijote á su sobrina Antonia *Quijana,* sin que á ello obste ser hija, no de un hermano, sino de una hermana suya, dado el común desbarajuste que hubo antaño en lo tocante al uso de los apellidos.

que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías, á su voluntad. —Item, suplico á los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha,* de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á

13 Como alguna vez he advertido (VIII, 302, 19), no es éste el título del *Quijote* de Avellaneda, sino el que copié en nota de la dedicatoria de esta segunda parte (V, 10, 9).

24 *Donde,* con referencia á tiempo, y no á lugar, particularidad que he notado en más de una ocasión (III, 312, 4; IV, 58, 11; V, 39, 10; VI, 74, 16, etc.).

menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que

---

6 Observaba Hartzenbusch, en la última de *Las 1633 notas á la primera edición de "El Ingenioso Hidalgo"*, que impresas así estas líneas:

El heredar algo borra
Ó templa en el heredero
La memoria de la pena
Que es razón que deje el muerto,

"ofrecen, como ve el lector, una cláusula en cuatro versos de romance, casualmente producidos, ó citados de intento". Menos dudas ocasiona el confirmarse con tales palabras, sean prosa ó versos, cosa tan sabida como la verdad que expresan estos refranes: "El llanto del heredero es risa disimulada"; "El muerto al hoyo, y el vivo al bollo." Cuyo sentido trasladó á una copla llena de fino donaire mi querido amigo D. Fermín Sacristán (*Doctrinal de Juan del Pueblo,* tomo II, pág. 104):

De los que lloran en seco,
Agria es la pena que sufren;
De los que lloran y heredan
Es nada más que agridulce.

7 *Todos los sacramentos* entiéndese aquí por *todos los que se administran á los moribundos*: los de la penitencia, comunión y extremaunción.

algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de

1 *Alguno* antepuesto con significación negativa, como en otros lugares, y últimamente en el cap. LXIX (252, 13).

7 Acerca de *pedir por testimonio* el relato de algún hecho ó de sus circunstancias, recuérdese una nota del cap. XVII de esta segunda parte (V, 314, 12).

10 *Naturalmente,* mas no, como podría imaginarse, por contraposición á *violentamente,* sino "de conformidad con las leyes de la naturaleza), es decir, entera y totalmente muerto. Así aun en las antiguas sentencias de pena capital. En la que se dictó en la ciudad de los Angeles (Méjico) contra Hernando de Nava (12 de Mayo de 1554) por las gravísimas lesiones que alevosamente infirió al insigne poeta hispalense Gutierre de Cetina (curioso proceso que pronto sacaré á la luz pública), fué condenado "a que de la carçel do está sea sacado en bestia de albarda con vna soga a la garganta e atados pies e manos e con boz de pregonero que manifieste su delito, y sea traydo por las calles publicas y acostumbradas y por la calle do al presente bive el doctor de la torre, y allí le sea cortada la mano derecha e puesta en vn palo y sea traydo a la plaça publica desta cibdad do sea degollado hasta que *naturalmente* muera..."

sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el Hidalgo fuerte
Que á tanto extremo llegó

2 Enternece y apesadumbra la muerte de D. Quijote, como la de una persona que en realidad ha existido y á la cual hemos profesado entrañable afecto. "¡Qué loco tan bueno—exclama para sí el lector—, en este pícaro mundo donde hay cuerdos tan malos!"

7 Los estudiosos que quisieren conocer bien los lugares manchegos en que se desarrolla casi toda la acción del *Quijote*, pueden consultar, prefiriéndolos á cualesquier otros (tentativas baladíes en que no hay pizca de cervantismo), dos excelentes trabajos: en cuanto á lo antiguo, *La Mancha en tiempo de Cervantes*, luminosa conferencia de don Antonio Blázquez, leída en solemne sesión conmemorativa celebrada por la Real Sociedad Geográfica (Madrid, Imprenta de Artillería, 1905), estudio que en frase del sabio hispanista M. Morel-Fatio, "*satisfait notre légitime curiosité d'une façon sobre et explicite*"; y en cuanto á lo moderno, el precioso libro intitulado *On te trail of D. Quixote being a record of rambles in the ancient province of la Mancha*, por August F. Jaccaci, maravillosamente ilustrado por Daniel Vierge (Londres, Lawrence and Bullen, 1897). Muy de estimar sería que esta interesantísima obra sobre la ruta de D. Quijote saliese á luz traducida al castellano, con los mismos insuperables dibujos de la edición original.

De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco;
Fué el espantajo y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: "Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

5 *Espantajo,* como en otro lugar (VII, 281, 18), sin el sentido que ha dado á esta palabra su terminación.

12 Nota oportunamente Clemencín que Sanazaro acaba su *Arcadia* con un apóstrofe á su zampoña, que deja colgada de un árbol: *appicata in questo albero, ove io ora con sospiri e lacrime abbondantissime ti consacro, in memoria di quella...*"

20 Estos versos, que en la edición original están impresos á renglón tirado, como prosa, parecen hechos sobre otros de Ginés Pérez de Hita (*Historia de las Guerras civiles de Granada*), que cita Bowle:

Aquesa empresa, señor,
Para mí estaba guardada;

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, ó se ha de atrever, á escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de

---

Que mi señora la Reina
Ya me la tiene mandada.

Mas por lo tocante á estar guardada una empresa para tal ó cual caballero, recuérdese cierta nota del cap. XXII de esta segunda parte (VI, 81, 7).

3 De la frase *ser dos para en uno* traté en nota del capítulo XIX (VI, 11, 2).

13 Patente alusión á lo escrito por el falso Avellaneda al fin de su *Don Quijote,* en donde dice (fol. 282 de la edición príncipe) que éste, después de salir de la Casa del Nuncio, donde estuvo recluso algún tiempo, "boluio a su thema, y que comprando otro mejor cauallo, se fue la buelta de Castilla la vieja, en la qual le sucedieron estupendas y jamas oydas auenturas, lleuando por escudero a vna moça de soldada que halló junto a Torre de Lodones, vestida de hombre... Lleuola el buen Cauallero, sin saber que fuesse muger hasta que vino a parir en medio de vn camino...; y él, sin escudero, passó por Salamanca, Auila y Valladolid, llamandose el Cauallero de los trabajos: los quales no faltará mejor pluma que los celebre".

largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna." *Vale.*

17 *Vale,* saludo de despedida que ocurrió en el capítulo XXXIX de esta segunda parte (VII, 48, 4), en donde queda nota.

FIN DEL TOMO OCTAVO Y ÚLTIMO

INDICE

PÁGS.

CAPÍTULO LV.—De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay más que ver. . 7
CAP. LVI.—De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez. 23
CAP. LVII.—Que trata de como don Quijote se despidió del Duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa. 35
CAP. LVIII.—Que trata de como menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras. 45
CAP. LIX.—Donde se cuenta del extrardinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á don Quijote. 75
CAP. LX.—De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona. 97
CAP. LXI.—De lo que le sucedió á don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto. . 125
CAP. LXII.—Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse. 133

PÁGS.

CAP. LXIII.—De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca. 161
CAP. LXIV.—Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido. 183
CAP. LXV.—Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de don Gregorio, y de otros sucesos.. 193
CAP. LXVI.—Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer. . . 207
CAP. LXVII.—De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos. 221
CAP. LXVIII.—De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote. 235
CAP. LXIX.—Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á don Quijote. 249
CAP. LXX.—Que sigue al sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.. 263
CAP. LXXI.—De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea. . . 279
CAP. LXXII.—De como don Quijote y Sancho llegaron á su aldea. 295
CAP. LXXIII.—De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia. . . 307
CAP. LXXIV.—De como don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.. . . 319

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
		TOMO I	
XI	25	de más	demás
15	9 texto	emperador	Emperador
30	5 notas	*Audendum, est*	*Audendum est,*
38	1 t.	la hazada	la azada
52	1 t.	entresemana	entre semana
88	6 n.	que no tiene	que no tienen
121	7 n.	Rescatéla	Rescátela
139	6 t.	más de noche,	más noche,
150	11 t.	las *Sergas*	*Las Sergas*
169	5 t.	*El Cancionero*	el *Cancionero*
171	9 n.	cuatro	dieciocho
176	10 n.	si acaba	si se acaba
189	3 n.	«ó poco más».	«ó pocos más».
192	7 n.	Ahora no es el ama como antes, sino D. Quijote quien dice	Vuelve D. Quijote á decir
236	11 t.	á ver	á ver rota
297	4 t.	ha ser	ha de ser
301	8 t.	Mira	Mirá
		TOMO II	
31	14 t.	En está	En esta
126	últ. n.	(I, 241, 14)	(I, 241, 8)
163	20 t.	que va de yelmo á batanes!	¿Qué va de yelmo á batanes?
164	8 n.	alcarabea.	alcaravea.
182	4 t.	pagada, además,	pagada además
201	10 n.	por ella,	por ellas,
206	11 t.	vestido, en pompa	vestido en pompa
293	9 n.	hiperbólica	familiar
		TOMO III	
25	4 n.	la ida	la idea
53	18 n.	1581 y 1582,	1582 y 1583,
65	4 n.	No han caído	No se ha caído
156	5 n.	se dicen,	se dice,
328	5 n.	contra	sobre
		TOMO IV	
99	26 n.	curiosos	curiosas
109	14-15 n.	etimológica,	etimológico,
129	4 n.	del Oidor,	del señor,
182	12 n.	*Gualeve*,	*Gualeva*,
208	7 t.	quien quiera	quienquiera
313	1 n.	Foronda,	de Foronda,

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
		TOMO V	
11	12 t.	los *Trabajos*	*Los Trabajos*
55	6 n.	enmendó	estampó
153	5 n.	en el título	en el título y en el texto
201	10 n.	*de perlas;*	*de perlas*,
255	últ. n.	(163, 3	(193, 10
		TOMO VI	
18	7 n.	*Antoios*	*Los Antoios*
70	3 t.	fines.	fines.—
71	5 n.	se toman,	se toma,
110	últ. n.	extendido	dilatado
130	14 n.	14 *Ahorrar*,	18 *Ahorrarse*,
158	12 n.	La quereis	Las quereis
182	3 n.	*de balde*	*en balde*
225	8 n.	en algunas	en ciertas
255	9 n.	ó ropón largo	ó el manto
305	1 n.	12	2
333	10 n.	digo	oigo
		TOMO VII	
83	26 n.	al halcón	el halcón
113	4 n.	la *y*	la *g*
124	1 n.	no era	no eran
156	21 n.	del peso,	de peso,
159	11 n.	del canto	del canto X
167	7 n.	gálica afición	la gálica afición
168	3 t.	y fué	y fuése
177	9 t.	á otro,	á otra,
179	19 t.	pero no	que no
276	5 t.	Pídase	Pídese
288	18 t.	de nombre,	el nombre,
		TOMO VIII	
48	4 n.	*que* aquellos	*que* aquellos
55	28 n.	que, en realidad de verdad,	que en realidad de verdad
79	16 t.	pues á ella;	pues, á ella;
114	8 n.	«Roque	Roque
»	últ. n.	valor.»	valor.
164	9 n.	príncipe,	príncipe (1614),
184	7 n.	*Melisandra.*	*Melisendra.*
214	9 n.	*y á mi daño*	*y á mi daño*
269	4 n.	que á las veces	de que á las veces
285	20 t.	corcel	cordel
304	7 t.	los hayas,	las hayas,

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE TOMO,

ÚLTIMO DEL QUIJOTE,

EN LA TIPOGRAFÍA DE "CLÁSICOS CASTELLANOS"

EL DÍA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

IV DE OCTUBRE DE M.CM.XIII

LAUS DEO

14-4155

Date Due

DEMCO-293

RET'D:			
AUG 1 8 1987			

60212

60212

3 0081 013 326 156